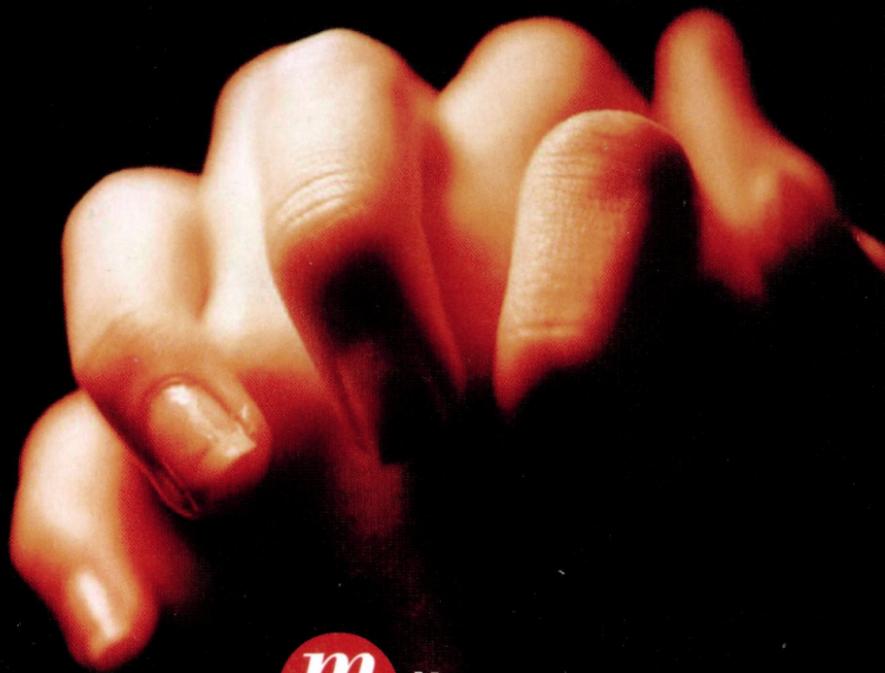


Karl Rahner, SJ

De la necesidad y don de la oración

Prólogo de J.I. González Faus, SJ



DE LA NECESIDAD Y DON DE LA ORACIÓN

Karl Rahner, S. J.

TERCERA EDICIÓN

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Título y edición original
«*Von der Not und dem Segen des Gebetes*»,
Innsbruck [F. Rauch] 1949.

Tradujo del alemán Luis Martínez Gómez

Portada y diseño: Álvaro Sánchez

© Vertag Herder Freiburg
© 2004 Ediciones Mensajero, S.A.U.; Sancho de Azpeitia 2, bajo;
48014 Bilbao.
E-mail: mensajero@mensajero.com
Web: <http://www.mensajero.com>

ISBN: 84-271-2653-0
Depósito Legal: BI-3381-05

Impreso en Gestingraf, S.A.L. - C° de Ibarsusi, 3 - 48004 Bilbao
Printed in Spain

Presentación de la 1ª edición (1953)

HEMOS emprendido esta traducción con la seguridad de ofrecer en ella al público de habla española uno de los trozos más relevantes de la literatura ascética y humana, filosófica y religiosa.

Su autor, Carlos Rahner, S. J., temperamento filosófico unido a una vocación teológica, iniciado en el contacto personal con el filósofo Heidegger, conocido en el mundo alemán y europeo por sus múltiples publicaciones teológicas, ascéticas y filosóficas desde su tesis doctoral *Geist in Welt* (Espíritu en el mundo), Innsbruck, 1939; profesor académico y orador sagrado con más de un rasgo de Lippert, sensible como pocos a las graves preocupaciones del complejo espíritu europeo de la postguerra, desorientado e impenitente, abatido y soberbio, ha abordado con sinceridad, que llega a la crudeza, los puntos más viscerales de la problemática actual, los que convergen en el dúo misterioso de la existencia humana y la fe cristiana: destino del hombre, sentido de la vida, mal, pecado, providencia, tentación, amor, decisión.

Rahner tiene una visión honda del signo paradójico que ensombrece e ilumina este complejo humano-sobrenatural. Sólo en la luz del insondable misterio cristiano es dado al hombre actual calar hasta la más auténtica profundidad de su enigmática existencia hecha angustia y problema, inanidad y pecado, y precisamente en ese fondo así reconocido y aceptado descubrir la aurora de una nueva luz que condena y salva, humilla y santifica.

En ocho sustanciosos capítulos, estilo de conferencia y meditación, se desarrolla ese drama del encuentro del hombre actual con su Dios; primero, el milagro de abrirse nuestro corazón cerrado y sepultado bajo ruinas; luego, el alumbrar del Espíritu vivificador que habita y ora con no-

sotros en lo más recóndito y olvidado de nuestro pobre yo, y luego, la oración insertada en las más vitales dimensiones de nuestro existir: la oración como flor y cauce del amor; la oración sublimando la ordinariez vana de nuestro cada día, heroica escuela de virtud; el misterio de la oración de súplica, tan probada por la sensación de fracaso que a menudo la acompaña; la transformante oración de consagración, totalización de nuestra vida en un momento de potencialidad eterna; la oración de la culpa que nos hace avivar siempre ante Dios la conciencia humillada de nuestra radical complexión de pecado; finalmente, la oración de los momentos decisivos, de las grandes respuestas a Dios: tentación, muerte, coyuntura actual del Occidente, que deciden para el tiempo y la eternidad.

La estructura de cada conferencia suele resumirse en esta triple etapa ascendente: un problema humano-teológico; teoría doctrinal que precisa e ilumina el tema, trasplantada a este clima ungido de la oración desde el campo de la Teología o de las actuales doctrinas filosóficas: Psicología experimental, Filosofía existencial; y, por último, la palabra definitiva de la fe que da solución única y satisfactoria, aunque en el plano superior del misterio cristiano.

El marco conceptual de férrea consecución lógica se ilumina a la continua con fulgores del sentido profundo que lleva las ideas y las verdades a la zona de las intensas vivencias, teñidas de luz y de calor, hasta el patetismo humano y la elevación extática religiosa.

Cuantos viven en su interior la inquietud de las interrogantes que pone al hombre la vida y quieren salir a respirar a la luz, hallarán en este libro una respuesta que da paz.

Quien desea consolarse con la grandeza de la verdad de su fe y recorrer las vías más fundamentales de su devoción, tendrá aquí un compendioso itinerario.

En nuestro trabajo ha sido constante la doble preocupación de traducir íntegro y fiel el pensamiento del autor y de adaptar a una forma más suelta y ágil la densidad del estilo original alemán.

De acuerdo con el autor hemos modificado el título de la obra, para dar ya en él, no sólo un programa, sino también el íntimo sentido de su contenido.

LUIS MARTÍNEZ GÓMEZ, S.J.

Prólogo a la 3ª edición (2004)

Este año 2004 se ha cumplido el centenario del nacimiento de K. Rahner. Fue el mayor teólogo católico del siglo pasado, maestro de varias generaciones –la mía entre ellas–, víctima de mil sospechas y falsas acusaciones, gran profesor pero, como suelen decir sus discípulos, aún más «padre en la fe» que mero profesor de teología.

La obra que ahora presentamos es un mínimo gesto de homenaje al maestro. Fue publicada por primera vez en 1959, y es recomendable para el homenaje no sólo por su brevedad, sino porque en ella está mucho más presente la persona que su sistema de pensamiento.

El título original de esta obra era *De la necesidad y bendición de la oración*, aunque su primera traducción castellana cambió ese título por el de *Angustia y salvación*. Este cambio pudo deberse a la moda existencial de aquellos años; pero pudo obedecer también a que la dialéctica del nuevo título expresa algo muy propio del modo de vivir la fe de K. Rahner, quien conocía profundamente todas las experiencias humanas de negatividad pero, a la vez, vivía su fe como una poderosa experiencia de salvación. Y dado que es casi imposible hablar de la oración sin reflejar cómo uno ora, este libro es una ocasión para ver cómo vivía Rahner interiormente lo que otras veces enseñó académicamente.

Así, por ejemplo, a pesar de que se ha censurado que Rahner nunca tematizó en su teología el drama del nazismo, aquí se reflejan algunos impactos de él tanto en un cierto pesimismo antropológico como en alguna rápida pincelada social. De estos im-

pactos, el primero ocupa mucho más espacio porque es ahí donde puede reflejarse mejor el fruto de la oración, ya que ésta no es una mera visita protocolaria, sino uno de los actos más hondos y libres, y más difíciles del corazón: Rahner lo describe como «abrir el corazón»; y esto equivale a bajar hasta la hondura de nuestra propia desesperación, de nuestra pequeñez, sin huir de ellas ni convertirlas en motivos de un falso protagonismo. Rahner parece haber experimentado algo de todo eso y haber aprendido que, *ahí precisamente*, puede Dios hacérsenos presente.

De este modo, la dualidad que expresa el título (angustia y salvación) no debe ser entendida temporalmente, como dos fases de un proceso en el que el hombre angustiado fue a la oración y resultó curado. Debe ser entendida dialécticamente y, por tanto, con una cierta simultaneidad. El propio Rahner que habló tantas veces de la cercanía de Dios y hasta de la experiencia de la Gracia (contra toda una tradición que negaba esa experiencia), es el mismo que habla aquí, de manera tan real como impresionante, del «desconsolador silencio del Dios lejano». Por más que sea el Misterio entregado, Dios no dejará de seguir siendo misterioso, inabarcable y no manipulable. Y a la vez, por más que el hombre tenga la grandeza inaudita de ser imagen de ese Misterio y destinatario universal de su entrega, amorosa, no dejará de ser la eterna pregunta por sí mismo («un interrogante en una oscuridad sin límite»), el mar de ambigüedad de todas sus acciones y, muchas veces también, el esclavo interior de todos los logros que ha conquistado buscando precisamente su libertad.

Pues bien, la apertura del corazón que abre a la oración se da en nosotros cuando el ser humano abraza esta dualidad. Y en ella precisamente, sin cerrar piadosamente los ojos, el Espíritu de Dios, que habita en lo más hondo de nuestro pobre yo, la va convirtiendo en paz, en verdadera libertad y en esa brizna de humor o de ironía que el serio Rahner tenía siempre a flor de piel cuando se le tocaba esa tecla.

Y el Espíritu de Dios realiza esa obra porque Él ama en nosotros, y ese amor es nuestro. En el tercer capítulo del libro hay unas líneas sobre el amor que vale la pena citar ya aquí como

aperitivo, y que parecen un remedo de aquel famoso himno de san Pablo al amor (en 1 Co 13): *«El amor no piensa en sí, es delicado y fiel; ama a Dios por Él mismo y no por la paga, pues él es suficiente paga para sí mismo. Aguanta las horas turbias, sobrepuja amarguras; las aguas de la aflicción no llegan a apagarlo; es callado y no gusta de muchas palabras; porque el amor grande es casto y recatado. Valiente y confiado, y con todo respetuoso, odia la plebeya confianza y descorteses maneras ante el incomprendible Dios, puesto que no es amor a un cualquiera»*. Si ese amor imposible para nosotros, pero entrevisto también como lo más profundamente humano, se hace alguna vez nuestro, está ahí el fruto de la oración y la obra del Espíritu. Aunque, para no perder la dialéctica, Rahner dirá que nunca sabemos bien si eso se ha producido, porque el amor es uno de esos hechos del corazón que sólo se realizan bien cuando uno atiende a su objeto y se olvida de lo que está haciendo.

Desde aquí se ilumina un poco el sentido de la oración de petición. Mucho antes de una polémica reciente que la puso en entredicho entre nosotros, Rahner sabía muy bien cuántas veces la oración no es escuchada (o al menos no parece haberlo sido) y cuántas veces la fe de muchas gentes se tambalea por eso. Y sin embargo se deja llevar por el dato de que Jesús pidió, aún más que por su propia suficiencia racional, y desde ahí devuelve un sentido y una justificación –no incondicionada– a la oración de súplica.

Se refleja ahí otra actitud muy típica de aquel que tantos bastiones derribó en el catolicismo y la teología tradicionales: Rahner nunca superaba una opinión sin haberla antes acogido, estudiado y tratado de comprender. Conocía como pocos la tradición que dejó atrás, y esto le hizo enormemente pedagogo durante el Concilio Vaticano II y en otros momentos, para hacer comprensibles los cambios a aquellos que se resistían a ellos. Pero cuando devuelve un sentido a aquello que parecía no tenerlo quizá lo vuelve más incómodo que cuando era sólo una rutina vacía. Es lo que ocurre en su reflexión sobre las oraciones de consagración que tantas veces son sólo un acto social y ceremonioso, pero no un acto creyente. Rahner coge el toro por los cuernos: busca el sentido de las oraciones de consagración y el resultado

es que, si han de significar todo eso, la mayoría de nosotros preferiremos «que se queden como están».

Esta introducción quisiera animar al lector a tomar el libro con ilusión. Pero para ello hacen falta todavía un par de observaciones. El lector no debe afrontar esta obra como un material de lectura que se planifica, verbigracia, a capítulo por día. A veces bastará con leer un párrafo y quedarse parado en él un buen rato. Otras se podrá pasar más de prisa por sus páginas. Porque, en segundo lugar, no todas las páginas de este libro tienen el mismo valor ni destilan la misma calidez. Rahner tiene fama de ser difícil no sólo por su inmenso bagaje filosófico, sino por su mismo empeño en juntar casi en cada frase, rigor y pasión. El estilo de la obra es además el de los años cincuenta del pasado siglo: los párrafos largos asustan hoy a quienes ya no están acostumbrados a leer. Por eso hay que procurar no sólo iniciarlo con ilusión sino también leerlo con calma. Cada cual debe ser conductor de sí mismo, en esto como en casi todas las demás cosas.

Y para concluir, permítaseme una palabra que va más allá de este libro hacia la persona cuyo centenario quieren evocar los editores: K. Rahner fue en buena parte el «niño bueno» que reflejan algunas de sus fotografías de infancia, el hombre fiel y el defensor de la tradición. Progresismo y ruido no eran buenos amigos para él. Pero esto nunca le dispensó del deber de pensar, preguntarse y razonar, ni tampoco del afán de poner por encima de sus coordenadas personales, psicológicas e históricas, al Dios cuyo Nombre hay que santificar, cuyo Reino hay que buscar y cuya Voluntad hay que intentar cumplir.

Lo que habla aquí no es una rebeldía obstinada, ni un afán de protagonismo, sino el respeto a Dios y a la dimensión racional de las cosas. Ese respeto le impide confundir la inevitable inercia de todo movimiento y de toda energía, con la fidelidad a Dios. Gracias le debemos por ello, y también gracias a Dios por él.

De modo que «*vielen Dank, Bruder Karl*».

JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ FAUS
(Sant Cugat del Vallès, agosto 2004)

Al abrirse el corazón

El hombre se ocupa de múltiples cosas en la vida. No le es dado totalizar su actividad en una sola cosa, aunque vive acaso en su interior un secreto anhelo de centrarse en algo único capaz de absorber todas las energías y todo el amor de su corazón. El hombre ha de emplearse en muchas cosas. Pero no todo lo que hace se sitúa en un mismo plano de valor y dignidad. Puede algo ser importante simplemente porque es ineludible, y lo verdaderamente importante y lo necesario puede muy bien ser que quede relegado al olvido. Lo que todos hacen y nadie deja de hacer no es ya por ello lo más importante.

Cuando el hombre está ante Dios en reverencia y amor, *ora*. Ni siquiera entonces logra concentrarlo todo en una cosa: en Dios; porque a él, finito y limitado, no le es dado alcanzar esa meta en esta vida. Pero al menos está entonces ante Aquél que es el todo en lo uno, y así hace el hombre entonces algo que pertenece a lo más importante y a lo más necesario. Algo que no todos hacen. Pues precisamente porque pertenece a lo más necesario, es también lo más libre, lo más evitable, aquello que sólo se da cuando lo hacemos con un amor siempre renovado, en plena libertad; y de otro modo no se da. Por eso ocurre pocas veces. Es difícil al hombre. Debe en todo momento darse cuenta de lo que es propiamente la oración y no contentarse con esperar pasivamente a que ello venga por sí mismo. El interés por adentrarse en la esencia y dignidad de la oración será un estímulo, al menos, para que el hombre diga a Dios: «Señor, enséñame a orar.»

Pero ¿es que no sabemos todos lo que es la oración? ¿No podremos todos orar? ¿No bastará espolearnos a hacer lo que ya sabemos y podemos?

No es esto, ciertamente, tan sencillo y tan claro como podría parecer. En realidad no sabemos con frecuencia lo que es la oración, y de ahí que tampoco somos capaces de orar. Se dan en la vida del hombre hechos y actitudes del corazón, cuyo misterio creemos poseer en razón de que todos hablan de ello: creemos saberlo, porque a primera vista ofrece una faz simple. Pero, en verdad, los más patentes y simples hechos del corazón son los más impenetrables, y sólo a la larga puede de veras sondearlos el hombre. Y si al final de su vida ha llegado a esa meta comprensiva, puede decirse su vida buena, preciosa y bendecida.

A esta clase de hechos del corazón, los más simples y los más difíciles a la par, pertenecen la bondad, el desinterés, el amor, el silencio, la comprensión, la verdadera alegría y... la *oración*. No; no es cosa fácil el saber y penetrar lo que es la oración.

Acaso lo supo uno en un tiempo primaveral, cuando el pobre corazón aún no estaba gastado por las amarguras y los goces de la vida, cuando acaso fue capaz de un amor puro. Pero luego se fue transformando poco a poco, quizá sin él percatarse de ello, hasta hacerse totalmente otro, lo mismo que el amor se desvía y acaba en una fría rutina y acaso en egoísmo. Y este hombre todavía piensa que ora. Y llega, al fin, el momento en que o deja de orar, hastiado y desilusionado, porque ha venido a persuadirse de que lo que trata de hacer no merece ya la pena; o reza y ora aún (si es que se puede llamar orar lo que hace), pero es como una gestión de trámite en un despacho oficial. Hay algo que pagar o algo que recibir. Y así se va allí, en el nombre de Dios; se necesita algo de nuestro Señor y por eso se pide; no quiere uno malquistarse con Él; se cumple con Él. No muy despacio; lo que allí hay que decir requiere, en verdad, poco tiempo, y hasta parecerá que también Él tiene que ver que no se dispone de mucho tiempo y que hay otras cosas importantes que hacer.

Y a esta visita protocolaria, a esta presentación oficial rutinaria de nuestros respetos ante el gobernante del mundo, con el

que no se quiere caer en desgracia (porque ello, en todo caso, más allá de la muerte, podría tornarse peligroso); a esto se da en llamar oración. No, por Dios, esto no es oración, sino cadáver y mentira de oración.

Pero *¿qué es propiamente oración?* Es siempre difícil de decir. Al fin habremos hablado mucho sobre ello y siempre será poco.

* * *

Sea lo primero que digamos de la oración algo completamente sencillo y vulgar, tan elemental en todo comienzo de oración, que fácilmente lo pasamos por alto. En la oración *abrimos* nuestro corazón a Dios.

Para comprender esto, para comprenderlo con el corazón, y no solamente con la cabeza, debemos hablar de dos cosas: del *corazón cerrado* y del *abrirse del corazón*.

Los acontecimientos que se desarrollan en la superficie de la vida, de sencillo alcance y de inmensa trayectoria, son muchas veces, a la luz de una detenida reflexión, tan sólo signos e imágenes, proyectadas hacia fuera, de cosas que se suceden en el corazón; hechos que acaso han tenido lugar en fecha lejana, y ahora, sin el hombre percatarse de ello, de repente colorean la exterior realidad con los tonos de su escondido ser. Y entonces puede el hombre clarear en este externo proceso, como en un espejo, la oculta realidad de su propio corazón. Y al contemplar este espejo y tomar conciencia de que se contempla a sí mismo en un exterior reflejo, puede muy bien acaecer que el corazón se vuelva sobre sí horrorizado, con un espanto de muerte.

¿Recordáis aquellas noches en el refugio, las noches de mortal soledad, en medio de torturante apretura de corazón, las noches del desamparo y de la espera de una muerte sin sentido; las noches en que las luces se apagan, el pavor y la impotencia hacen presa en el corazón; cuando trata alguien de representar el papel del animoso, y las palabras proferidas en tono de audacia suenan a hueco en los oídos de los demás, mueren, por decirlo así, antes de llegar al amigo, al compañero de dolor; cuando se renuncia ya

a esa inocente ilusión; cuando se calla y sólo se aguarda sin esperanza el fin, la muerte? Desamparo, impotencia, vacío. Y cuando efectivamente el refugio queda sepultado bajo un montón de escombros, entonces..., ésa es la imagen del hombre de hoy. Porque así somos los hombres de hoy, aun cuando nos hemos arrancado a la infausta suerte de los refugios enterrados, aun después de haber ya reemprendido nuestra marcha cotidiana, aun cuando nos sale bien la postura del animoso y alegre en la vida. ¡Ah! ¡Qué extraña parece esta actitud, en el fondo cercana al llanto; esta comedia que queremos representarnos a nosotros y a los demás! Nosotros, hombres de hoy, permanecemos aún sepultados bajo escombros, porque la exterior fortuna que hemos corrido (por fantástico y romántico que pueda parecer) es, a la luz de Dios, tan sólo una sombra de los acontecimientos que se desarrollan en las profundidades del corazón del hombre; porque en una palabra los corazones están sepultados bajo ruinas.

¿Cómo está, en efecto, nuestro corazón? Ved este corazón, nuestro corazón. Si no es que Dios le ha sacado ya a la luz meridiana de su infinita libertad, es justamente aquel íntimo punto de nuestro ser donde la finitud, el dolor, la desesperanza, la insulsa cotidianidad del ser humano, toman conciencia de sí y se consumen en un interior despedazamiento. Eso es propiamente nuestro corazón; el corazón de los necios, el corazón de los amargados, el corazón de los desesperados. No podemos fugarnos de esta cárcel de nuestro corazón. El hombre puede, sí, material e imaginativamente, emprender trabajos, proyectar viajes, entregarse todo al gozar; puede procurarse ese gozo en el trato de los hombres; puede aturdirse con mil recursos y evasiones de momento para huir de aquella conciencia silenciosa, perforadora, implacable, la conciencia de la soledad, del sin-sentido, de la nada de las cosas.

Pero esa nerviosa y desesperada fuga es en vano. De pronto advierte de nuevo que no ha escapado, que le ocurre lo que al sano en apariencia y en realidad enfermo incurable, que ya se ha tragado su sentencia de muerte, y en medio de un alegre divertimento donde el antiguo placer y alegría del vivir rebulle como si

nada hubiera ocurrido, al sentimiento de un leve dolor, recuerda de pronto que todo ha pasado y que es ya hombre sin esperanza. ¡Oh! El hombre puede moverse acá y allá como le plazca, puede fabricarse a placer estaciones diversas de su felicidad donde guste, puede perderse en la anchurosidad del horizonte mundano. De pronto nota de nuevo que no ha hecho sino moverse agitadamente dentro de la cárcel de su vida, que sólo se ha deslizado de un agujero en otro del refugio sepultado; que todo el juego se ha desarrollado por tanto en la prisión; que él sigue prisionero de la finitud, de la inanidad, de la cotidianidad, de la desilusión, de la palabrería, de la mezquindad, de las inútiles tentativas que llamamos la vida del hombre.

Cierto que existen hombres que viven inocentemente y despreocupados en la honda cavidad de su vida; gastan en paz y júbilo su existencia; viven acaso en vivaz animación; acarician y modelan proyectos; aún no han advertido que la entrada de su caverna está cegada y sepultada bajo ruinas. Sepultada y derruida, porque sobre todo ello está la muerte, y detrás de todo el fin. Pronto o tarde han de reconocer, aun el alegre y el optimista, en qué queda la suerte del hombre en esta tierra. Los otros ya han advertido lo que vale para el hombre esta vida; para el hombre, que parece no tener la luz del espíritu sino para iluminar lo trágico de su situación; lo mismo que se encendería un fósforo en el hundido refugio para comprobar: ¡sin esperanza!

Y cuando se ha apoderado del hombre esta desesperación; cuando advierte lo solo que está, solo y predestinado a la muerte; y se ve con todo abrumado por las naderías de cada día, puede todavía ahogar en su interior los gritos de angustia; puede acaso represar su agitación interior, porque hay una manera de desesperación más espantosa, cuando la desesperación ha llegado a constituir un estado normal, una cierta suposición connatural de que no hay otra salida, de que no hay posibilidad de otra condición humana, de que se ha hecho ya liquidación de cuanto se ofrece como ilusión en la vida, de todo aquello a lo que aún por un momento, con un dejo amargo, sonreímos como sueños infantiles.

Los hombres de esta desesperación crónica viven dueños de sí, normales y corrientes. Se conducen como se conducen todos los hombres racionales; cumplen su deber, trabajan, son correctos y serios, aman y se casan, pagan tributos, cultivan las ciencias y las artes, oyen y hablan a satisfacción unas cuantas palabras sobre el sentido y la grandeza de la vida del hombre. Todo esto, empero, es sólo fachada; tan sólo vale para cubrir el más íntimo reducto del corazón, la herida del corazón que sangra lenta y silenciosa, de la que, sin embargo, nada se dice (un hombre correcto y culto no tiene que aparecer desesperado); tan sólo sirve para camuflar la derruida cárcel de nuestro corazón, donde, en realidad, el hombre yace aherrojado, sin esperanza; el hombre que sabe que todo es finito, mezquino, intrascendente, todo destinado a la muerte, todo lo que nosotros, dentro y fuera de nosotros, llamamos vida terrestre.

Hasta se ha inventado una especial manera de disfraz de esta desesperación. Se dice que la auténtica grandeza del hombre está en esta misma desesperación. Sólo un desesperado así, el que ha hecho liquidación de todo, se ha situado detrás de todo y ha comprobado que detrás de todo está la nada, ése es el auténtico, el verdadero hombre que se ha levantado valiente y resuelto sobre todas las medianías contentadizas, y ha hecho profesión de la única grandeza humana que existe: el reconocimiento sincero de la radical nulidad del hombre; la grandeza del hombre puesta en el saber de su miseria.

Bien pudiera ser que tan desilusionada actitud fuera en algunos casos el comienzo de la salud; que semejantes hombres no se hallen tan lejos del Reino de Dios. Cuando, en efecto, así desesperados, no convierten su desesperación en perversa soberbia, ni se imaginan (sólo imaginación sería) vivir por su propia fuerza en resignación aquel vacío desesperado, sino que están dispuestos a ser plenitud gratuitamente recibida por gracia de otro (del único Otro).

Pero las más de las veces, este sentido de la nada del hombre, que bien conocida y llevada constituiría un comienzo de su grandeza, no es sino un disfraz culpable de la desesperación, que ni

quiere como tal pronunciarse (no lo tolera el orgullo), ni quiere ser vencida (pues no hay voluntad de librarse de ella), y así no es este disfraz mejor que las otras formas más primitivas de desengaño y desesperación en los demás hombres. Y cuando penetramos a través de la máscara de aquella desesperación tan finamente camuflada, se revela a nuestra mirada la realidad de aquellos hombres, como ruinas humanas, ruinas con fachada, tras de la cual está la nada y el vacío, con bajos sótanos, en los que el propio hombre, el hombre de la libertad, de la confianza, de la fe en sí, de las ansias de infinitud, yace soterrado y muerto.

Éste es el corazón del hombre, no hecho libre aún con la libertad del Dios infinito; el corazón sepultado. Y nosotros mismos, y esto es para nosotros lo más sensible, los cristianos, los fieles, los que practican, no nos sustraemos al peligro de este sepultamiento del corazón. Podemos marchar por las vías de nuestro patentado cristianismo, vivir en él, practicar; y acaso es nuestro corazón, mucho tiempo ha, un corazón sepultado.

Estos derrumbes, en efecto, hacen poco ruido. Los corazones se mueven imperceptiblemente. Y acaso se han mudado muchas veces sin nosotros advertirlo. Y así puede acaecernos, y acaso nos ha acaecido ya, en parte o en todo, estar nuestro corazón sepultado; aquella última recóndita y secreta estancia de nuestro corazón, allí donde propísimamente somos nosotros mismos, estar sacudida por el embate de la cotidianidad, por la duda y el escepticismo, por la desesperación y la amargura. No estamos inmunes de ello por el mero hecho de practicar. También, en efecto, esta vida cristiana puede, todo es posible, puede ser fachada, tras de la cual se oculta ante el mundo, y más aún ante ella misma, la mortal enfermedad, la enfermedad para la muerte, la enfermedad de la secreta incredulidad, de la desesperación, la parálisis del hombre interior que es impotente para saltar de la cárcel de su finitud a la luz, al bien, a una realidad única libre, sin fronteras, levantado sobre toda muerte, la realidad única del Dios vivo. Puede pasar uno por cristiano, no porque cree, sino porque logra velarse a sí mismo su incredulidad, que en su desnudez le causaría horror.

¿Es en definitiva desesperado el caso del corazón sepultado entre ruinas? ¿Es insoslayable el peligro del derrumbe y sepultamiento en el interior del hombre? ¿Qué hace propiamente cuando le es al fin dado evadirse de la lobreguez de su desesperación? ¿Cuál es el secreto de la apertura del corazón? Responderemos con una sola palabra: la oración a Dios y sólo la oración. Pero dado que queremos entender lo que es propiamente la oración, hablaremos con paso y cautela. Y veremos lo que el hombre ha de hacer cuando se sorprende en la situación del corazón soterrado.

* * *

Esto ha de ser lo primero: *aguantar firme y entregarse*; soportar con coraje que te inunde la ola.

Cuando cae el hombre en la cuenta de que está sepultado, dos reacciones son posibles. O bien se defiende con la angustia del naufragado o del enterrado vivo, y se abalanza a toda forma de actividad que disipe la negrura del horizonte; o bien cae en una auténtica desesperación, unas veces confesada a gritos, otras remansada en una fría calma, en que maldice, odia a sí y al mundo, y dice: no hay Dios.

Dice: no hay Dios, porque ha cambiado el verdadero Dios por aquello que él tenía por Dios. Y en el fondo de su pensamiento hasta tiene razón; su Dios, el de él, ése no existe; el Dios de la seguridad terrena, el Dios que asegura e inmuniza contra las decepciones de la vida; el Dios que asegura el que los hijos no lloren y que la justicia se instale en el mundo y ahorre lágrimas a la tierra; el Dios que da garantías al amor humano para que no acabe en terrible desengaño; ese Dios en verdad no existe.

Pero quienes así piensan tampoco hacen frente en realidad a la desesperación. Creen haber sacado valiente y honradamente las consecuencias de su experiencia vital; pero lo cierto es que no han comprendido bien la desesperación, pues han visto en ella la muerte de Dios en vez de ver en ella su verdadero advenimiento.

Así es realmente. Deja en ese trance del corazón que la desesperación te arrebate aparentemente todo; en realidad de ver-

dad se habrá llevado solamente lo finito, lo que es nada e intrascendente, aunque se presente grande y admirable, y aun se habrá llevado a ti mismo; a ti con tus ideales, con tus presupuestos vitales, que fueron calculados por ti muy prudente, exacta y luminosamente; a ti con tu idea de Dios que se te inoculó en lugar de la verdadera idea del Incomprensible. Lo que te puede ser quitado no es jamás Dios. Ciérrate todas las salidas; te cerrarás sólo las salidas a la finitud, las vías a lo descaminado. No te atemorice quedarte solo en el desamparo de tu interior cárcel, que ahora aparece estar sólo ocupada por la impotencia, la desesperanza, el cansancio y el vacío. ¡No temas!

Porque mira: si aguantas firme y dejas con denuedo que te anegue la desesperación, y al desencantarte de todos los anteriores ídolos de tu vida, vitales o espirituales, hermosos y dignos (sí, lo son), a los que tú llamaste Dios, no desesperas del verdadero Dios; si, en efecto, resistes firme (y esto es ya un milagro de la gracia que se te da a ti), de repente caerás en la cuenta de que en realidad de verdad no estás sepultado entre ruinas, que tu cárcel sólo tiene cerrojos para la nada y la finitud, que su mortal vacío es sólo falsa apariencia de una espléndida interioridad de Dios, que su silencio lóbrego está colmado por la palabra sin palabra, por Aquél que es sobre todo nombre, por Aquél que es todo en todas las cosas. Y su silencio te dice que Él está ahí.

* * *

Y esto es lo segundo que has de hacer en tu desesperación; advertir que *Él está allí*, saber que Él está contigo. Tener conciencia de que en el profundo calabozo de tu corazón ha ya tiempo que te esperaba; darte cuenta de que de mucho atrás escuchaba en silencio y aguardaba a que te desprendieras por fin de todo el barullo de tu quehacer vital, y de toda esa palabrería que pomposamente llamabas tu filosofía de la vida curada de ilusiones, la que acaso tomaste tú por tu oración, y en la que te entretuviste tú contigo mismo; aguardaba a ver si después de todos tus ayes y lamentos desesperados y necios gemidos sobre las miserias de la

vida, eras al fin capaz de callar ante Él, de ponerte al habla con Él, con la Palabra que para el hombre que tú hasta ahora fuiste sólo sonaba a silencio de muerte. Debes sentir que no te hundes en el abismo cuando te sueltas de la convulsiva y tiránica angustia por ti y por tu vida, que no está todo perdido cuando dudas de ti, de tu ciencia, de tu fuerza y aun de tu capacidad de ayudarte a ti mismo para conseguir la vida y la libertad del gozar. Por el contrario, sentirás como por encanto, de repente, y por un milagro que se ha de repetir cada día, sin hacerse rutina, sentirás que estás con Él. Experimentarás de repente que la pétrea faz de tu desesperanza no era más que la aurora de Dios en tu alma, que las tinieblas del mundo no eran sino el resplandor de Dios, que no conoce sombra; que la aparente cerrazón de horizontes y caminos era la auténtica inmensidad de Dios que no necesita caminos, porque Él está ya allí.

Comprenderás en seguida que no es propiamente que Él haya de venir a tu corazón sepultado, sino que no has de empeñarte tú en huir de ese corazón, porque Él está allí y no hay motivo alguno para salir de esa bendita desesperación a buscar un consuelo fuera, que no lo sería y que no lo hay. Notarás que tú, el sí libre de tu fe y de tu amor, debe encerrarse en el corazón sepultado para encontrar allí al que ya siempre estuvo allí y esperaba, al Dios vivo y verdadero.

Eso es lo segundo. Él está allí. Está dentro de tu sepultado corazón. Él solo. Pero Él, el que lo es todo, y por ello parece como si no fuera nada. Él está allí, aun cuando tú no estés; y sin Él nada tendrías tú ni a ti mismo.

* * *

Y luego viene como por sí mismo lo tercero y lo cuarto. Entonces viene por sí sola la paz, el sosiego. La tranquilidad que no huye. La confianza que no teme ya. La seguridad que no necesita ya de seguros. La fuerza que es poderosa en la impotencia.

La vida que surge de la muerte. Entonces no hay en nosotros más que Él y la fe; fe apenas perceptible, y que, sin embargo, to-

do lo llena y todo lo supera y a todo hace rostro; la fe en que existe Él, en que está allí y en que existimos y somos nosotros. La paz del corazón está ya hallada.

Y entonces rompe nuestro corazón, como por sí solo, a hablar, un hablar manso, silencioso, sin muchas palabras. Entonces comienza en nuestro corazón el diálogo con Dios que está en nosotros, que nos sostiene, aunque caemos, que nos esfuerza aunque somos débiles, y está cerca de nosotros, aunque no podemos comprenderle. A Él habla nuestro corazón. Y ¿qué es lo que dice? ¿Quién podrá decirlo? Este corazón se lo dice a sí mismo; por ello nadie puede propiamente decir lo que habla, porque un corazón no puede traducirse en palabras. Dice a su Dios: *Tú*. Reverente y a la vez confiado. Y cuando habla, todas las fuerzas de este corazón fluyen hacia este Dios presente. Fluyen hacia Dios, no retornan hacia sí. El hombre se olvida de sí. No hace ya centro de su vivir en sí, sino en Dios; allí en Él; y con todo tan propia y enteramente en sí, porque Él es más íntimo a nosotros que nosotros mismos.

Y toda la incomprendibilidad de este Dios espolea más y más el atrevimiento del corazón para saltar por encima de todas las barreras del propio *yo*, porque ahora se hace esto claro y luminoso: dentro de los límites del pobre *yo* no hay salvación; y en la medida en que son inescrutables los caminos de Dios y aniquiladores sus juicios, se agranda el beatificante amor de este corazón, que huye del juicio de Dios y de la aterradora huella de sus manos en este mundo para buscar en Dios mismo su refugio.

Este Dios está ahí, en el corazón de la desesperación consolada, y a Él habla este corazón que se abre: «¡Mi Dios y mi Señor! ¡Mi Dios y mi porción en la eternidad!» A Él dice: «Abba, Padre querido...» A Él dice: “Amén.” A Él dice: “Ten misericordia de mí.” A Él se abre, a Él se da, a Él se entrega; incondicional; atento a su hablar sin palabras; bajo la incomprendibilidad de su presencia se estremece en un dolor, que sería mortal si no fuese el dolor salvador del amor eterno.

Y todo esto, lo que así hace, experimenta y vive el hundido corazón ya libertado: el aguantar firme y el entregarse rendido

en medio de la desesperación; el tomar conciencia de la aurora de Dios y del ocaso del hombre, el sosiego del alma y la palabra de amor a Dios; todo ello es su auténtico hablar, y es propiamente su *oración*.

* * *

Tal obrar, como el Hijo lo ha hecho, si lo hacemos como Él, es gracia. No se puede propiamente enseñar. A nadie se puede forzar a soltarse de la tabla a la que está convulsamente asido, aun a sabiendas de que no le ofrece un seguro de salvación; el hombre se aferra así a la tabla de la desesperada afirmación de sí mismo, de la consciente desesperación. Qué poco aprovecha decir a uno: puedes nadar, no te hundes, cuando el desesperado asegura que no puede, que se hunde. Tan sólo se le puede decir: la gracia del poder te viene en la forma de tu libertad; no es una presupuesta garantía que te asegure el salto, dándote una previa convicción infalible de que no caerás en el vacío si te sueltas. Tan sólo se le puede decir: no te dejes dominar y entibar por tu angustia que quisiera estar asegurada antes de soltarse, antes de orar. Si crees que tu corazón no puede orar, ora con la boca, arrodíllate, junta tus manos, habla en alta voz. Aun en el caso de que todo ello se te represente como una mentira; es sólo la desesperada defensa de tu incredulidad ya sentenciada a muerte. Reza y di: «Credo Domine», creo, Señor, ayuda mi incredulidad. Soy impotente, ciego, muerto. Pero Tú eres poderoso, Tú eres luz y vida, y me has vencido ya mucho tiempo ha con la mortal impotencia y angustia de tu Hijo.

Una y otra vez diremos al desalentado: tu pretendida impotencia con la que excusas tu inacción, no es realmente una triste situación a que tiene que hacer frente tu querer, sino que es ya tu más profunda culpa, o acaso (¿quién penetró el sentido y los profundos juicios del Señor?), cuando tú de veras anhelas el poder y no te quedas arrellanado a gusto, en tu incapacidad (¿estás bien seguro de ello?), acaso es entonces la misteriosa impotencia del Señor que te quiere salvar a ti.

Pero todavía más: ¿por qué no querrá hablar tu rodilla, tu mano, tu boca, lo que posiblemente tu corazón no puede? ¿Porque sería falsía y engaño? Pero ¿es falsía hacer así con el cuerpo cuando el corazón «ansía» poder lo que por hipótesis aún no puede? ¿No estamos de acuerdo en que tu corazón ha de anhelar lo que él, como tú dices, aún no puede, a saber: creer en el sentido de las cosas, en la libertad, la felicidad, la verdad pura..., en Dios? ¿Cómo puedes expresar lo que en ti hay con la amarga palabra *no puedo*, sin conceder al mismo tiempo que sería bueno (anhelado y obligado ya lo es) el poder? Resulta, pues, claro que la gracia te viene en la forma de tu libre acción; no en la forma fácil de una espera inactiva por tu parte.

Una cosa puedes siempre, a lo menos: clamar de rodillas y con la boca; golpear con tus gemidos la noche impotente y sin horizontes de tu desierto corazón; gritar tus anhelos de Dios. Una cosa puedes, que todos debemos hacer: *orar*.

* * *

Algo queda aún por decir. Esta lejanía de Dios no sería el amanecer de Dios dentro del muerto y hundido corazón, si el Hijo del Hombre, que es el Hijo del Padre, no hubiera padecido y practicado con nosotros, por nosotros y antes de nosotros, esto mismo en su corazón. Pero Él lo ha padecido y realizado cabalmente en sí mismo. Fué en el Huerto, de cuyos frutos quisieron los hombres cosechar el óleo de la alegría, y que en realidad se convirtió en un paraíso perdido. Yacía allí, el rostro pegado en tierra; la muerte había subido hasta su corazón, al corazón vivo del mundo. El cielo cerrado y el mundo como un monstruoso sepulcro. Él solo, allí hundido bajo el peso de la culpa y desesperanza del mundo. El ángel, que se dejó ver como una figura de la muerte, le alargaba por todo alivio el cáliz de amargura. Entró en la agonía. La tierra sorbió mala y codiciosa las gotas de sangre de su angustia mortal. Dios lo envolvía todo como una noche que no promete un mañana. Un hilo le separaba de la muerte. Y en este invadable silencio de muerte (los hombres dormían, carga-

dos sus ojos de tristeza); en este silencio de muerte, única huella que aún quedaba de Dios, se alzó tenue la voz del Hijo. Cada momento parecía querer ahogarla. Pero se dio el gran milagro: la voz se mantuvo firme. El Hijo pronunció con esa voz tenue, como la voz de un difunto, la sublime palabra: «Padre —dijo en lo íntimo de su abandono—, hágase tu voluntad.» Y encomendó con indecible valor su deshecha alma en las manos de este Padre.

Desde entonces está también nuestra pobre alma puesta en las manos de este Dios, de este Padre, cuya sentencia de muerte de entonces se ha tornado amor. Desde entonces está curada nuestra desesperación, el vacío de nuestro corazón es plenitud, y la lejanía de Dios se ha tornado en Patria. Si oramos con el Hijo y repetimos en la cansada noche de nuestro corazón su oración del Huerto, en pura fe, ninguna tempestad de emociones deleitosas nos inundará al pronto al pronunciarse misteriosamente en lo profundo de nuestro corazón como palabras nuestras sus mismas palabras. Pero la gracia y la fuerza llegarán. Cada día nos llegarán. Hasta cuando Dios quiera. Y esto basta. Él sabe bien cuándo y dónde estará nuestro corazón bastante purificado (y puede estarlo un poco ya sobre la tierra) para sobrellevar la deslumbrante aurora de su beatitud; Él cala este pobre corazón, que comparte ahora en fe en Jesucristo, y con Él, la noche, que para el creyente no es otra cosa que tinieblas que ofuscan nuestros ojos, tinieblas de la superefluyente luz de Dios; noche celestial, porque Dios ha nacido de verdad en nuestro corazón.

* * *

Hemos hablado mucho y dicho poco sobre la oración. Pero ¿no valdrá por un comienzo, un pequeño impulso para el comienzo verdadero que realizaremos en la misma oración? La sola recepción auditiva del mensaje no es naturalmente de provecho. Pero si los hombres de hoy nos propusiéramos una vez tomarnos como somos y nos situáramos ante nuestra camuflada o confesada desesperación. Si quisiéramos bajar a las profundidades de nuestro corazón. Si renunciáramos a engañarnos sobre

nosotros mismos. Si tuviéramos el valor de renunciar interiormente a todo lo que se nos lleva la vida, es decir, todo. Si después de haberlo dejado todo, notáramos de repente que todo lo poseemos, que es entonces justamente cuando Él está con nosotros, el silencioso, el sin nombre, el incomprensible, el que todo lo es. Si en la soledad de nuestro corazón sepultado bajo ruinas descubriéramos que este pobre corazón lleva en sí la infinitud. Si comenzáramos entonces a decir bajito: *Padre nuestro que estás en el cielo de mi corazón, aunque él más parezca un infierno. Santificado sea el tu Nombre; sea invocado en la mortal calma de mi neicia mudez. Venga a nosotros tu Reino, cuando todo nos desampara. Hágase tu Voluntad, aunque nos mate, porque ello es la vida, y lo que en la tierra parece un ocaso es en el cielo el amanecer de tu vida. El pan nuestro de cada día dánosle hoy; haz, te rogamos, que nunca nos cambiemos a nosotros por Ti, ni en la hora en que Tú estás cerca de nosotros, sino que, al menos en nuestra hambre, advirtamos que somos pobres e intrascendentes criaturas. Absuélvenos de nuestras ofensas y cúbrenos con tu escudo en la tentación contra la culpa y el asalto temido, que no hay propiamente más que uno: el que nos empuja a no creer en Ti y en lo incomprensible de tu amor.*

Mas líbranos de nosotros mismos, líbranos y sálvanos; introdúcenos libres en tu libertad y en tu vida...

Si así comenzamos a hablar a Dios, con muchas menos palabras y con mucho más corazón, nuestro corazón se habrá efectivamente *abierto* y nosotros habremos dicho una palabra sobre la oración.

El Espíritu ayudador

Cuando nuestro corazón por fin se abre; cuando hacemos un alto en el desazonante disgusto y náusea de nosotros mismos; cuando la aparente soledad en desamparo y lejanía de Dios se torna en auténtica venida de Dios; cuando finalmente en el sosiego del corazón se alza el clamor: *Padre nuestro*, ¿somos de verdad nosotros los que nos atrevemos a decir a Dios tan tremendas palabras? ¿Quién nos ayuda a orar? ¿De dónde tomamos el aliento y la fuerza para orar?

Una primera fuente de esta fuerza nos es ya bien clara; hablamos a Dios en unión con Jesucristo su Hijo, Nuestro Señor. Él, el que adora al Padre en espíritu y en verdad, porque descansa como Unigénito en el corazón del Padre de eternidad en eternidad, nos ha invitado a nosotros, sus hermanos en carne y en espíritu, a invocar con Él, confiados y audaces, al eterno Dios vivo y verdadero, al Dios de los tremendos Juicios, al Dios de toda incomprensibilidad; nos ha enseñado a invocarle y llamarle nuestro Padre. Y así podemos ya en Cristo y en la Iglesia, como hermanos de Cristo, hablar a Dios sin que nos haga morir de espanto un tal atrevimiento. Porque el Hijo, como mensajero del Padre, ha hablado con nosotros, y como hermano nuestro ha hablado con el Padre; por eso podemos nosotros orar.

Si el Hijo con su palabra, más aún, como palabra del Padre, no hubiera descendido hasta nosotros; si no hubiera orado sobre nuestros montes y en nuestros valles, con nuestras alegrías y

nuestras lágrimas, tendríamos siempre el temor de que nuestra voz de plegaria fuera absorbida por la silenciosa incomprendibilidad que nos rodea y domina, y a la que no sabríamos qué nombre dar. Mas ahora decimos confiados: «Padre nuestro», porque lo decimos con Jesús. Y este filial «Abba», «Padre amado», es indeciblemente más verdadero que toda metafísica sobre Dios que pone al hombre a una conveniente distancia respecto de Él, cuando en verdad su amor, volcado en el Hijo y en la santa comunidad de sus hermanos, ha saltado hace mucho la infinita distancia entre Él y nosotros y nos ha tomado en su corazón. Nuestro primer apoyo en la oración estriba, así pues, en que la oración se hace con Cristo en la Iglesia.

Pero no es esto todo. Además oramos *en el Espíritu de Dios*. Procuremos profundizar más y más esta idea. Queremos decir dos cosas. Primero: hay un lugar en nuestro corazón en que mora el Santo Espíritu de Dios. Segundo: este Espíritu de Dios ora *en nosotros y con nosotros*.

* * *

Cuando decimos: hay un lugar en nuestro corazón en que mora el Espíritu de Dios, pensamos con ello dos cosas. Primero, que hay en nuestro íntimo ser algo así como una estancia para este Espíritu, no simplemente para una idea o representación de Él; hay allí un tal espacio, aun cuando no tengamos conciencia de ello. Y segundo, que Él en ese espacio del hombre interior nos es absolutamente necesario.

Ha ocurrido algo extraño con el hombre en los últimos decenios de la historia y concretamente con el espíritu europeo. El hombre tiene conciencia de su ser libre, irreligado, exento de trabas y límites, tan sólo responsable ante sí y la interna ley de su ser; persona autónoma. Quiso ser libre y luchó apasionadamente contra la tutela de la Iglesia, del Estado, de la Sociedad, tradiciones, costumbres. Luchó por la ciencia libre, por el amor libre, por la economía libre, por la libertad de pensamiento, de prensa, de asociación y mil otras libertades. Fue muchas veces una lucha

grande y noble, aunque mal aconsejada; otras fue un insensato desenfreno que tomó el libertinaje y la disolución, la libertad para el desvarío y para el error y la perdición, por la verdadera libertad. Y cuando se alzaba aún este grito de combate, la ensoñada libertad, de repente se encontró este hombre europeo caído en una bien extraña servidumbre. No me refiero al sistema de fuerza externa de los pasados años, ni tampoco entra en cuenta la servidumbre del hambre y de la miseria que siguió y aún domina. Me refiero a otra muy distinta servidumbre. El hombre autónomo cayó en una esclavitud interior. Dentro del hombre que llegó a creerse libre de ataduras, libre de dogmas y de Iglesia, surgió de improviso una fuerza que le oprimió, volatilizando su ilusoria libertad. En la medida en que se deshacía de los lazos externos de una Moral para todos, de principios generales obligatorios del pensamiento y de la acción, en esa misma medida se fue haciendo, no precisamente libre, sino esclavo, al caer en manos de otros señores que desde dentro se echaron sobre él: las fuerzas del instinto, la pasión del dinero, el hambre del poder y dominio, las fuerzas de la sexualidad y del placer, junto con las impotencias del cuidado, que vacía las capacidades íntimas del hombre, las impotencias de la inseguridad de la vida, de la gradual pérdida del sentido de las cosas, de la angustia, de la desilusión sin horizonte.

Aún algo más, no menos extraño, se añadió a esto. El hombre que se había preocupado de luchar por su derecho y su libertad tuvo inevitablemente que mirarse a sí mismo como algo muy importante; a sus propios ojos creció la significación y el valor de su ser. Y así se convirtió su propia vida interior, que fue el terreno de las internas experiencias, donde pudo esperar ser algo singular y único, se convirtió en objeto de una auto-afirmación cada vez más radical, de un estímulo más y más acuciante de estudio e investigación y de un amor cada vez más ardiente. Pero cuanto más a fondo se hundía en ello, cuanto más atrevidos viajes de exploración hacía por la desconocida vida interior del hombre, cuanto más implacablemente se esforzaba por fundamentar en la ciencia y en el arte y la poesía los misterios del corazón, tanto

más cuestionable se le hacía todo lo descubierto por él. Quiso descubrirse por completo a sí mismo y en sí a la persona de intangible dignidad; y después de todos los esfuerzos de la psicología profunda, de la psicoterapia, de toda la filosofía existencial y de toda antropología, en que se dieron cita todas las ciencias, para sacar a luz lo que el hombre es en sus más íntimos fondos y subfondos, vino finalmente a descubrir que en su más recóndito interior no es sino un inabarcable y gigantesco caos de todas las cosas, dentro de las cuales el hombre resulta ser sólo algo así como un precario y casual punto de intersección de oscuros impersonales impulsos; provenientes quizá de la sangre y tierra y clima, o de la masa hereditaria, o de un alma colectiva, o, ¿por qué no?, de la misma nada; fuerzas incógnitas que misteriosamente tienen un punto de encuentro momentáneo, y a través del hombre pasan como por un tubo de lo desconocido a lo desconocido e irreducible. Y lo que del Yo queda, de aquel soberbio, magnífico, único Yo, es sólo algo así como un trozo de corcho que vaga al azar en el inmenso mar de las fuerzas oscuras, sin nombre, ciegas. ¿Sabe el hombre de hoy realmente de sí mismo algo más sino que es una interrogante en una oscuridad sin límite, consciente sólo de que el peso de la pregunta le es tan amargo que a la larga se le hará insoportable?

Pero este recorrido de buceo por las profundidades del hombre ha dado un resultado positivo, aunque no haya sido más que un viaje a través de oscuras e indefinibles regiones sin caminos. Se han descubierto al hombre las anchuras de su ser íntimo. Tan simplista nos resulta ahora el conocimiento que de sí mismo tenía el hombre intelectual ilustrado de fines del siglo XIX; para él era el hombre un poco de cuerpo y mucho de inteligencia y desnuda razón que lo dominaba todo, que encumbra la ciencia natural positiva y con ella la técnica, mientras toda Metafísica abstracta se evapora gradualmente como una niebla matutina ante los rayos iluminadores del sol. El horizonte se reducía a saber precisos conceptos científicos; ningún misterio, nada de mística, nada de fantasía. El alma en todo caso no ofrecía tales profundidades que no las pudiese sondear una mediana inteli-

gencia. Y lo que acaso se presentara como paso invadible o caótico abismo en la zona del alma, parecía poder atravesarse con facilidad con una buena dosis de ilustración, un poco de Moral y una buena policía.

Pero ahora la cosa ha cambiado. (En algunos al menos, aunque no ha llegado aún al gran público.) Se ha descubierto que en el proscenio de la conciencia humana, en el que se trabaja a la luz del día, sólo se representa una pequeña parte de lo que pertenece al alma. Se adivinan ahora profundidades recónditas en el alma, a las que no tiene el hombre acceso a voluntad y que con todo nos pertenecen. Recónditas profundidades en las que pueden albergarse demonios; explanadas y cavernas inabarcables, llenas de realidades anímicas envueltas en misterio, de las que cada una parece a su vez como una fachada de algo aún más recóndito e impervio, reflejo sólo de algo en sí mismo incognoscible. Profundidades y abismos en los que parece preludiarse oculta y recatadamente por fuerzas misteriosas aquello mismo que el hombre creería la propia historia de su vida, obra de su personal decisión. El alma es en cierto modo todas las cosas, dijo ya un antiguo filósofo. Y nosotros hemos experimentado y padecido ahora enteramente a nuestra costa aquella antigua verdad. El hombre fundado en sí mismo se ha despeñado en los insondables abismos de su alma.

Con todo esto se ha hecho el hombre indefinible enigma para sí mismo. Dentro de sí encuentra un caótico complejo, un barullo de tendencias y posibilidades, sin saber cuál de ellas es la decisiva.

¿Cuál de ellas le define? ¿A cuál de esas fuerzas operantes en las profundidades de su ser debe él levantar como a su Dios en el altar de su corazón? ¿Al placer?, ¿al poder?, ¿al impulso gregario o al impulso a la soledad?, ¿a la espiritualidad tan omnisciente y tan impotente?, ¿a la fuerza vital irresistible y ciega?, ¿al saber de la finitud que todo lo desenmascara y todo lo proyecta en la desesperación? O ¿a qué? Todas éstas son otras tantas posibilidades del alma, ídolos de ayer y de mañana; todo esto está en el alma, porque en sus abismos hay inmensidades sin lími-

tes. ¿Con cuál de estas cosas unir su suerte? ¿A cuál de ellas ligar su propia esencia, de la que todo lo demás reciba medida y dirección? O ¿ha de dejarse simplemente llevar a la deriva a través de todas estas posibilidades para explotar al máximo la posibilidad de vivencia circunstancial de cada una? Pero nos es ya bien patente que de esta manera sólo se consigue que todo se nos escape, que es esta actitud tan sólo una máscara de la cobardía y del caos; fuga de aquello que además hay también en nosotros, el sentido de responsabilidad que admite y elige. No, no se puede practicar un politeísmo ante el altar del corazón con el incesante cambio de estatuas de dioses que se suceden y se destronan unos a otros.

En el alma bullen muchas infinidades, pero no todas son el Dios que ha de ser adorado. Fuera del único adorable, todas las infinidades que allí afloran están sólo para adorar, no para ser adoradas; son justamente aquellas aparentes infinidades sin las cuales el hombre no podría clamar y buscar al verdadero y único *Infinito*. No están allí para que el hombre se goce en ellas y en sí mismo como Dios. ¿Cómo podría ser así cuando el mismo ser muchas las delata ya como finitas? No nos es lícito practicar una idolatría en las inmensidades del alma.

¿Dónde está, pues, Dios, el verdadero Dios de nuestro corazón? Pero preguntemos antes: ¿estará ya todo descubierto con nuestra exploración por esta región de los ilimitados espacios del alma? ¿Estará ya descubierto realmente el verdadero y misterioso Dios en los abismos sin fondo del alma? ¿Habrà quedado soterrada la santa imagen de Dios en lo profundo, cuando nuestro sondeo de fondo tan sólo sacaba a luz los derribos del alma o sus estancias provisionales?

Si queremos contestar a estas preguntas hemos antes de aceptar una verdad, basados en la palabra de Dios. Hay, en efecto, en el alma algo más allá de cuanto la experiencia banal de cada día, la filosofía existencial o la psicología profunda o la mística de la naturaleza, del arte o del amor, o cualquiera otra tentativa humana de conquistar el Absoluto desde estos abismos interiores, ha podido descubrir o alumbrar.

Cuando han fracasado todos los intentos de desenterrar lo único importante, lo que resume y abarca todo, lo permanente, lo divino del corazón, y en último término se viene siempre a concluir que lo encontrado es *el mismo hombre*, que a la verdad no es cosa para adorarla, porque este dios resulta un dios harto pobre; entonces dice la palabra de Dios a este excavador de tesoros desengañado y desesperado: Muy hondo en los abismos del hombre vive aún Dios, el Dios vivo, real y verdadero; no un ídolo muerto, no una desnuda imagen de nosotros mismos, sino Él mismo, el Dios vivo, el Eterno, el Santo. Él que no sólo es en sí mismo la infinitud, sino que quiere donarnos sus inmensidades infinitas. Aquella infinitud que nos libra a nosotros del poder esclavizador de las fuerzas del alma humana (que siendo finitas nos fantasean una infinitud en su hambrienta insaciabilidad), y nos eleva sobre la mísera dosis de un humanismo armónico, en el que todo está tan preformado y ajustado que llega a hacerse estrecho y oprimente; nos levanta sobre la única infinitud que puede el hombre con alguna apariencia de verdad atribuirse: la infinitud de su impotencia y de su finitud.

Dios está en nosotros. Y no simplemente como el eterno Tú que nos libera de la asfixiante soledad que ataraza el corazón; no sólo eso, que sería ya harta magnificencia y dicha. Él está (¿nos atreveremos a decirlo, sin que nos asalte el vértigo de la divinización, al par que caemos por tierra ante Él, pegado nuestro rostro al polvo de nuestra radical diferencia de Él, para adorarle?), Él está en nosotros, no sólo como el Tú liberador, sino más aún como Aquél sin el cual no podemos comprendernos hasta el fondo a nosotros mismos, en nuestro propio Yo; como Aquél que está a nuestro lado cuando creemos verle o llamarle desde lejos; como Aquél que completamente libre y permaneciendo enteramente Él mismo, ha llegado a ser en nosotros, en dignación misericordiosa con su misma realidad, con su gracia increada, a ser aquello que nos hace comprender lo que ahora somos: participantes de la naturaleza divina por la graciosa participación del ser y vida divinos. Él está así en nosotros; nos lo ha atestiguado Él mismo con su palabra.

Y este Dios que vive en nosotros como verdadera infinitud para el hombre, se llama en la palabra de la Escritura el *Espíritu Santo*. El Espíritu de Dios se nos ha dado. Ha sido derramado superabundantemente en nuestro corazón. Él es unción y sello del hombre interior. Él es la plenitud de todos los abismos sin fondo de nuestro ser. Él es el primer don y las arras de la vida eterna. Él es la vida en nosotros por la que estamos del lado de allá de la muerte. Él es la dicha sin límites que ha hecho secarse hasta sus íntimas fuentes los arroyos de nuestras lágrimas, por más que todavía éstas aneguen tanto la superficie de nuestro cotidiano vivir. Él es el Dios interior, la santidad del corazón, su secreto gozo y su secreta fuerza maravillosamente operante aun allí donde nosotros hemos venido ya al cabo de nuestro saber y de nuestro poder.

Él está en nosotros; y nosotros, en lo íntimo, sabemos y entendemos, aun cuando nos sentimos ciegos y necios, porque Él sabe y entiende, y Él está en nosotros y Él es nuestro. Él es el que en nosotros pródigamente ama, gozosamente ama; ama, no codicia egoísticamente; y este amor es nuestro, Él es nuestro amor, por más que nosotros tengamos un corazón frío, estrecho, empedregado. Él es la eterna juventud en la desesperada senilidad de nuestro tiempo y de nuestros corazones. Él es la sonrisa que sobrenada suave por encima de nuestros llantos. Él es la seguridad que guía, Él la libertad, Él la alada bienandanza de nuestra alma.

* * *

«Qué bello lenguaje —pensará alguno— ...si fuera verdad; mas yo nada experimento; nada hay en mí de todo eso.» Y ¿quién es este *yo* que nada experimenta y que se declara vacío de aquel Espíritu? Este *yo*, el *yo* que no abarca más que aquello que con dificultad se alcanza a ver en la más superficial capa de nuestro ser, lo que acostumbramos llamar conciencia, ese *yo* no existe. Ese *yo* es una abstracción de la mentalidad ilustracionista del siglo XIX. ¿Quién, pues, soy *yo*? Yo soy en realidad el hombre de infinitas posibilidades, de gigantescos abismos, de inabarcables

extensiones. Y no he recorrido aún toda la extensión del verdadero *yo*. Hasta ahora estuve sólo sentado en el pequeño y enmohecido vestíbulo del palacio de mi corazón, mientras en sus superiores y auténticas mansiones, en las del propio *yo* se vivía y se decidía el gozo y el destino eternos.

Ya pueden los maestros y los charlatanes del saber de las profundidades del alma extraer a la superficie ocultas preciosidades y feos abominaciones de las capas hondas del hombre interior. Acaso en determinados puntos de la Historia, convulsas como por un terremoto y dislocación de estratos psíquicos, irrumpen las fuerzas subterráneas como volcanes a la superficie de la Humanidad; volcanes de odio demoníaco en torrentes devastadores de lava de corrupción y destrucción; pero está ya bien claro para nosotros que el alma encierra en su íntimo ser algo más de lo que podemos advertir en un abrir y cerrar de ojos con una mirada escuetamente humana. Hay también un estremecedor mensaje de gozo, el de nuestra fe, que no yace ahí a la vera del camino, como esa fe nuestra de miniatura ciega a nuestra grandeza e infinitud; es un mensaje de paz y gozo exultante.

En los fondos del alma no moran sólo los demonios de la noche, de la codicia y del odio; no manan allí únicamente las aguas profundas de la amargura, de las que sólo un par de gotas vienen a los ojos; no hay allí sólo el abismo de la «skepsis» que todo lo devora aniquilador. No, más hondo que todo eso, más poderoso que todo eso está allí el Espíritu Santo, adorado y bendecido por los siglos. Y sólo un tenue, leve, tímido *sí*, de mi parte, y ese hondo entre lo hondo, ese abismo de deidad en los abismos del alma, es mío. Él está allí siempre. Pero es sólo mío si yo digo con fe: *sí*. Cuando yo digo este *sí*, ya lo diga bañado en júbilo gozoso, ya lo diga en un último esfuerzo del corazón, en el que parece adelantarse la palabra de la boca a la palabra del corazón, entonces este *sí* es la gracia del divino Espíritu. Pero esto no me da ningún derecho para callar y decirle: habla Tú. No debo querer oír su palabra callando, sino debo decir mi palabra para oír la suya, decir mi palabra incondicional y creyente. Pero al hacerlo, ya no es el centro intimísimo de mi ser un algo oculto incomprensible, algo

que se deja llevar pasivamente sin rumbo a través de todas las posibilidades del indefinible hombre, sino algo que está anclado firmemente en Dios, y su verdadera incomprensible infinitud, más allá de mis falsas infinitudes, es mía. Cómo esto es posible, sólo Él lo sabe. En todo caso, ¿habremos comprendido nuestro verdadero ser de otra manera mejor que haciéndonos también incomprensibles como Él lo es?

* * *

Pero teníamos que hablar de la oración. Y en verdad, hace ya largo trecho que venimos haciéndolo. Este Espíritu de Dios, en lo más humano del hombre, en el corazón; este santo Espíritu, más profundo que toda maldad abismal; este Espíritu fuerte que mora en nosotros aun detrás de todas nuestras flaquezas, *ora en nosotros*, interpela por nosotros con gemidos inenarrables. No es sólo el Dios ante el que nos arrodillamos; obra también Él en nosotros, con nosotros, por nosotros. Y lo hace precisamente cuando nosotros obramos lo más decisivo de nuestra vida: la oración.

Como nuestro corazón vence en profundidad a la tersura del día claro, así es nuestra oración más profunda que el pensamiento infantil y simple que cruza por nuestro seco cerebro; más espléndida que nuestro pobre sentimiento, que como un pequeño musgo vegeta penosamente en el endurecido suelo de nuestro corazón.

Cuando oramos se elevan las palabras de la oración como águilas que vuelan en alas del Espíritu por la inmensidad sin límites de los dominios de Dios, sin desfallecer hasta llegar allí donde Él y su corazón son una misma cosa. Cuando oramos, entonces es lo que estamos diciendo, y lo que en nuestro diminuto *yo* percibimos de ello, es como un último eco lejano de la llamada de Dios, con la que se llama Él a sí mismo, el Espíritu al Padre, en nosotros; un eco del goce con que Dios mismo es feliz con la gloria de su infinitud; un eco de la auto-afirmación con la que el incondicionado se sustenta en sí mismo de eternidad en eternidad.

Reconoce ¡oh hombre! la dignidad de tu oración. Cuando crees y proclamas que eres partícipe de la naturaleza divina, también crees y proclamas que tu oración no es simplemente la oración de un hombre, del hombre que hay en ti, sino juntamente del Espíritu de Dios que está en ti. Ni tú mismo adviertes las cosas asombrosas que se realizan en tu corazón cuando comienzas a decir: Padre nuestro.

Suena aún esto en tus oídos como algo pobre, desvaído, árido, acaso como algo presuntuoso. Hasta podrá parecerte que lo poquito de tu corazón que ya has logrado recuperar no acompaña a estas palabras. Mas en realidad no es así. Si el Espíritu de Dios está en ti, y sí lo está (o ¿es que no somos bautizados y profesamos la fe y el amor a Cristo?), cierto es que habla Él en nosotros. Y si escuchas más atentamente (mejor, no escuches, ora; esto es lo único importante, ya tendrás una eternidad para escuchar, pero no tienes más que un tiempo para orar), percibirás algo así como una suave, dulce y lejana melodía, que viene de aquellas profundidades, donde la propia alma canta al unísono con los coros de la eternidad, y habla al unísono con la Palabra del eterno amor, de modo que no podría distinguirse quién habla, si la esposa o el Espíritu.

Nosotros no sabemos pedir convenientemente, el Espíritu lo sabe, y esto basta. El grito de nuestro corazón puede parecernos que se ahoga sin ser oído en el silencio mortal del Dios que calla; el Espíritu, en cambio, clama seguro y perceptible por encima de los abismos de la nada que nos separan del Eterno, y esto basta. Si el único escudriñador de las últimas profundidades escudriña nuestros corazones y penetra con su mirada hasta lo más íntimo, no temamos. No encontrará allí, en el último fondo, nuestro propio vacío, ni los intranquilizadores genios de los profundos, ni, en fin, los mil disfraces con que de continuo nos engañamos a nosotros mismos, hasta el punto de no saber ya lo que somos. Encontrará allí a su Santo Espíritu. No oirá, al auscultar el latido de nuestro corazón, la infinita palabrería vana que se derrocha en el mercado de nuestro corazón, ni los desazonantes crujidos de titanes encadenados en los profundos calabozos. Oirá los inena-

rrables gemidos de su propio Espíritu, que intercede ante Dios por sus Santos. Y lo oírás como si fuera nuestro gemido, como acento que se desprende de las caóticas disonancias de nuestra vida, en polifónica sinfonía a honra del Altísimo.

* * *

El Espíritu es nuestro *ayudador* en la oración. Si nosotros nos cansamos de orar, Él no se cansa. Si nos invade una infinita desazón en la oquedad de nuestro corazón y de nuestra oración, Él permanece dichoso en el imperecedero frescor matutino del júbilo con que de continuo magnifica al Padre. Si retrocedemos de espanto ante la secreta incredulidad, que como veneno mortífero parece querer infiltrarse en las mismas palabras de la oración antes de haber salido del todo del corazón, Él habla palabras que no son ya fe, porque son lo creído mismo en visión. Si lucha en nuestra oración la secreta desesperación del corazón con la seguridad y confianza tantas veces excitada artificialmente, Él ora a sí mismo en nosotros, e implora la inmovible seguridad del eterno Dios. Si nuestro «Yo te amo» dicho a Dios suena tantas veces mortecino a nuestro corazón, y sentimos allí detrás al acecho el secreto temor de que el deber duro del amor al prójimo se cambie de pronto en nuestro interior en loco odio a alguien a quien también tenemos que amar, Él ora en nosotros y con nosotros, y entona, orando, el cantar del amor, que ha trascendido ya todo deber y toda ley para convertirse en un puro e inundante éxtasis en el amado Dios.

Él ora en nosotros, cuando nosotros oramos. El Espíritu es ayudador nuestro en la oración, no simplemente porque nos asiste y ayuda en aquella vivencia nuestra que es el orar, sino, más aún, porque en gracia de esa ayuda, nuestra oración es infinitamente más que simple oración nuestra. Porque Él ayuda, es nuestra oración un trozo de la melodía que resuena por todo el cielo, un vaho de incienso que sube oloroso hasta los eternos altares del cielo ante la presencia del Dios Trino.

El Espíritu de Dios ora en nosotros. Éste es el más santo consuelo de nuestra oración.

El Espíritu de Dios ora en nosotros. Ésta es la más alta preza de nuestra oración.

El Espíritu de Dios ora en nosotros cuando nosotros sintonizamos con su oración. Ello significa para nosotros un nuevo, pero dichoso, deber de orar efectivamente, de orar con constancia, de orar y no desfallecer.

Él ora en nosotros. Ésta es la indeficiente fuerza de la oración.

Él ora en nosotros. Éste es el inagotable contenido de todas nuestras plegarias, que brota de las vacías cisternas de nuestro corazón.

Él ora en nosotros. Éste será el fruto de eternidad de la oración dicha en este tiempo.

Nuestro orar queda así consagrado por el Espíritu Santo. Hagamos un alto interiormente antes de comenzar a orar. Y cuando el hombre interior ha recobrado el sosiego, y en este sosiego silencioso todas las fuerzas del ser se conjugan suave y libremente, y de los hontanares del alma ascienden mansamente, según la santa disposición, las aguas de la gracia y empapan lo que nuestro espíritu y voluntad hacen al ponerse a orar, dejemos entonces hablar al Espíritu del Padre y del Hijo. No le oímos. Y sabemos, con todo, en fe, que Él ora en nosotros; ora con nosotros y para nosotros. Y que su palabra repercute en las profundidades de nuestro corazón y en el corazón del Padre.

Dejamos al Espíritu hablar.

Y en estremecida reverencia y en suave amor, hacemos eco a sus palabras.

Hablamos con Él y como Él.

Oramos.

La oración del amor

El amor de Dios y la oración ofrecen una común dificultad. Pertenecen ambas cosas a los hechos del corazón que sólo se realizan con éxito cuando se centra la atención en aquello a que se dirigen y se olvida uno de que los está haciendo; y, por el contrario, fracasan las más de las veces, y casi necesariamente, cuando se cae en la cuenta de que se están haciendo. Se puede, naturalmente, volver después sobre ellos, y puede ser ésta una excelente cosa; puede uno reflectir sobre el amor y sobre la oración y tratar de reconstruir en un examen metódico el proceso seguido. Pero toda reflexión examinadora y crítica es siempre algo así como la muerte de la acción misma (igual que no se puede disparar con tino mientras se examina el arma). Únicamente en el momento mismo en que se hacen, y no advirtiéndolo que se hacen ni que se han hecho, puede tenerse conocimiento cuasi intuitivo e inmediato de que han tenido o van teniendo éxito los grandes actos del corazón.

Podría ser (y éste es el peligro característico del hombre de hoy) que se entrara uno tan adentro en este ámbito de la reflexión sobre sí mismo, que llegara a incapacitarse para los auténticos actos que se dirigen a Dios; que en vez de estar conociendo y amando a Dios, se entretuviera con su propio conocimiento y sentimiento respecto de Dios. No gustaría entonces la cualidad de su objeto, sino sólo la de su acto, y se sentiría encerrado sin remedio en su *subjetividad*, que con razón tiene él por problemática,

pobre y ambigua. Pensaría que el más alto vuelo de su espíritu quedaba impotente, aprisionado en cuadros e imágenes, de las que no se llega nunca a saber si son sombras del objeto pensado o de los propios anhelos vacíos. El hombre no sale en tal caso de sí mismo; la trayectoria de sus actos está dominada por una singular torsión reversiva que termina, para su indefinible desesperación, en él mismo, en sus pensamientos y en sus sentimientos, en vez de tocar aquello que de suyo significan. Ponderamos nuestras ideas y sentimientos, no según el objeto a que apuntan, sino en sí mismos, en su desnudo ser; y los hallamos, por cierto, insignificantes e inanes.

No queremos detenernos a considerar esta autovoraz reflexión; cómo surge y cómo se libra el hombre de ella, y por qué su petrificante impresión es, en último término, falsa, ya que esta cárcel de nuestro corazón sepultado, sin advertirlo nosotros, y aun muchas veces aunque no lo queramos creer, está ya de mucho antes abierta.

Algo más puede deducirse de este peligro. Por tender instintivamente a evitar esta mortal reflexión, caemos hoy fácilmente en otro escollo. Pensamos que sería lo mejor suprimir esos actos de inmediata mirada a Dios en conocimiento y amor, y contentarnos con venerar en silencio lo incomprensible e ininvestigable (en silencio aun con nosotros mismos); no empeñarnos en dar un nombre a lo que es inefable, no alzar a Él la mirada, sino dejar que Él mire hacia nosotros; es decir, hacia nuestra desinteresada conducta en la tierra, hacia nuestra bondad para con los hombres, hacia nuestra interior honradez, hacia nuestro callado aguante con el que soportamos la incomprensible existencia. Inconscientemente nos hacemos a la idea de que Dios está a nuestro lado, por decirlo así, callado detrás de nosotros, hasta tanto que nos viene en mente nombrarle, mirarle, y que en el mismo momento que esto hacemos, se nos desvanece su presencia. En una palabra: la angustia ante la provocada reflexión mortal puede ocasionar la tentación de querer ser irreligioso por religión, o mejor dicho, anónimamente religioso. Puede hacérsenos sospechoso el hombre religioso, franco y expresivo, como si en su ingenua y fatua

piedad cambiara inconscientemente a Dios por sus propias ideas y sentimientos relativos a Dios. Y cuando el hombre cae en esta tentación de piadosa irreligiosidad, naturalmente deja la oración y todo lo que huele a expresión de su amor a Dios en la oración.

Pero pronto advertimos la raíz de esta actitud perpleja. Vemos que es la angustia de la reflexión, que suprime el acto dirigido a Dios por temor de estar el hombre ocupado consigo mismo en vez de tocar a Dios; porque parece como si sólo se aviniera a tratar con el Infinito cuando su infinitud se le haga a él manifiesta inmediatamente; porque no se resigna a conducirse pacientemente ante Dios en la manera que nos es obligado en la perentoriedad de esa vida; es decir: a ir a Él a través de la paradójica unidad del acto con que retenemos la cifra creada de su ser y juntamente la rechazamos superándola y trascendiéndola. Cuando esto advertimos, reconocemos al punto el profundo acierto de los antiguos, cuando afirmaban que la relación objetiva entre Dios y el hombre exige que el hombre dirija también directamente su mirada a Dios, conociéndole, reconociéndole, creyendo, adorando, esperando y amando, sin contentarse con honrarle indirectamente con meros actos terminados a las creaturas. Porque Dios es cognoscible por sus obras, aunque siga siendo el incomprensible, y como tal se nos revele, lo mismo que nos son incomprensibles todas sus obras. Dios nos ha hablado en su Hijo, si bien sólo con palabras de hombre podía hablarnos del Padre. Dios nos ha dado su Espíritu y lo ha infundido en nuestro corazón, si bien de ello sabemos sólo lo que el Hijo nos ha querido revelar. ¿Por qué, pues, no levantar nuestra mirada hasta Él y abrir en su presencia nuestro corazón y nuestra boca, y confesarle de modo expreso y patente, y darle el honor, y atrevernos a hablarle y llamarle: «Tú» y «Padre»?

Es verdad que durante estos actos se nos representa Él en una simple presencia ante nosotros, mientras la acción del Espíritu, y del corazón nuestro con Él, se adelanta por las regiones de lo incógnito, indefinido e insondable, más allá de lo que de Dios sabe y ama; apunta a aquello que nunca alcanza, mientras peregrinamos acá abajo en lejanía de Dios, y en tanto el Espíritu ya derramado en nuestros corazones es todavía el Dios desconoci-

do. Pero ¿es esto razón para omitir tales actos, o no es más bien la explicación de por qué tales actos son actos de fe y de cómo en la estructura formal de ellos está implicado el postulado general de la vida espiritual, que exige al hombre vigor y audacia para saltar en cierto modo sobre sí mismo, a sabiendas de que sólo alcanzará la meta cuando brille para él la luz eterna?

Si caemos en la tentación de pensar que estamos tanto más cerca de Dios cuanto más se nos queda en la región de lo innombrable, lo inaccesible, lo misterioso, más allá de todas las cosas que palpamos como el eterno residuo insoluble de todos nuestros cálculos (con el que, por tanto, no hemos de contar); si así pensamos, pronto se nos convertirá esta absurda religión en un verdadero ateísmo. El misterio ha de ser nombrado, invocado, amado; sólo así será misterio para nosotros; así y todo seguirá siendo misterio.

* * *

Toda elevación del corazón que apunta directamente a este Dios, es oración. Y la plenitud pura de esta oración en la que el hombre, cara a Dios, lo consume todo en uno, en cuanto le es posible, tiene por nombre amor cristiano. El mandamiento del amor no sólo es la plenitud de la ley, sino también la plenitud de la oración. En esta oración no pronuncia ya el hombre ante Dios una particular intención: una súplica, una confesión de su pecado, una alabanza de las divinas perfecciones. Se pronuncia a sí mismo en una entrega total a Dios, se sumerge en el amor a Él, en la medida en que el hombre puede anegarse y perderse en Dios. Y por ello en esa oración reza y dice el hombre de Dios lo más alto que puede de Él positivamente decir. Que es Él el sólo digno de ser amado con todas las fuerzas, sin reservas, sin condiciones, con amor eterno.

Si, pues, el amor es la plenitud de la oración, deberemos hablar del amor de Dios para profundizar mejor en la oración.

¿Qué es el amor de Dios? ¿Dónde lo encontraremos para poder llevarlo a nuestra oración? Se dice frecuentemente que el

amor de Dios «se muestra» principalmente en la guarda de los mandamientos. Ello es verdad, pero el amor de Dios es algo distinto de la observancia de sus preceptos, tanto que sin él toda la guarda de la ley es sin provecho. Por eso nos preguntamos qué es propiamente el amor de Dios; por ello se esfuerzan muchos, bien o mal, en describir de la mejor manera posible lo que en el corazón del hombre acontece cuando ama a su Dios. Y si no todos los que saben hablar del amor de Dios tienen ya efectivamente este amor, también es verdad que muchos advierten con sorpresa lo poco que aman a Dios cuando oyen a otros decir cosas de ese amor que les es difícil descubrir en su corazón.

¿Qué es, pues, el amor de Dios? Podemos partir ante todo de nuestra experiencia humana (la misma Palabra de Dios, el Verbo, usa palabras y conceptos humanos cuando nos quiere hablar de sus misterios), y decir simplemente: lo que pasa en un alma cuando ama a otra persona, desinteresada y puramente, eso, transportado a Dios, será el amor de Dios: naturalmente, en una forma mucho más íntima, más desinteresada aún, más incondicional, más conforme con Aquél que es aquí el amado, Dios.

A muchas cosas que pasan entre personas humanas se da vulgarmente el nombre de amor. Veamos lo que propiamente se significa con esa mágica palabra. No entra aquí por de pronto en consideración el estrecho y egoísta placer sexual, que, aun allí donde no se degrada con maneras del instinto disoluto o brutal, es a lo más una forma muy inferior, apenas desarrollada del amor que aquí nos ocupa. Pero tampoco ha de imaginarse el amor de que aquí hablamos como un bienquerer insulso, desinteresado por sernos en el fondo indiferente. No, el amor es por definición pasional; pero pasional con aquel impulso que empuja al hombre todo (carne y espíritu, y espíritu tomado como lo más íntimo del hombre total) a hacer saltar la estrecha esfera de su *egoísmo*, para darse todo (siquiera sea sólo su pobreza) en la *entrega* completa a algo superior a él; a olvidarse de sí mismo, porque *lo otro* se le ha hecho lo único importante.

De este desinteresado amor del espíritu entre hombres queremos hablar aquí. Lo caracterizaríamos como un embeleso del

alma, desnudo de todo utilitarismo, proyectado hacia la persona amada, como un movimiento del corazón hacia el ser amado. El hombre se pierde todo en él, en aquel dichoso olvidarse de sí que acontece en el hombre cuando todo su ser, dominado por el amor, rompe los fríos muros de su auto-afirmación, que le confinan en las estrechuras de su pobreza, y liberado de esa asfixia deriva su cauce hacia otro ser al que va ahora a pertenecer. Olvidado de sí, centra este amor en el amado, quiere su bien, y con su dicha es feliz.

Y, cosa extraña, quien así ama, quien de veras ama a otra persona, no sale por ello de la cárcel de su propia angostura para caer en otra cárcel igual. En este movimiento del amor a otro, no está solamente comprendido el valor circunstancial de la persona amada, sino que por misteriosa manera está allí implicado el mundo entero en su arcana y gozosa profundidad. O acaso con más exactitud, cuando el hombre sale de sí mismo de este modo para vaciarse en el amor a otro, hay ya en tal amor una *imagen y semejanza* de aquel amor que aspira al todo: a Dios. Él que dos personas que se aman experimenten en este amor el más radical dolor o el supremo gozo, dependerá en realidad de que comprendan que en su amor hay latente otro amor enteramente distinto, que pugna por salir a luz; dependerá de que los dos tiendan a una a Dios o, más aún, que allí en Él se encuentren.

Pero sea lo que fuere de este *más* misterioso que late en todo amor verdadero entre hombres, cuando hablamos de amor pensamos en aquella misteriosa corriente que va del propio ser al *tú* querido. Advierte el hombre que la osadía de su amor no fue en vano; presiente cómo le viene de allí la respuesta, cómo también él es amado; cómo el amor y la comprensión recogen y envuelven reverente y delicadamente su entero ser entregado; cómo está mejor guardado en el amor del otro, que si se perteneciera a sí solo. Benevolencia activa, fiel cuidado y abnegado servicio, florecen espontáneamente en esta unión de amor de dos corazones como custodia y testimonio del recóndito amor.

* * *

¡Si el hombre se juntara a Dios con este amor! ¡Si supiera hallar a este Dios excelso, santo, alto sobre todo límite y concepto! ¡Si se abriera de par en par en este amor ante Él, olvidado de sí, deshecho de sí, hundido y abandonado todo su ser en Dios, en aquel sutilmente dulce y doloroso deliquio que se apodera del hombre cuando se pierde todo en su Dios! ¡Oh mi Dios! ¡Si llegara el hombre a entregarse a Ti enteramente, a hacerse suave y no duro e inaccesible! ¡Si llegara a vencer el sacral rubor de descubrirse hasta lo último, y bañado en lágrimas, que son júbilo, desplegara ante Ti cuanto tiene y proyecta en dicha y en amargura, y lo volcara todo en tu santo corazón!

Entonces sí podrá ya darse todo, sin temor de ser engañado; sin miedo de dilapidar lo más precioso de su ser; sin recelo de que la beatificante crecida de su corazón amante pueda tornarse alguna vez en la indecible y amarga soledad de un corazón engañado, de un amor decepcionado.

Este amor llama a su Dios desde lo íntimo del corazón. Todas las fuerzas del alma fluyen hacia Dios para no retirarse ya de Él; fluyen hacia Aquél que al encenderse la llama del amor se hace el centro íntimo de nuestro propio ser y está más cerca de nosotros que nosotros mismos, más amado que nosotros mismos; no tanto amado Él por y para nosotros, cuanto nosotros por y para Él.

Y este amor de Dios se estremece con la gozosa certeza de que primero nos amó Él, y de que en todo momento responde a la llamada del amor, que sube hasta su corazón desde este valle de lo caduco y de la muerte.

El amor no piensa en sí, es delicado y fiel; ama a Dios por Él mismo y no por la paga, pues él se es a sí mismo bastante paga. Aguanta en las horas turbias, sobrepuja amarguras; las aguas de la aflicción no llegan a apagarlo; es callado y no gusta de muchas palabras; porque el amor grande es casto y recatado. Valiente y confiado, y con todo respetuoso, odia la plebeya confianza y descortes maneras ante el incomprensible Dios, pues no es amor a un cualquiera, sino amor a todo un Dios. El amor es un adherirse a otro, un darse todo a otro; por ello todo lo noble e indecible

mente sabroso encerrado en lo supremo y último que un corazón amante puede hacer, deriva de aquello que se ama. Por ello es tan supereminentemente santo y grande el amor de Dios; por ello es inextinguible.

Este amor toca en efecto a Dios, a Él, al Infinito, al incomprendible; al Dios tan cercano al corazón, al santo, al adorado. Amamos a Aquél ante cuyo espíritu estamos presentes desde toda eternidad, el que llama a cada uno por su nombre; a Él, al Hacedor nuestro, Señor, principio y fin nuestro; al eterno e infinito Padre, e Hijo y Espíritu Santo; al solo y uno Dios. Le amamos a Él, al que nos amó primero, nos dio ser y vida, en el que vivimos, nos movemos y somos; a Él, el que nos sigue aún amando cuando le odiamos, que hace alzarse al sol sobre nuestros pecados; a Él, longánime, fiel, sabio, el Dios de nuestro corazón y nuestra porción en la eternidad; a Él, el solo bueno.

Cuanto más distante su infinitud de nuestra nada, tanto más espolea la osadía de nuestro amor. Cuanto más absolutamente colgada nuestra problemática existencia de sus inescrutables decretos, tanto más incondicional y confiada la tremenda entrega de nuestro propio ser en el amado Dios. Cuanto más fascinadora su santa belleza y bondad, tanto más se alza su amor por encima de todo lo que nosotros queremos aún denominar amor. Cuanto más Él nos visita con su cercanía santificante, divinizadora; cuanto más es Él para nosotros padre, madre, hermano y hermana, tanto más confiada se hace la ungida delicadeza de nuestro amor. Cuanto más anonadantes son sus caminos y juicios, tanto es mayor la santificante consolación de nuestro amor. Y tanto más fuertemente amamos a Dios cuanto menos le comprendemos y más candente penetra en las últimas fibras de nuestra alma el sentimiento de nuestra obtusa impotencia delante de Él. El grito del corazón: «¡Dios mío, yo te amo!», puede compendiar la más santa acción del hombre, lo más grande del hombre, el misterio de su amor al Dios infinito.

* * *

Una cosa queda por declarar de este amor de Dios para que no sea mal comprendido. Verdad es que en mayor o menor grado vibra en el altar del corazón de todo hombre la llama del impulso a olvidarse de sí, a entregarse al más alto (esto aun en la rencorosa llama del perdido y desesperado que no puede amar); pero esta llama no es aún por sí sola el amor a Dios, ni aun por el solo hecho de subir hacia Aquél que llama su Dios. Tal impulso hacia arriba sólo entonces es amor cristiano cuando Dios lo salva con su gracia. Esto quiere decir dos cosas. Primero, que Dios ha de preservar este altísimo vuelo del hombre (preservarlo, salvarlo) de constituirse en una suprema expresión de soberbia, en pretensión loca de hacerse por su propio esfuerzo semejante a Dios, o en centelleante impaciencia de arrebatarse para sí a Dios. Sólo cuando la inaccesible majestad y santidad del Dios eterno se abaja al hombre; cuando el hombre, para su gran bien, se hunde en adoración ante el lejano Dios, y postra ante Él su propio anhelo de cercanías de Dios rendido a toda disposición divina, y preguntando si se le permite acercarse, sólo entonces arde pura la llama de su anhelo de Dios. Pero esto le es únicamente posible al hombre por gracia de Aquél que era el Hijo en el más íntimo santuario del Padre, y con todo vino a los maldecidos campos de esta tierra en traje de siervo, para servir al Señor en silencio y obediencia.

Y todavía más. Ni siquiera la pura y simple subida a lo alto de esta llama sería por sí sola el amor que quiere Dios de nosotros, porque éste tiene que sernos dado por Él. El más depurado anhelo del hombre hacia el Dios infinito alcanzaría por sí solo muy de lejos al inaccesible. El que podamos más, el que nos pongamos ante su acatamiento, el que nos sea dado (como contenido de vida eterna) contemplarle como Él es, tener parte en su íntimo amor, ello es la acción de su amor; ello es sólo posible porque Él mismo ha derramado con el Santo Espíritu el último y absoluto amor en nuestros corazones; en estos corazones nuestros, que eran de sí impotencia, pecado y vacío. Ello es sólo posible porque ha venido Él a nosotros, porque se ha verificado lo incomprendible de su amor, que se ha volcado y perdido allí donde nada había digno de tal amor ni capaz de provocarlo.

No subimos nosotros a Él, sino Él bajó a nosotros. Si nosotros podemos buscarle con nuestro amor, es porque Él nos encontró ya antes y nuestro amor no es otra cosa que el tembloroso dejar hacer de su amor, que nos incardina a nosotros en el corazón de Dios. Se nos pide el supremo acto de que somos capaces (¿qué otro nombre podría tener que el de amor?), pero quedaría tan lejos de Él como todo lo demás, si no lo hubiera transformado por modo misterioso su amor en aquello que es propia y verdaderamente amor, el amor que llena las eternidades de Dios y del hombre redimido. Y por ello sólo entonces le amamos de verdad a Él, cuando no perdemos de vista que nuestro amor es su amor, que se hizo nuestro cuando la lanza del hombre, hijo de ira, atravesó el corazón de Dios, e hizo que manara de allí aquel amor sobre el mundo vacío de Dios. Por ello nuestra oración de amor ha de ser siempre en última expresión un: «Tú me amas» subrayado con la súplica trémula: «Dame que yo me deje amar por Ti; porque aun esto es don tuyo».

* * *

Pero ¿vive este amor en nosotros? Puede, es verdad, arder el amor, fuerte como la muerte, en el pecho del hombre sin darse éste apenas cuenta de sus defectos.

Lo supremo en el hombre no es necesariamente lo más clamoroso, y hay hombres que hacen las cosas grandes sin ruido. Pero en todo caso sabemos todos que nuestro amor a Dios es pobre y débil, aun queriéndole sin duda amar con sincera voluntad. Pero que su amor llene todo nuestro corazón, toda nuestra alma, todo nuestro espíritu y todas nuestras fuerzas, no, eso no lo podemos decir. Y, no obstante, hemos de amar a Dios más y más. No podemos resignarnos a ver venir sobre nosotros la gran desilusión de una vida vacía de valor, ni a tener que llorar un día el haber pasado por esta existencia sin haber amado; tener que llorar, como un niño que sólo sobre la tumba de su madre comprende cómo mereció ser amado aquel corazón que yace silencioso allá abajo.

Y hay algo extraño en el amor. Se dice que no se puede imperar el amor: hasta parece como si la misma propia voluntad quedara demasiado exterior a Él, sin poder penetrar las profundidades del alma en la que las aguas del amor secretamente suben y descienden según sus propias leyes. Una cosa es cierta en todo caso: todo el que honrada y sinceramente quiere amar a Dios, ya le ama. No podría, en efecto, quererlo si la gracia de Dios no hubiera ya tocado el corazón del hombre y tomado posesión de sus íntimos anhelos de amar. Podemos, al menos, hacer crecer el amor. Podemos alejar los obstáculos y dejar el amor invadir, dominador, todos los senos del hombre. Podemos suplirle a Aquél mismo para quien es nuestro amor que nos visite con la dulce omnipotencia de su gracia, alumbre el manantial de la hondura y empape la seca tierra de nuestra alma en su amor.

Si nos parece muchas veces que no tenemos poder alguno sobre nuestro frío corazón, podemos siempre, al menos, una cosa: poner oído atento a los callados, tímidos, casi inconscientes movimientos de este amor de Dios, a las tenues llamadas de nuestro inquieto corazón hacia Dios. Los mil afanes de nuestra vida nos dejan con frecuencia cansados y desabridos; las mismas alegrías se tornan insípidas; presentimos a veces que aun nuestros mejores amigos quedan lejos de nosotros, y las mismas palabras de cariño de los hombres de nuestra mayor intimidad penetran en nuestros oídos como de lejos, lánguidas y frías. Todo lo que el mundo valora lo sentimos como vana granjería sin valor de fondo. Lo nuevo se hace viejo, los días quedan atrás, el seco saber se torna vacío y frío, la vida se marcha, la riqueza se evapora, el favor del vulgo sabe a capricho, los sentidos se embotan, el mundo es cambio, los amigos mueren. Y todo esto no es más que la suerte común de la vida ordinaria, aunque los hombres apenas lo ponen en la cuenta del penar y del dolor. Sobre ello hay que poner todo el dolor y toda la amargura que puede henchir la vida del hombre, todas las lágrimas, todas las miserias del cuerpo y alma.

Pues justamente ésa es la acción de la gracia, cuando esta visión de la finitud y caducidad de todo se adhiere con viveza a la

mente del hombre. Los hombres, es verdad, esquivan en lo posible este conocimiento; cuando un contento terreno deja el corazón insatisfecho, se pone la mira esperanzada en otro. Mas quien para mientes en este cuadro del corazón desolado, en esa inacabable ansia del alma; el que cala todo lo que significa ese desventurado sino del hombre de descubrir por doquiera, para su decepción, límites y barreras; ése tal está ya labrando un espacio en su corazón para el amor de Dios. Ve que sólo un ser puede embelesar el corazón con todo su pensar y sentir, que sólo ese uno permanece, que sólo ese uno es fiel, que sólo ese uno puede ser todo para nosotros y poseernos enteramente.

Y cuando en medio de este desengaño de todo lo de acá, que todo cristiano debe vivir, sentimos que sólo uno es capaz de recoger ese nuestro ser total, que queremos entregar en un incontenible impulso de amor; cuando soportamos a pie firme ese profundo y total desengaño de todo, sin desesperación y sin ilusión; entonces comenzamos a amar a Dios. Suspiramos por algo, y no sabemos a punto fijo qué es, pero estamos bien seguros de que es algo que el mundo no nos puede dar. Y a este desconocido ser, ansiado y amado, debemos darle, con exclusión de todo otro ser, su propio nombre: Dios. Así despierta espontáneamente el amor a Dios en nuestra alma; casi sin advertirlo, suspira el hombre por el Dios de su corazón y por su participación en la eternidad. Así, suave y espontáneamente, comienza a buscar a Aquel Único que permanece cuando todo se hunde, a Aquel Único que nos envuelve y nos ama, al Dios de los deseos de nuestro pobre corazón.

Otras veces no es este desengaño de las cosas de acá lo que despierta en nosotros el amor de Dios, sino una alegría agradecida y tranquila. Un alma buena sale a nuestro encuentro; nos han hecho un favor; nos vemos de pronto aliviados de un grave temor o de un duro trabajo, o por otras mil maneras nuestra alma se siente de pronto inundada de una sosegada alegría. Casi sin darnos cuenta, presentimos que detrás de este pequeño acontecimiento hay otro mayor invisible; que este destello de gozo es sólo centella de una luz eterna. Experimentamos con corazón agra-

decido cuán sin ruido ha pasado Dios a nuestro lado y nos ha bendecido. Nos llena y dilata suavemente un aprender de nuevo que Él es bueno y grande y lleno de misericordia. Su cercanía nos envuelve y su bendición despierta en nosotros el amor.

Cuando Dios nos visita así, con el dolor o con la alegría, cuando se despierta así su amor en nuestra alma, debemos ponernos a tono con ese impulso que remueve los fondos de nuestro ser. No hemos de dejar que el vocerío del mundo, la distracción del ánimo u otros afanes de tierra, apaguen de nuevo en nosotros el eco de la voz de Dios, de esa voz que se insinúa con una tenue y silenciosa ansia de Dios y se expulsa luego en palabras de amor. Todo en nosotros ha de hacer coro al sostenido orar de nuestro incansable corazón: ¡Oh Dios! Tú el cercano, el grande. Tú mi Dios. Tú eres el solo bueno. Yo te amo.

Poco e insignificante se ha de llamar cuanto de nuestra parte podamos hacer para que el amor de Dios prenda y se mueva efectivamente en nuestro interior. Insignificante, porque ha de sostenerse frente a la dura realidad de cada día, en la fidelidad, en la obediencia y en el amor al prójimo. Poco y pequeño, porque si es amor de Dios, se deberá a que Dios mismo con su Santo Espíritu lo transforma en amor, en el amor que busca y encuentra el corazón de Dios. Pero ¿habremos de tener por ello en poco lo que de nuestra parte tenemos que hacer, lo que de Dios mismo nos viene como gracia en la forma de nuestro trabajo, de nuestro suplicante anhelo del amor, del verdadero amor de Dios?

* * *

Este misterioso subir de las aguas del amor desde las ocultas profundidades de nuestro ser, esta inclinación de nuestra alma hacia su Dios, a la que tan sólo nos toca hacer eco y dar cauce libre, sería más pujante, más incontenible, si no viniéramos nosotros mismos a cegar esas fuentes con el pecado, si nuestro corazón fuera más puro.

Es un hecho constantemente comprobado en la experiencia de la vida religiosa lo que el Señor dijo: *Bienaventurado: los limpios*.

de corazón, porque ellos verán a Dios. Sólo las almas puras, o que al menos poseen un anhelo sincero y eficiente de la pureza interior, pueden amar a Dios, que es la misma pureza y santidad. Aun sin contar la culpa mortal, que grava al alma y extingue el amor, ¡cuánto no impiden y coartan los otros pecados y todos los desordenados hábitos el vuelo del amor!

Almas que se contentan con cumplir los imprescindibles deberes del cristiano, que miran toda otra observancia y cuidado como una exageración, que van como a disgusto a la presencia de Dios en la oración y recepción de Sacramentos; almas para quienes toda la vida espiritual es un deber molesto que se cumple de prisa para volver en seguida a cosas más agradables; almas que, contentas de sí mismas, combinan sus obligaciones según su gusto; tales almas nunca podrán amar a Dios de todo corazón. Su corazón está torpe para el reclamo del amor. El que ama a Dios encuentra a punto en todo momento a su Dios. Pero el que no está dispuesto a renunciar a todo lo que es pecado, tiene miedo de encontrarse con Dios. Pudiera pedirle lo que él no le quiere dar.

En la medida en que seguimos la voz de nuestra conciencia y hacemos con seriedad, decisión y perseverancia lo que en cada momento conocemos ser nuestro deber, en esa medida penetramos más y más en el mundo del más allá; nos acercamos más y más a Dios. Se agranda el conocimiento de su infinita bondad; se engendra y se desarrolla gradualmente un santo parentesco entre el alma pura y el Dios Santo, y comenzamos a amar a Dios con toda nuestra alma y con todo nuestro corazón, y con todo nuestro espíritu, y con todas nuestras fuerzas.

Si queremos crecer en el amor, debemos no sólo estar atentos a sus delicadas mociones, ni sólo prepararle un corazón puro; debemos también pedirlo. Dios es el que obra en nosotros, según su santo beneplácito, el comienzo, el crecimiento y la perfección del santo amor. Él nos ha amado primero; fue su gracia la que nos habló en los primeros movimientos del amor, es la única que puede purificar nuestro corazón. Quiere Él, pues, que imploremos esta gracia.

Aumenta, Señor, tu amor en nosotros.

Cuando nos haga temer la loca pasión de nuestro corazón; cuando nos halleemos insensibles al amor de Dios; cuando nos preguntemos con angustia si, en fin, amamos más a las tinieblas que a la luz, más que a Dios; imploremos entonces su piedad, pidamos entonces que aumente y fortalezca en nosotros su amor.

¡Oh Jesús! Danos el temer y amar siempre tu nombre; pues Tú no retiras tu mano de aquél que has fundado en la solidez de tu amor.

Gracia mayor que el amor de Dios a nadie se ha concedido. Ella resume toda nuestra verdadera vida. Ella constituye nuestro bien. La paz de nuestro trabajado e inquieto corazón. El contenido de nuestra eternidad.

¿Dejaremos de implorar este amor? ¿Nos dejará de oír el Padre cuando no le pedimos sino que nos atraiga a su corazón, cuando no anhelamos otra riqueza que su amor?

Así, pues, oraremos: «¡Haz que yo te ame, Dios mío! ¿Qué tengo yo en el cielo y qué, fuera de Ti, sobre la tierra? Tú, Dios de mi corazón y mi porción en la eternidad. Que yo me adhiera a Ti. Se Tú, Señor amado, el centro de mi corazón; límpialo para que te ame. Mi dicha sea tu felicidad, tu belleza, tu bondad, tu santidad. Está siempre a mi lado, y cuando sea tentado de dejarte, entonces, ¡Dios mío!, Tú no me dejes. Una sola cosa te pido: tu amor. Que crezca en mí. Tu amor es lo supremo, lo definitivo y nunca cesa, y sin él yo nada soy. Llegue yo, al fin, a estar unido a Ti por el amor para siempre.»

La oración del «cada día»

Sublime cosa es la oración.

Es una voz que se alza desde las profundidades del corazón. Y ¿qué hay sobre la tierra más elevado que el corazón sencillo, creyente y amante?

Es una palabra dicha a Dios que Él escucha con amor y la toma en su corazón. Y ¿qué puede haber más impresionante y sublime que este efectivo escuchar amoroso del Eterno la balbuciente voz de su hijo?

La oración es orar en el Espíritu Santo. ¿Qué puede ser más estremecedor y grandioso que esa voz del Espíritu que conmueve la eternidad y llena los abismos de Dios, cuando lleva en sus alas la pobre palabra de la criatura ante el trono de Dios, y hace que resuene el gemido de la tierra allá dentro en las moradas eternas que Dios se fabricó para júbilo de su propia vida?

Sublime cosa es la oración. Y quien lo ha comprendido, se estremece y sobrecoge cuando se pone a orar.

Y ¿podrá ser este tan sublime acto un menester del vivir cotidiano? ¿Del vivir de cada día con su monotonía del eterno igual, con su tono gris de vulgaridad cotidiana, con la torpeza y embotamiento del corazón cansado?

Así es con todo; hay y tiene que haber una oración de cada día. Porque está escrito: «Es preciso orar siempre y no desfallecer» (*Luc.*, 18, 1). Y otra vez: «Estad vigilantes y perseverad en la oración» (*Ef.*, 6, 18). Y también: «Orad sin intermisión» (*1 Tes.*, 5, 17).

17); «Sed alegres en la esperanza, pacientes en la tribulación, constantes en la oración» (Rom., 12, 12).

Dos cosas diremos de la oración de cada día, que pueden resumirse en estas dos consignas: orar *cada día* y orar *el cada día*.

* * *

Orar cada día. Por oración de cada día entendemos la que se practica de un modo más o menos regular, no precisamente en momentos de especial gusto o humor espiritual; la que el hombre, sin estar en particular obligado a ella, se impone como propio deber y voluntaria costumbre; la oración que tiene sus tiempos; la oración que, naturalmente, está ligada con determinados tiempos y circunstancias, la mañana, la tarde, la comida.

Oración de cada día es la oración al toque del «Angelus», el Rosario en privado o en familia, una visita privada a una iglesia o sagrario, fuera de los actos religiosos comunes de obligación. Y así otras formas de devoción y piedad legadas por nuestros mayores, como el saludo al pasar por delante de una iglesia o de un Cristo; la señal de la cruz al partir el pan, la señal de la cruz que el niño al acostarse pide y recibe de sus padres. Éstos y otros parecidos usos son breves y sencillos deseos de la bendición de Dios, y por ello son oración de cada día.

Esta oración de cada día es difícil. A muchos es ya difícil simplemente no olvidarla del todo. ¡Cuántos de estos usos devotos de oración se han perdido y olvidado en las grandes ciudades! Y ¡cuánto de eso que el hombre de la gran ciudad teóricamente reconoce aún como deber o uso cristiano, lleva en realidad una existencia pobre, amenazada siempre de un total olvido! Espíritu y corazón andan en otras cosas. No hay tiempo, se dice; al menos, no lo hay para esas cosas más bien molestas y algo pasadas de moda, dejadas atrás como otras cosas de la niñez. No se las desentierra oficialmente; arrastran aún su vida lánguida, pero sin el vigor ya para informar la vida real. Se podría bien asegurar que la vida discurriría la misma, si desapareciera del todo ese resto del viejo tiempo de nuestros mayores o de nuestra propia infancia.

La oración de cada día es ardua. Arduo el mero no dejarla del todo en el vivir cotidiano, porque en el tiempo y en el ambiente de hoy no halla apoyo ni terreno para su desarrollo, y bien pocas veces encuentra un corazón que, en medio del ambiente incrédulo circundante, saque de su propia vida de unión y familiaridad con Dios la fuerza para dar a esta oración de cada día vigoroso crecimiento y lozano verdor.

Pero si es difícil no abandonar poco a poco e insensiblemente la oración de cada día, es mucho más difícil *orar* efectivamente y no contentarse con *cumplir* sólo materialmente la oración de cada día. ¡Qué es muchas veces lo realmente *orado* en nuestras preces cotidianas y qué lo meramente *dicho* con los labios! ¡Cuántas veces el corazón y el espíritu están lejos de lo que oramos! ¡Cuántas veces nuestra palabra a Dios, palabra de corazón a corazón, se convierte en la pronunciación de una fórmula que tan sólo atendemos a que sea rezada sin cuidar de estar durante ella con Aquél a quien la decimos!

El vivir cotidiano hace *cotidiana* y vulgar nuestra *oración de cada día*. Se hace exterior, mecánica, sin corazón, oración de labios afuera y como cumplimiento de una obra externa que se procura despachar rápidamente para volver de nuevo a otras cosas más gratas. Es muchas veces esta oración algo así como un tiempo que damos a Dios como a la fuerza, a más no poder, porque no queremos perder con Él. Y podrá suceder que en esta santa y conmovedora oración de cada día, nuestro corazón esté lejos de Dios mientras oramos; que honremos a Dios sólo con los labios, sin poner en ello el corazón, y que, sin embargo, nos hagamos la ilusión de cumplir un deber para con Dios. Como si para el escudriñador de los corazones hubiera otro posible cumplimiento del deber que el que consiste en llenar e informar la acción exterior con la intención pura del corazón.

Puede ser también que el hombre interior se sienta dilacerado por la antinomia que vive en sí mismo entre lo que es la oración y lo que debe ser. Sufre al ver que su corazón no va a una con las excelsas palabras de la oración; palabras de alabanza, de acción de gracias, de súplica, de reverencia, de contrición, y otras.

parecidos sentimientos que revolvemos en la oración. Sufre porque querría orar a menudo, a diario, pero siente que no puede. Una parálisis parece haber invadido su corazón, y aun tiene la sensación de que su propia honradez no le permite fingir lo que no puede practicar con verdad, y que su sinceridad y fidelidad a sí propio y a Dios le impone esperar a que rompan de nuevo las fuentes de las profundidades de su corazón con las aguas de la gracia, de la espontánea vivencia y emoción, que broten por sí solas y hagan posible una oración que será realmente, como decimos, auténtica efusión del corazón.

Esta dificultad puede llevar a almas serias y sensatas a orar raras veces; almas que rezan poco, cuya vida cotidiana carece de oración, y no por haber caído víctimas del superficial afán del vivir cotidiano, sino por excesivamente reflexivas y sinceras se resisten a hacer en la oración nada que no salga de dentro, y no comprenden que basta querer para que ya la oración sea auténtica palabra del hombre interior, salida del hondo del corazón.

Y, no obstante, a pesar de todas estas dificultades, queda en pie, con su verdad y actualidad, para nosotros la vieja sabiduría y ley del cristiano: orar cada día; orar dentro del vivir cotidiano; no limitar la oración a aquellas pocas horas supremas de interior emoción y toques arrebatadores, en las que el hombre creyente, nunca distraído del todo de Dios, se siente, casi sin darse cuenta, introducido en la oración. Tenemos que comprender la necesidad de la oración de cada día. Esta oración de cada día es, en efecto, la condición previa y al mismo tiempo el fruto y el dejo de las otras formas más altas y extraordinarias de oración.

Porque hay, sí, diferencia entre oración y oración. Hay momentos, quizá breves y raros, en los que el ángel del Señor toca el corazón, y éste arde en adoración ante la majestad del Dios presente, en añoranza de la Patria, en esperanza de la paz del Señor, en arrepentimiento que transforma una vida entera, en amor al eterno amor. Ciertamente, podemos valorar estos momentos por encima de la oración de cada día y podemos sentirnos inclinados a darles a ellos exclusivamente el nombre de oración.

Pero tales momentos de la gracia son escasos. Y ¿qué nos aprovecharán si no aprisionan toda nuestra vida y le infunden el aliento de su espíritu? ¿De qué nos servirán si a lo largo de nuestra existencia se hacen cada vez menos frecuentes y más apagados, como se hacen cada vez más raros los resplandores de un genio prodigado en demasía? Y ¿cómo evitar este doble peligro de esterilidad y de despilfarro, sino por medio de la oración de cada día? Rezando y orando cada día es como nos labramos las condiciones y el terreno propio para aquellas horas cumbres de la oración. Esforzándonos, aun con trabajo, en mantener abierto nuestro corazón y nuestro espíritu en vela, y nuestra atención y prontitud tensas, sólo así es como no pasarán en vano por nosotros las grandes horas de la gracia. Las horas en que Dios, de repente, nos sale al encuentro y nos sugiere al oído de improviso una palabra clave que decide de toda una etapa de nuestra vida. Y ¿cómo sería así si nos sorprendiera ajenos y descuidados y no en forma para tal visita de lo alto? O bien aquellas horas en que Dios, en trances de máxima prueba, de asalto total, sacudida de gozo o aniquilante infortunio, en una hora de suprema soledad y penetrante dolor, o en otros grandes días o noches de la vida, nos exige una respuesta (que es oración) decisiva para el tiempo y la eternidad. Y ¿cómo tendremos a punto esa apertura del corazón, esa tensión en vigilia del espíritu y esa prontitud en las horas estelares de la vida, si no hemos seguido de antemano la voz que nos dice: «Vigilad y orad», si no hemos orado la oración de cada día?

* * *

Si no oramos cada día, es decir, si no levantamos cada día los ojos a Dios, si no estamos atentos cada día al rumor de su palabra y nos preparamos así cada día para las pruebas decisivas de nuestra vida, correremos el peligro de quedarnos poco a poco ciegos y sordos, indiferentes y perezosos. Y entonces, ¿advertiremos con claridad las encrucijadas decisivas de nuestra vida, en las repentinas embestidas de la tormenta? ¿Poseeremos nítida y a

punto la discriminación moral en nuevas y desacostumbradas situaciones, si no hemos vigilado antes en la oración de cada día? Y si en estas horas estelares de la existencia en que está en juego la vida y la muerte, que calladamente y sin anunciarse asaltan al hombre, no nos sostenemos, ¿podremos luego decir que estamos exentos de culpa, que no pensábamos que tal ocurriera, que nos cogió de sorpresa, que no pudimos advertir la gravedad de la situación ni prever sus consecuencias? ¿Podremos decir eso si antes, perezosos y necios, no quisimos vigilar en la oración de cada día? También hay en lo espiritual un género de entrenamiento deportivo que pone *en forma* para aguantar los casos extremos.

Y cuando la hora de Dios ha pasado, la grande y encendida oración, ¿cómo haremos para que no quede todo en un mero paréntesis infructuoso de nuestra vida? ¿Cómo será transformada aquella hora de luz en la lenta y paciente labor del hombre interior, en el secreto trabajo que transfigura la escuálida vida y la ordinaria cotidianidad en incansable esfuerzo, al tenor de aquel ejemplar que momentáneamente nos fue mostrado en los altos momentos de la oración carismática? ¿Cómo podrá hacerse esto, tan capital, sino por medio de la oración de cada día, la que bajo el peso y el afán de cada día lucha con el ángel del Señor, para conseguir que ese gris amanecer del trabajo y esa agobiante fatiga de la tarde sean al menos iluminados con un tenue destello de eternidad?

Sólo cuando este fuego del espíritu que descendió hasta nosotros en una hora de dicha se fragmenta y llega a alumbrar en pequeñas centellas de luz y calor las horas de cada día, orando nosotros en la medida de nuestro limitado poder, sólo entonces abarca de verdad el fuego del espíritu toda nuestra vida, que en su mayor parte se integra de pequeños y grises momentos. La oración de cada día es, de este modo, la condición previa y la natural expansión de las horas cumbres de la gracia en la vida del cristiano. Y por ello es importante, insustituible.

Otra razón aún más potente nos apremia también al *orad cada día*: la gloria de Dios. El Señor es nuestro Dios, no sólo en los días festivos de la vida. No sólo ha salido de sus manos lo subli-

me, y no sólo esto ha querido que vuelva a Él en homenaje de gloria. Igual fin asignó a lo pequeño, a lo imperceptible y lo siempre igual; eso que llena nuestra vida. Somos sus siervos no sólo cuando llenamos las altas catedrales o cuando los divinos misterios se realizan en nosotros en misteriosa pompa y belleza. Somos sus vasallos y esclavos también en el campo y en la oficina y en el taller, en la mesa y en el dormitorio, detrás de la mesa de trabajo y ante la tina de lavar. También esto es para gloria y honra de su nombre. ¿Por qué no recordar en nuestro *cada día* que le pertenecemos en ese mismo *cada día*, que para su gloria vivimos? ¿Que, por tanto, ha de levantarse de esa vida un himno de alabanza a Él? ¿Que hemos de decir en todo momento: «En el nombre de Dios», desgranando unas palabras de bendición sobre ese *cada día*? ¿Que, en una palabra, debemos orar cada día?

* * *

¡Oh oración de cada día! Tú eres pobre y un tanto gastada y yerma como el *cada día* mismo. Rara vez vienen sobre ti altos pensamientos y elevados afectos. No eres sublime sinfonía en majestuosa catedral, sino más bien un canto piadoso salido del corazón, sentido y ejecutado con la mayor voluntad, siempre algo simple y monótono. Pero tú eres la oración de la fidelidad y de la entrega confiada, la oración del servicio desinteresado y sin paga a la divina Majestad. Tú eres la unción sagrada que presta luz y grandeza a las horas grises y a los momentos perdidos. No preguntas tú por las vivencias del que ora, sino por la gloria de Dios. No quieres experimentar, sino creer. Tu paso es muchas veces cansado, pero andas.

Puede parecer a veces que sale sólo de los labios. Pero ¿no es mejor que al menos los labios bendigan a Dios, que no que todo el hombre esté mudo? Y ¿no hay más esperanza de que encuentre un eco allá en el corazón lo que suena en los labios, que si todo el hombre permaneciera mudo? Y en estos nuestros tiempos, pobres de oración, lo que se designa comúnmente como oración de solos labios, es, en realidad de verdad, la más de las veces,

oración de un corazón pobre, pero fiel, que trabajosamente, honradamente, a través de toda su debilidad, cansancio y tedio, se labra una pequeña hendidura, por la que penetra un tenue rayo de luz eterna, que viene a caer sobre nuestro corazón sepultado bajo el *cada día*.

¡Ora cada día! Sacude el torpor y la apatía. Ora de un modo personal. Trata de convertir la oración de cada día en una oración propia, personal. Ello se hará si sabes volver tú del tráfico de la vida que te rodea y te penetra hacia ti mismo; si sabes volver de la sobreexcitada prisa y vértigo de la vida al sosiego, de la estrechez del mundo a la anchurosidad de la fe, de ti a Dios, si no te contentas con recitar maquinalmente tu fórmula de oración que aprendiste de niño.

¡Ora con regularidad! Exígete a ti lo que tú mismo te has impuesto como deber en la oración. Sé señor de tu bueno o mal humor, de tu talante y capricho. ¡Ora con regularidad!

* * *

¡Aprende a orar! Es gracia de Dios. Pero es también obra de una buena voluntad, un arte que se ha de ejercitar. Se puede aprender a recoger el espíritu antes de entrar en la oración, a apaciguar nuestro interior y pensar en lo que se va a hacer, elevar el alma hasta Dios. Se puede aprender a hablar con Dios sin necesidad de fórmulas de oración, a hablar con Dios de la propia necesidad, de la propia vida, de la misma repugnancia que se siente en tener que tratar con Él; a hablar con Él de los propios deberes, de las personas queridas, del propio estado de ánimo, del mundo y su miseria, de los que nos han precedido en la muerte; a hablar con Él de Él mismo, que es tan grande y tan distante, tan incomprendible y tan luminoso al mismo tiempo, que es Él la verdad y nosotros la mentira, Él el amor y nosotros el egoísmo, Él la vida y nosotros la muerte, Él la plenitud y nosotros la pobreza y el deseo.

Se puede aprender a dar una compostura conveniente al cuerpo, a evitar toda tensión muscular, a procurar hacerse silen-

cio por dentro, a acallar el intemperante vocerío de las imágenes del *cada día*, de manera que se llegue como a percibir en sosiego la propia alma, pobre y empequeñecida, pero que sabe unas pocas palabras esenciales y un cantar que sólo canta a Dios.

Se puede aprender a convertir en oración la lectura de la Sagrada Escritura. Se puede aprender a reflexionar al fin del día, en la oración de la noche, sobre las experiencias del día para darles su justo sentido y su justa orientación hacia Dios; a hacer entrar el día entero en los secretos senos del alma, donde lo pasado se sedimenta en su más justa forma; es decir, sin amargura ni odio, en recta y buena intención y paz, en dolor sosegado de contrición, sin angustias nerviosas, en seriedad y en santificadora dedicación a Dios.

Se puede aprender a santificar con la oración aquellos momentos muertos del día, cuando nos vemos reducidos a la inactividad, en las estúpidas esperas de las antecámaras y en las colas. Se puede aprender a refrescar la memoria de Dios a lo largo de todas las minúsculas contrariedades y alegrías que cada día nos trae.

Tales y parecidos recursos de quien quiere orar en el *cada día* pueden aprenderse y ejercitarse.

Aprendelo tú también. ¡Ora cada día!

* * *

¡Ora el «*cada día*»! Hay todavía un ideal más alto al que consagrar la oración de cada día. Feliz ya aquél que en el *cada día* ora, y ora de tiempo en tiempo. De seguro, no será el suyo un *cada día* del todo cotidiano, insulso y banal. Y cierto, debemos expresamente orar sin desfallecer en el *cada día*.

Pero el fallo del hombre espiritual en la cotidianidad de su vida no está ya por eso solo superado. Porque aun orando a menudo cada día, parece que ese mismo *cada día* se queda siendo siempre el mismo que era, cotidiano y banal. Es interrumpido, para nuestro bien, muchas veces; pero no es transformado en sí mismo. Nuestra alma parece que continúa siendo una ancha cal-

zada por la que rueda sin cesar todo el tráfago de este mundo, con sus infinitas pequeñeces, con su palabrería, sus gesticulaciones, su curiosidad y sus vacías intrascendencias. Sigue siendo el mercado público donde se dan cita desde los cuatro puntos cardinales todos los traficantes que vienen a vender allí la pobre mercancía de este mundo; donde nosotros mismos, los hombres y el mundo, en eterno entontecedor barullo, sacamos a plaza sus naderías. Nuestra alma en ese *cada día* se asemeja a una gigantesca red barredera que recoge todo y de todas las direcciones sin selección, día a día, hasta que se llena hasta los bordes con el *cada día* banal. Y así marcha a lo largo de toda una existencia, cotidiana, banal, hasta..., sí, hasta que en aquella hora que llamamos nuestra muerte, toda la baratijería que fue nuestra vida es en un momento barrida hacia fuera.

Y ¿qué será entonces de nosotros, que no fuimos a lo largo de toda una vida sino insulsa cotidianidad, loco afán y desierto poblado de palabrería, gesticulación y cuidados inútiles? ¿Qué dará de sí nuestra vida cuando la abrumadora losa de la muerte exprima implacable el verdadero contenido de nuestra vida huera, de los muchos días y muchos años que quedaron vacíos? ¿Quedará entonces algo más que aquellos contados momentos, en que la gracia del amor o de la oración reverencial ante Dios se introdujo tímidamente en un rincón de nuestra vida atiborrada del tráfago del *cada día*?

Pero ¿y cómo podremos sustraernos a la miseria de este *cada día*? ¿Cómo arreglarnos dentro de esta cotidianidad, para anclar en el solo necesario que es Dios? ¿Cómo podrá el mismo *cada día* transformarse en un canto de alabanza a Dios; más aún: hacerse él mismo oración?

Una cosa es por de pronto evidente. No podemos ocuparnos ininterrumpidamente en prácticas de oración explícita. No podemos tampoco eludir el *cada día*; hemos de llevarlo con nosotros mismos dondequiera que vayamos, porque nuestro *cada día* somos nosotros mismos, nuestro *cotidiano* corazón, nuestro torpe y flojo espíritu, nuestro amor mezquino, que aun lo grande lo torna pequeño y ordinario.

Y por ello el camino debe ir justamente a través de ese mismo *cada día*, de su miseria y de su deber. Por ello debe ser superado el *cada día*, no por la fuga, sino por la firmeza en arrostrarlo, mediante una transformación del mismo. En el propio mundo en que existimos se ha de buscar y hallar a Dios. Él *cada día* debe transfigurarse él mismo en *día de Dios*; la salida del alma al mundo exterior de las cosas debe convertirse en un conato de retorno a Dios. En una palabra: el mismo *cada día* debe entrar en la oración, debe ser orado.

Pero ¿cómo podrá ser esto? ¿Cómo se hará oración el mismo *cada día*? Respondemos: Por la abnegación y el amor. Si queremos de gana ser discípulos juiciosos en la escuela de la perfección cristiana y del hombre interior, no escogeremos, en verdad, un maestro mejor que este *cada día*.

Las pesadas horas iguales. La monotonía del deber. El trabajo diario que todo el mundo acepta como la cosa más natural. El continuado y rudo esfuerzo que a nadie se le ocurre agradecer. El desgaste y sacrificios de la edad. Las decepciones y los fracasos. Las tergiversaciones e incomprendiones. Los deseos incumplidos. Las pequeñas humillaciones. La inevitable susceptibilidad quisquillosa de los viejos para con los jóvenes, y la no menos inevitable dureza de corazón de los jóvenes para con los viejos. Las pequeñas dolencias del cuerpo. Las inclemencias del tiempo. Los roces de una vida común... Estas y mil y mil otras cosas más que llenan el *cada día*, ¿cómo hacen, cómo harían al hombre sosegado y desinteresado, si entrara él de gana en esta humana y divina *pedagogía*? ¿Si supiera decir «Sí», en vez de ponerlo todo en defenderse? ¿Si supiera tomar sobre sí las incidencias de este *cada día*, sin palabras de protesta, sin hacer ruido ni llamar la atención, como algo natural que le pertenece!

Y si el hombre llega efectivamente a enfrenar su egoísmo por medio de este *cada día*, lentamente, poco a poco, pero indefectiblemente (es extrañamente certera esta *pedagogía cotidiana* de Dios), se despertaría por sí mismo en el corazón el amor a Dios, un sosegado y casto amor. Porque ¿qué es lo que impide al hombre el amor de Dios? Sólo él, él mismo, es el que se interpone en

el camino y en la luz. Pero en el *cada día* puede el hombre morir cada día a sí mismo, sin ruido, sin visajes, sin voceo.

Nadie lo advierte. Ni siquiera él mismo. Pero, con seguridad, a vuelta de esta estrategia del *cada día*, va cayendo a golpes el muro que el yo levantó angustiosamente para su defensa. Y cuando este yo no levanta ya nuevos muros, sino que dice «Sí» al quedar descubierto e indefenso, advierte de pronto, alegremente sorprendido, que no le son ya necesarios aquellos muros defensivos; que no es infeliz (contra lo que antes pensaba) cuando la vida le arrebatara esto o aquello antes indispensable; que no está todo perdido cuando tal o cual éxito se evapora, cuando tal o cual proyecto entrañablemente acariciado se viene a pique. Cuando aprende el hombre, en esta escuela del *cada día*, que se es rico dando, lleno con la renuncia, alegre en el sacrificio, amado amando, entonces se siente de veras desinteresado, y, por tanto, libre. Y si libre, capaz del grande y dilatado amor del grande e infinito Dios.

Todo está en saber afrontar el *cada día*. Puede hacernos cotidianos y vulgares; pero puede también, mejor que ninguna otra cosa, hacernos libres de nosotros mismos. Y si llegamos a alcanzar esta plena libertad y desinterés, el amor que naturalmente brota del seno de todas las cosas, pasando por el corazón de esas mismas cosas y rebotando en nosotros, se sublimará hasta las inmensidades de Dios en anhelo santo, y llevará consigo, como despojos de triunfo, todas las cosas renunciadas del *cada día*, en un canto de alabanza a la divina gloria.

Así, la cruz del *cada día*, la única en que podemos dar muerte a nuestro egoísmo, que tiene que ser crucificado calladamente, sin ruido, si ha de morir, se convertirá en aurora de nuestro amor, porque éste surge espontánea y necesariamente de la tumba de nuestro propio yo. Y cuando todo en el *cada día* llega a ser este morir, todo en el *cada día* se convierte en aurora del amor.

Entonces el *cada día* se hace todo él aliento del amor, aliento del deseo, de la fidelidad, de la fe, de la prontitud, de la entrega a Dios; se hace, en realidad, el *cada día* mismo una oración sin palabras.

Sigue siendo como era, arduo, sin relieve, cotidiano, inadvertido. Y debe continuar así. Sólo así sirve al amor de Dios, porque sólo así nos coge a nosotros por entero.

Pero si en este *cada día* nos deshacemos de nosotros mismos de nuestros anhelos, de nuestra propia afirmación, de nuestro propio sentir, de nuestro encastillarnos en el propio querer y parecer; es decir, si en la amargura no andamos amargos, en la ordinarietà no ordinarios, en la cotidianidad no vulgares y cotidianos, en la decepción no desilusionados; si el *cada día* educa nuestro espíritu en la paciencia, en la paz y la comprensión, en la longanimidad y mansedumbre, en el perdón y la tolerancia, en la fidelidad desinteresada; entonces el *cada día* no es ya *cada día*, es oración. Entonces toda la múltiple variedad del vivir cotidiano se orienta hacia la unidad en el amor de Dios; toda la dispersión halla su centro de convergencia en Dios; toda la exterioridad se interioriza en Dios. Toda la salida al mundo, al *cada día*, se hace así retorno a la unidad de Dios, que es la vida eterna.

Ora el *cada día*. Pide este sublime arte de la vida del cristiano, que es tan difícil, porque es tan sencillo.

* * *

Orar cada día. Orar el cada día. Si nuestro *cada día* es un *cada día* acompañado de la oración, y él mismo es orado, entonces estos pobres y transitorios días de nuestra vida, los días de la rutina y del hastío, los días que son siempre igual de indiferentes y trabajosos, desembocaran en el día único de Dios, en el gran día que no conoce atardecer. Hacia este día habremos de dirigir las diarias plegarias de nuestra vida, tal como lo hemos aprendido hechos de nuevo niños, y tal como lo hemos practicado.

Y así podrá decirse de nosotros: “Confío en que quien ha comenzado en vosotros tan alta obra, la excelsa obra del orar cotidiano, la llevará a santo término, hasta el día de Jesucristo” (*Flp.*, 1, 6).

La oración de la necesidad

Sucede algo de verdad extraño en materia de acusaciones. Pueden éstas muchas veces ser justas. Pero en todo caso, una vez planteada la querrela, justificada o no, está el acusado siempre, quizá inevitablemente, en posición desventajosa, por el hecho mismo de ser acusado. Los hombres se sienten comúnmente inclinados a ver en la defensa una secreta confesión de la culpa; cuando tiene uno que defenderse, algo habrá que no está en regla; si no, no tendría necesidad de defenderse.

Supuesta esta extraña ley por desgracia vigente, se comprenderá el enojoso negocio que es tomar a su cargo la defensa de la oración de súplica, de la plegaria en que pedimos remedio de alguna necesidad en nuestra vida; dejar hablar a los acusadores, tomar en serio sus cargos, los que el hombre torturado y amargado objeta contra la oración de súplica; y después de todos los cargos y descargos, después de todas las alegaciones y réplicas, creer y estar íntimamente convencidos de que debemos orar y pedir y no desfallecer.

Ello es difícil. Porque el acusador es en este caso todo el universo mundo.

Se han erigido a sí mismos en jueces todos los corazones amargados y desesperados. Y como testigos de refuerzo se anuncian las Naciones Unidas de todos los infortunados. Y ¿quién no se siente infortunado si puede querrellarse? Pero es que aun siendo rigurosos en la selección de estos testigos, y eliminando todos

los desaprensivos, quisquillosos, estafadores e irresponsables, en fin de cuentas todos somos pobres y desgraciados, y todos venimos a juntarnos en el banco de los acusadores contra la oración de súplica.

Vienen los acusadores de todas partes, de todos los países, de todos los tiempos, de todas las edades y de todas las clases. Y lo que alegan contra la oración de súplica es el clamor general que levantan a una la desesperación, el desengaño, la incredulidad irritada o hastiada.

Y esta alegación viene a concebirse en estos o parecidos términos (hasta el infinito se podrían ir hilvanando sus cláusulas):

«Hemos orado, hemos llamado a Dios, y Dios no nos ha respondido. Hemos gritado, y Él ha permanecido mudo. Hemos llorado lágrimas que nos quemaban el corazón, y no fuimos admitidos a su presencia. Habríamos podido demostrarle que nuestras pretensiones eran modestas, no difíciles de otorgar, ya que es Él el Omnipotente. Podríamos haberle hecho ver que el cumplimiento de estas nuestras peticiones cedía en propísimo interés de su gloria y de su reino. Pues ¿de qué otro modo podríamos creer que Él es el Dios de la justicia y el Padre de las misericordias, el Dios de toda consolación, y simplemente creer que existe?»

«Quisimos, por encima de toda prueba y contraprueba, apelar a su corazón, al corazón que no sabe más que de misericordias, y que impera magnífico a la justicia y a otras consideraciones ceder ante su bondad. Le podríamos demostrar que nos sobra razón para estar pesarosos de su silencio. Tendríamos un ingente material de alegatos: los ruegos inatendidos en favor de las criaturas hambrientas; los llantos sin remedio de los pequeños que asfixió la difteria, los gritos de las jóvenes deshonradas, de los niños matados a golpes, de los esclavos del trabajo injustamente explotados, de las mujeres burladas, de los oprimidos por la injusticia, de los “liquidados”, de los lisiados, de los asesinados en su fama. Le podríamos presentar, detrás de esos males externos, nuestros dolores interiores que no conmueven a Dios; los dolores que emanan de aquellos problemas que aguardan una respuesta desde Adán. ¿Por qué a los pícaros les

sonríe la suerte mientras el justo pasa por infeliz; por qué fulminan los mismos rayos a buenos y a pecadores; por qué pecan los padres y expían los hijos; por qué nada en prosperidad el impío; por qué tiene tan largas piernas la mentira; ¿por qué la historia del mundo se resuelve en un proceso de estupidez, brutalidad y bajeza?

»Y podríamos conjurarle así después de estas preguntas: Por tu honor, por tu gloria, por tu nombre en este mundo, del que Tú has de responder; cuida de que aparezcan algo más claras a nuestros ojos tus huellas en este mundo; las huellas de tu sabiduría, de tu justicia y de tu bondad. Pero, por piedad, añadiríamos suplicantes, queremos experimentar tu ayuda de forma que no se pueda decir luego que el socorro que nos vino era inevitable, aun cuando no hubiera Dios; que tales aciertos de la suerte los tiene indefectiblemente cualquier hombre a la larga, en la lotería de este mundo, ya ore antes de echar los dados o ya deje de orar; que no puede contentarnos el atribuir un par de casos de suerte a la eficacia de la oración.

»Podríamos, finalmente, invocar en nuestro apoyo el testimonio de tu Hijo, que sabe bien cómo nos toca de cerca todo esto, porque gustó también el amargor de nuestra vida.

»Todo esto lo podríamos hacer. Y, en realidad, todo esto lo hemos hecho. Porque hemos orado. Hemos mendigado. Hemos hecho subir hasta lo alto nuestras ardientes y doloridas quejas. Y no nos ha servido de nada. Hemos llorado con el candor del niño extraviado que sabe que el guardia le llevará, al fin, seguro a su casa. Pero nadie vino a secar nuestras lágrimas y a enjugar nuestra pena.

»Hemos orado y nadie nos ha oído. Hemos llamado y nadie nos ha respondido. Hemos gritado y todo permaneció mudo, hasta el punto de hacernos ridículos a nosotros mismos en nuestro grito inútil, si no hubiera salido ese grito exprimido de nuestra angustia y desamparo.»

Así es acusada la oración de súplica. Pero tras de la presentación de los cargos y las sentencias contra ella, la representación fiscal no está concorde.

La mayoría saca de la acusación una consecuencia brutal: no tiene objeto alguno el orar; no hay un Dios que oiga esa oración de súplica; ese Dios o simplemente no existe o habita entre temibles resplandores de gloria. El grito de la angustia no sube hasta allí ni penetra en los oídos de su corazón. A su creatura la ha dejado andar a solas por el camino sangriento de su historia, despreocupado de las lágrimas del mundo, algo así como los grandes de esta tierra dirigen impasibles las luctuosas guerras, como si sólo pretendieran hacer entrar su nombre en la historia.

Y por otra parte, cuando por unos momentos parece que las cosas de este mundo van más satisfactoriamente, y el habitar en esta tierra se torna tolerable y placentero (¡oh, si fuera así en efecto, tan hermoso y progresivo!), entonces el hombre se entrega al punto a reflexiones metafísicas que casi prohíben a Dios el intervenir en la historia del mundo. No le está bien a este Dios, el Dios excelso, mezclarse a cada paso en las pequeñas cosas de esta tierra. Tiene que haber fabricado desde un principio el reloj del mundo de tal manera que marche él solo exacto, y a ser posible, para una duración ilimitada, sin que tenga que advertirse la mano de Dios en su marcha; el mundo debe tener ya de por sí un sentido total y definitivo, con su camino perfectamente trazado, de modo que no necesite ya que se le empuje desde fuera. La plegaria es cosa pueril; se hace a Dios demasiado pequeño y al hombre demasiado grande.

Así y parecidamente se razona con tanta suficiencia cuando todo va bien. Puede uno arreglárselas solo; no acaece nada especialmente adverso; sale todo a pedir de boca, y sin necesidad de oraciones (aunque no sin dinero y médico y policía). Cuando de nuevo se torna la existencia insufrible, vuelve el irritarse por no ser escuchada al punto la oración (y aun antes de ponernos a orar), y vuelve el sentenciar de nuevo la plegaria como superflua e inútil.

Una parte más pequeña de los acusadores juzga de otro modo. Quiere dejar paso libre a la oración de súplica, pero a condi-

ción de que se emplee sólo en pedir los bienes superiores del alma. No por el pan cotidiano, ni por la salud del cuerpo, ni por una larga vida, ni contra el rayo y los tornados; ni por la cesación de la peste, del hambre, de la miseria, de los tiempos calamitosos. Solamente por la pureza del corazón, por la paciencia y prontitud de ánimo para el sufrimiento, por la entrega total de sí a la voluntad de Dios. La oración de súplica ordinaria habría de ser, según ellos, tan sólo la ingenua expresión de nuestra entrega incondicional a la insondable voluntad de Dios. No pedir el alejamiento del mal, sino fuerzas para sobrellevarlo; la oración es escuchada y rinde su eficacia, salvo uno que otro caso de milagro, con el que no hay que contar, exclusivamente en la interioridad del corazón, no en la dura inflexibilidad de este mundo, que arrastra implacablemente su curso a través de la Naturaleza y de la Historia con soberana imparcialidad, arrollando, si a mano viene, corazones sangrantes.

Éstos son los más importantes capítulos de acusación contra la oración de súplica. Según el primero, queda el hombre definitiva e irremediamente solo sobre esta tierra y se cierra a sí mismo toda esperanza de recurrir a lo Alto en demanda de auxilio. Según el otro, abandona el hombre, desde un principio y sin lucha, el campo de batalla de esta tierra para refugiarse en el cielo.

* * *

Así es acusada la oración de súplica. Y naturalmente es Dios mismo el propiamente acusado en ella. Y Él calla. Y deja inmutable querellar y acusar. Obstinadamente calla. Calla por siglos y milenios. Se contenta con decirnos que hablará una vez cuando venga a juicio. Y que pueden, por tanto, seguir las acusaciones; la acusación de los corazones triturados, la acusación de los entendimientos cavilosos, la acusación del cínico o del petulante poeta que vierte en la agudeza de sus dichos su secreta impiedad.

Pero nosotros queremos, a pesar de todo, orar y pedir. Aun sintiendo como el que más todo el escozor y la acometida de las querellas levantadas contra la oración de súplica, vive en noso-

tros la invencible fuerza de la fe, que contra toda esperanza espera, y contra todo fracaso sigue orando.

Tenemos el mandato: «Cuando oráis, decid: *Padre nuestro... El pan nuestro de cada día dánosle hoy*». Y no queremos justificarnos en el Juicio con Dios, sino encontrar piadosos los oídos de su misericordia. No pretendemos resolver los misterios de la vida, uno de los cuales es la misma oración de súplica, sino aprender a orar y pedir. No queremos ser más sutiles que las acusaciones contra la oración antes enumeradas. No queremos examinar el hilo del que pendemos sobre el abismo de la nada, sino agarrarnos a él, para no hundirnos en la desesperación. Queremos sólo luz y fuerza bastantes para seguir orando, para que el corazón no desespere y la boca no comience a maldecir; seguir orando hasta que..., sí, hasta que Dios hable y su palabra sea la palabra de la misericordia y del consuelo sin fin.

¿Qué hemos de decir a esta acusación contra la oración de súplica?

Si tratamos por un momento de acallar en nosotros el ansia de vivir y el hambre de gozar (¿habrán de ser ellos lo único y lo definitivo en el mundo, y tener en todo la última palabra?), sonará en nuestra conciencia la voz de Dios, que sugerirá ya al pronto algunas primeras respuestas muy esenciales para aquellas acusaciones.

Esa voz íntima nos interroga en nuestro interior: «¿Por qué exigís de Dios con tan ansiosa angustia que os saque del atolladero en que vosotros mismos os habéis metido? ¿No sois vosotros los culpables, pues que habéis pecado? ¿No es cierto que gritáis sólo ahora cuando os va mal, mientras callabais tranquilos cuando el infortunio y la villanía se cebaban en otros? ¿No es verdad que os acordáis sólo de Dios cuando no os valéis solos, mientras que en caso contrario os gusta tenerle lo más lejos posible, falsos y mentirosos, porque os sabe a cielo cuando podéis olvidaros de Él por unos momentos? ¿No hacéis las paces con el viento mundano en tanto os es favorable? ¿No creéis en peligro el Reino de Dios en el mundo cuando los valores que vosotros habéis traficado están en baja? Al modo que los príncipes se tor-

nan más que nunca piadosos cuando su trono se tambalea. ¿Habéis comprendido alguna vez que la gloria de Dios en el mundo tiene por nombre la cruz de su Hijo? Aseguráis que creéis en la felicidad eterna de la otra vida. ¿Por qué, pues, abrigáis tantas pretensiones para lo de acá, igual que los que no saben de otra dicha fuera de este pobre edén terreno? ¿No sois también vosotros de los que piensan que vale más pájaro en mano que ciento volando a pesar de ser este cálculo «prudente» la antítesis del cristianismo? ¿No estáis hartos pagados de vuestros propios éxitos, y no habéis gritado y suspirado por la bendición de Dios para «vuestras» cosas, y no os habéis preguntado, irritados, lo que hubierais hecho de no secundar Él los planes y maquinaciones de vuestro egoísmo? ¿No os exasperáis con impaciencia infantil cuando no podéis aguardar al día en que Él, el eterno y longánime, se las habrá con toda la historia del mundo y vendrá (nunca será tarde) a colocar en su justo lugar todo lo trastornado y extraviado del tiempo en las anchurosidades de su eternidad? ¿Habéis entendido quién es Dios y quiénes sois vosotros? ¿Entendido que los caminos de Dios y los juicios de Dios, si Dios es Dios, han de ser tales que vosotros no los alcancéis? ¿Entendido que la creatura no puede entrar jamás en juicio con su Dios? ¿Entendido que no podéis comprender su amor y su misericordia, precisamente esa misericordia que os sabe a ira o a justicia?».

Y todavía más:

«¿No habéis pecado y hecho el mal? ¿Por qué queréis la causa y exigís que se os perdone el efecto? ¿Puede alguno de vosotros decir que él no merece eso? Si lo dice, es mentiroso y la verdad no está en él. Porque el hombre es pecador y todo pecado merece más de lo que lleva en pena.»

Y aún más: «¿Habéis tomado alguna vez en serio el pecado? Vosotros, mentirosos, salís siempre con mil excusas. Que el pecado os es cosa hereditaria que lleváis en la sangre y que está condicionado por el ambiente; o que no lo habéis querido en su maldad; que nada queríais expresamente contra el Dios bueno; que también Dios ha de tolerar que en este valle de lágrimas se bus-

que un poquito de placer; si se coge de los árboles prohibidos, es ello bien de lamentar; pero, al fin y al cabo, no es culpa nuestra que haya tan pocos árboles no prohibidos. Así mentís sobre el pecado. Y él es, sin embargo, un desacato contra el Santo de los Santos: es vuestra obra.

»¿Por qué no minimizáis vuestro infortunio? ¿Es tan malo que perezca regularmente en la lucha por la vida una cierta parte de la especie humana? Porque ésas son vuestras teorías que habéis sentado muy a plomo en las últimas décadas, bien que sus derivaciones prácticas os hayan quitado a la mayor parte de vosotros muy pocas noches de sueño. Pero os resulta esa ley tan evidente que fuerza es que también yo lo vea como algo perfectamente normal. Y ¿por qué tomaros a vosotros tan en serio cuando tan en poco tenéis la honra y la voluntad de Dios? ¿Habéis comprendido quién soy yo y quiénes vosotros, cuando os ponéis a ser malos y duros, sólo porque el grito de vuestra desgracia no encuentra al punto el eco que vuestro propio juicio y egoísmo reclama? ¿Ha de demostrar Dios que es bueno y santo y no os toca más bien a vosotros probar que amáis aun sin paga y sin seguro de vida? ¿De qué sabéis que todas las estrellas se apagan cuando a vuestros ojos todo se vuelve oscuro? ¿De dónde sabéis que caéis en el vacío cuando no veis dónde está el fondo? ¿De dónde sacáis que Él, Dios, no existe cuando no le podéis abarcar y comprender? ¡Oh hombre!, ¿quién eres tú que te pones a razonar con Dios?» (*Rom.*, 9, 20).

Y todavía más:

«¿Qué suerte de mal es ése del que tanto ansiáis libraros? ¿Estáis bien seguros de que, medido con la última medida, la mía, es verdadero mal? Puede muy bien ser así, y por ello quiero que oréis. Pero ¿habéis de dar vosotros el fallo definitivo, o me lo dejaréis a Mí? ¿No es verdad que venís a decir en vuestra súplica (tomada en su verdadero sentido, que no queréis muchas veces reconocer): Dame pan, dame salud, seguridad y paz, y entonces yo te serviré, entonces te amaré fielmente y de corazón? Pero ¿la habéis hecho cuando teníais seguro el pan y la paz en la vida? Y ¿no fue alguna vez vuestro pan y vuestra vida misma un mal, porque os sedujo y llevó a olvidaros de Mí; un mal del que

mi severa piedad os hubo de librar para que no errarais vuestra salvación? Si, por el contrario, habéis traído un corazón sincero ante mi presencia; si habéis traído vuestros verdaderos males e infortunios; si habéis venido a Mí, el Santo y el Eterno, y no ha sido vuestra oración un simple monólogo del ciego egoísmo con vosotros mismos, entonces vuestra oración tendrá una marca inconfundible; vuestra súplica se convertirá en una abierta pregunta dirigida a Mí, a mi sabiduría inescrutable, a mi bondad eterna; pregunta que se formulará así: ¿qué es para Mí lo mejor: infortunio o dicha, éxito o fracaso, vida o muerte?

«Si vuestra plegaria no se resuelve en esa pregunta en el momento en que penetra en la misteriosa incomprendibilidad de mis eternos planes, ello es una prueba de que no habéisorado, sino codiciado contra la majestad de vuestro Dios, al que se debe adoración sumisa, y de modo especial cuando le vais a implorar ayuda para las necesidades de vuestra terrena existencia.»

* * *

Así podría responder nuestra conciencia a las acusaciones contra la oración de súplica. Pero con ello no se ha dicho aún la esencial respuesta, la que Dios ha dado al hombre. La respuesta que Él dio cuando vino a este mundo a hacerse Él mismo un suplicante, cuando se hizo carne y desde su torturado corazón hizo subir el grito de la angustia ante el desconsolador silencio del Dios lejano.

Cuando el coro de lamentaciones y quejas de la oración de súplica a lo largo de la historia del mundo amenazaba ahogarse y enmudecer, porque duraba ya este coro demasiado tiempo, y sin escuchar otra respuesta que las interminables promesas para el novísimo día de la plenitud de los tiempos, entonces fue cuando dejando ya de mandarnos con severa voz seguir orando hasta que Él quisiera oírnos, hizo carne su eterna Palabra, para que gimiera al unísono con el agonizante concierto de dolor de este mundo, y dijera con nosotros: «*Señor, venga a nosotros tu Reino*», el Reino en el que se secarán las lágrimas y escucharas Tú propicio el llanto de los pobres y el grito de angustia de todo humano dolor.

La eterna Palabra del gozo divino se ha hecho temporal grito de la humana necesidad y ha habitado entre nosotros.

Ésta es nuestra respuesta a las acusaciones contra la oración de súplica. Esta respuesta tiene un nombre: Jesucristo. No nos enseña Él precisamente una metafísica de la oración; no nos resuelve teóricamente los oscuros problemas encerrados en la misma oración: cómo se concilia el deseo de lo pedido con la entrega resignada en la voluntad de Dios; la insobornable y autónoma libertad de Dios con el poder de la oración sobre el corazón de Dios; la promesa de escuchar toda petición hecha en el nombre de Jesús con nuestra experiencia vital de las súplicas desatendidas. Pero Jesucristo reza y va delante de nosotros en esta oración de súplica. Y por ello es Él nuestra primaria respuesta a las alegaciones contra la oración, mientras dura este tiempo de la fe, en el que Dios calla y no se ha justificado aún ante el mundo con el advenimiento del Reino de su justicia y de su misericordia.

Nuestra respuesta es: Jesucristo. Él, de quien está escrito: «En los días de su vida terrestre elevó con lágrimas y gritos de dolor oración y suplicas ante Aquél que le podía librar de la muerte. Y fue escuchado por su piedad reverencial» (*Heb.*, 5, 7).

Si Jesucristo es la respuesta a nuestra pregunta, su oración es nuestra enseñanza.

Tres palabras de su oración condensan esta enseñanza: la palabra de la oración *realista*; la palabra de la *confianza* en lo Alto; la palabra de la *entrega* incondicional.

Jesús pronuncia la palabra de la oración realista: «*Pase de Mí este cáliz.*» Pide con toda el ansia del hombre acosado por la angustia y el pavor. Suplica así bajo el angustioso sudor de sangre; suplica bajo la aniquilante congoja de la muerte. No pide cosas sublimes, celestiales, sino lo ínfimo, lo terreno, pero lo más precioso para nosotros: la vida; que pase de Él el tormento corporal y la afrenta de la ejecución.

Su plegaria es de celestial confianza: «*Sabía que Tú siempre me escuchas*» (*Jn.*, 11, 42).

Su oración es una oración de total e incondicional entrega: «*Mas no se haga mi voluntad, sino la tuya.*» Tan incondicional es su entrega, que abandonado de Dios, fracasado y martirizado en el tormento de la cruz, en trance de expirar, entrega confiado su alma en las manos del Padre.

Y ¿cómo se armonizan en un acorde estas tres palabras en su alma? Jesús lucha con la voluntad de Dios hasta la sangre, y, sin embargo, se ha entregado totalmente a Él. Alza su grito de angustia, y al mismo tiempo se siente íntimamente seguro de ser escuchado. Sabe que es siempre y en todo oído, y no quiere, sin embargo, hacer otra cosa que la inescrutable voluntad de Dios. Ora y suplica con cruento fervor por su vida, y su oración por su vida no es con todo otra cosa que una ofrenda de su vida a la muerte.

* * *

¡Qué misteriosa es esta unión de las cosas más opuestas en la oración de súplica de Jesús! ¿Quién podrá aclarar hasta el fondo este misterio? Y, sin embargo, en este misterio está encerrado el otro misterio de la auténtica oración del cristiano, de la oración humano-divina, de la verdadera oración de todo cristiano, en quien, como en Cristo mismo, podríamos decir que lo humano y lo divino se juntan y compenetran sin confundirse y sin separarse.

La oración del cristiano es, con entera verdad, humana. La angustia ante la necesidad terrena, el deseo de protección acá abajo, el tormento y el anhelo de la creatura se alzan y claman a Dios, no interesados precisamente por Dios mismo, sino por su ayuda y socorro para ganar el pan material del cuerpo hambriento, para salvar de la muerte la vida terrena. Es un grito de la más vital auto-afirmación, del más inmediato impulso vital, un grito angustioso enteramente primitivo, humano.

Y, no obstante, es esta oración de súplica a la par plenamente divina. En medio de esta defensa encarnizada de la tierra frente a Dios y aun en cierto modo contra Él, se le entrega todo a Él, el incomprendible; aquel impulso vital y aquella auto-afirmación se

dejan circundar voluntaria e incondicionalmente por la voluntad de Dios, de la que no hay ya apelación posible; ansía ahora aquel impulso vital, no el pan y la vida, sino la voluntad de Dios, aunque ella sea el hambre y la muerte.

Y así es esa oración, todo en uno: divina y humana. Su fuerza y esperanza humanas se robustecen por el hecho de que se invoca al Omnipotente que todo lo puede; nos es dado apelar a las promesas de Dios mismo; el mismo aproximarnos tanto a Dios da alas a la oración de súplica para sentirse intrépida, fuerte y humana. Y por otra parte, al elevar la oración hasta la luz y amor de Dios la terrenal necesidad y el terrenal deseo y la terrenal auto-defensa, vienen a quedar estas cosas, en sí intrascendentes, aprisionadas en el torrente que arrastra todo, plenitud, necesidad y ruina terrenas, hacia la vida de Dios.

En esta misteriosa *unidad divino-humana* de la voluntad del hombre enfrentada con Dios y abandonada en la voluntad de Dios; en esta unidad donde Dios toma la voluntad de la tierra y la inserta en su propia voluntad y justamente así la salva, se hace posible e inteligible la infalibilidad prometida de ser siempre escuchada nuestra oración. Este ser escuchado por el Padre lo tiene el Hijo por derecho propio; a nosotros se nos promete como hijos del Padre y como hermanos de Cristo. Pero ambas cosas sólo las somos en la medida en que nos adentramos en la voluntad de Dios.

Hemos de centrar nuestro querer en Dios, en su amor, en su gloria. En este querer debe quemarse todo egoísmo. Sólo así somos hijos perfectos de Dios. Sólo así es nuestra oración divino-humana. Sólo así podemos decir con el Hijo: «Yo sé que Tú siempre me oyes.» Sólo así se habrá incorporado por entero (sin anularse) el *yo* que quiere ser escuchado en el *Tú* que escucha. Sólo así tendrá realización plena aquella misteriosa simpatía y libre armonía entre Dios y el hombre, dentro de la cual puede el hombre, partiendo de sus propias bases, moverse a querer, pretender y pedir, y no ser, con todo, lo por él querido, pretendido y pedido, más que la pura aceptación de la voluntad de Dios.

* * *

¿Hemos con esto descornado el misterio de la oración de súplica? No. Tan sólo hemos vuelto a encontrar en su misterio el misterio de todo lo cristiano. Ésta es únicamente nuestra explicación. Pero basta ello a la fe. Como es cierto que hay una verdadera tierra y un verdadero cielo, y como existe verdaderamente un Dios viviente, libre y todopoderoso, y existen, no obstante, también verdaderas personas libres creadas, así se da también esta doble faz en la oración de súplica; verdadero grito de la angustia y la necesidad que ansía lo terreno, y verdadera y radical capitulación del hombre ante Dios inescrutable en sus juicios.

¿Y ambas cosas en una? ¿Sin que se excluyan la una a la otra? Sí. ¿Cómo es ello posible? Posible como es posible Cristo. Posible y hecho realidad mil veces en toda vida verdaderamente cristiana, en la que el hombre (sublime acción) se hace como un niño, sin miedos ni angustias de conducirse ante Dios como un niño, y con modos pueriles, porque sabe que tiene un padre más sabio que él y más prudente y bueno, aun dentro de su desconcertante dureza, y por ello cuenta de antemano con que sus infantiles juicios y caprichos no dirán la palabra definitiva.

Ser como niño ante Dios en medio de quemantes torturas y desesperación de muerte; como niño que se deja caer a ciegas en los brazos maternos, aun al desplomarse sin protestas ni reniegos en el vacío total del hombre, hasta la muerte y hasta la muerte en cruz; ser ambas cosas en una, y llevarlas así unidas a la oración, angustia y confianza, voluntad de vivir y prontitud para la muerte, seguridad de ser escuchado y absoluta renuncia a ser escuchado según los propios planes; tal es el misterio de la vida del cristiano y de la oración del cristiano. Para ambas cosas nos es dechado Cristo hombre-Dios; es Él la sola y única ley.

¿Quién entenderá esta apología de la oración de súplica? Sólo el que ora y pide. Si quieres entenderlo, ora, pide, gime. Pide por la necesidad material del cuerpo, de manera que tu plegaria por el don material te transforme más y más en hombre celestial. Pide de manera que tu perseverante petición se transforme en escudo de tu *fe* en la luz de Dios, a través de la noche del mundo;

en escudo de tu *esperanza* en la vida, a lo largo de este morir continuado; en escudo de tu fidelidad al *amor*, que ama sin paga.

Estamos en marcha, caminantes entre dos mundos. Por estar aún sobre la tierra, oremos por aquello que necesitamos en esta tierra. Pero como peregrinos de la eternidad que marchamos por esta tierra, no queramos ser oídos como si tuviéramos aquí nuestra morada permanente, como si no supiéramos que precisamente mediante la ruina y la muerte hemos de hacer nuestra entrada en aquella vida, que es la aspiración de todo nuestro vivir y orar.

Mientras nuestras manos se mantienen juntas en oración, juntas aun en medio de las más horribles tragedias, nos envuelve, invisible y misteriosa, pero verdadera, la piedad y clemencia divina, la vida misma de Dios; y toda caída en lo que es espantable y horrible para el corazón del hombre, en la misma muerte, se torna entonces caída en los abismos del eterno amor.

La oración de consagración

En la vida privada y pública del cristiano de hoy existe una forma de oración que, a lo que se nos alcanza, en su actual forma explícita, es de data reciente, y, con todo, se ha hecho tan frecuente, que vale bien la pena de hacer sobre ella alguna reflexión. Nos referimos a las *consagraciones*. Todos han oído, al menos en la iglesia, en la fiesta del Corazón de Jesús o de Cristo Rey, la consagración del mundo al Corazón del Salvador. Ésta y otras parecidas formas se han hecho frecuentes. Hay una consagración de las familias al Sagrado Corazón de Jesús; un obispo consagra su diócesis a un Patrono o a la Santísima Virgen o a su Corazón purísimo. Los miembros de las Congregaciones Marianas se consagran a su celestial Patrona, etc.

Naturalmente, según los adjuntos en que tal consagración se verifica, según la persona a la que se dirige, según la persona o entidad que la hace, tienen estas consagraciones un sentido distinto y un muy variable valor. No atenderemos, al menos en un principio, a estas diferencias esenciales, ni tampoco al marco oficial y litúrgico en que muchas de estas consagraciones se desarrollan. Queremos tan sólo hacer algunas reflexiones de modo muy general sobre aquellas consagraciones contenidas en una oración, en las que el que se consagra realiza simple y calladamente este acto del propio corazón, con espontánea y libre responsabilidad.

¿Qué ocurre propiamente en tal consagración?

Por de pronto, sabemos bien que una consagración no es un propósito ni un voto. En el propósito nos proponemos algo. Lo que nos proponemos puede estar mandado o sólo aconsejado por Dios. Pero allí es a nosotros a quienes ante todo miramos, para poner en orden nuestras cosas; se trata de nosotros mismos, mientras que en las consagraciones a que aludimos, precisamente apartamos la mirada de nosotros para dirigirla a la persona a la que nos consagramos; el movimiento de nuestro corazón va de nosotros hacia otro.

En el *voto* prometemos a Dios alguna acción, tomando sobre nosotros una nueva obligación rigurosa. Esta acción o cosa prometida a la que nos obligamos es, ciertamente, algo valioso y significativo, y, en último término, se encamina a disponer al hombre para el amor santo de Dios, y así estará incluida en el voto, como último objetivo pretendido, una consagración del hombre a Dios. Pero su contenido inmediato es, propiamente, sólo la obligación libremente asumida de hacer algo concreto y definido.

La *consagración*, en cambio, va directamente de corazón a corazón; no es la adopción de un *medio* para el amor, de una obra en la que, como en el propósito y en el voto, el amor deberá crecer y consolidarse, sino la libre corriente del amor mismo de persona a persona, de corazón a corazón.

Pero si ello es así, vuelve de nuevo la pregunta del principio: ¿hay algo especialmente nuevo en la consagración? ¿No vive ya habitualmente el cristiano este amor, y no está ya bajo el precepto de este amor, que reclama siempre, no sólo la acción, la obra, sino al hombre mismo, su íntimo corazón enteramente para Dios? ¿Podemos nosotros (aun prescindiendo de que no siempre se dirige la consagración inmediatamente a Dios mismo) hacer más en esta consagración que decir sencillamente a Dios, decirle una y otra vez y siempre lo que ya debemos hacer con o sin consagración, es decir, que le amamos? ¿Es la consagración algo más que un eco hecho palabra de aquel movimiento sin ruido del Espíritu Santo que suave e irresistible nos lleva y nos mete en Dios? Y cuando decimos: una consagración no significa una nueva obligación, ¿no lo decimos en fuerza de que toda obligación anti-

gua y nueva posible está siempre contenida y dominada por el deber que es más que deber, por el amor que nos exige todo, y que sólo está cumplido cuando no se pone más medida que la entrega total, la entrega del corazón que no cumple deberes, sino que ama?

Procedamos con cautela en nuestra marcha.

Decíamos que la consagración viene tan sólo a repetir lo que es ya siempre nuestro deber y como la connatural aspiración de nuestro corazón: «Dios mío, te amo.»

¿Y nada especial acaece al decir nosotros esta palabra? Naturalmente, hemos de entender ante todo rectamente el sentido de esta pregunta. Queremos decir la palabra que pronuncia el corazón, no sólo la boca; la palabra que se dice en serio y desde dentro, madura y reflexiva; no una palabra del «cada día» (hay también un «cada día» religioso), sino la palabra que *nos pronuncia* a nosotros mismos, nos lleva dentro, somos nosotros mismos en ella dichos y ofrecidos.

Pues bien: puede muy bien ser que aun bajo la falsa apariencia de seguir todo lo mismo, en realidad, al poder mágico de esa palabra, todo se torne nuevo. Para comprender esto, habremos de ahondar un poco más nuestra reflexión.

* * *

La vida espiritual del hombre, en camino hacia su fin definitivo, que es la plenitud de su ser libre en la posesión de Dios, no hay que considerarla simplemente como una cadena externa de actos puestos en serie uno tras otro en el tiempo, de los que el segundo debe extinguir el primero, desalojarle de la realidad para existir él mismo y dejar luego a su vez libre el campo de la existencia al tercero. Más exacto y verdadero es decir que en el momento actual humano está siempre también presente, de modo misterioso, el *pasado* del hombre.

El hombre, como persona espiritual, actúa (puede al menos actuar) en cada momento desde la total suma de su pasado. Su pasado es «superado», es decir, conservado y salvado como en un ex-

tracto, que se hace presente en la actual fisonomía espiritual perfilada rasgo a rasgo por su libertad, en la experiencia vital del hombre, o en otras expresiones totales de su sedimentación espiritual. Como en un proyectil disparado al aire, si queremos fijar el punto del espacio que ahora ocupa sólo podemos determinarlo por la totalidad del camino ya recorrido; como igualmente en el evocador arpegio arrancado a un violín antiguo de célebre maestro, parece como que vibran misteriosamente todas las melodías ejecutadas por aquel artista; así y mucho más se inserta en la acción actual del hombre su pasado entero. Su saber laboriosamente alcanzado; las profundidades de sus experiencias vitales, las emociones de su ser, el goce y el dolor de su existencia entera ya vivida. Todo ello, acaso bajo signos enteramente nuevos, y aun contrarios, revive y se actúa y presta a este momentáneo acto su adecuada dirección, su sentido profundo y su más íntima resonancia.

El pasado es realmente salvado y superado en el presente. O digamos mejor aún, puede serlo, debe serlo.

El hombre debe, en la libre decisión de cada momento, volver a tomar su pasado para incardinarlo en ese momento presente. Todo lo que fue, lo es ahora del modo dicho, y con el total peso de este *yo* puede y debe llenar el nuevo momento. No se ha de contentar con asumir una tras otra las posibilidades de su existencia ofrecidas en el tiempo, afrontarlas con desnudo una a una, y convertidas así en lo “eterno del hombre”. Debe, además, tomar en peso cada momento desde la plenitud revivida de su pasado espiritual, que constituye en él, como persona espiritual, la más rica y auténtica posibilidad de su presente.

Pero hay todavía más. En la privilegiada realidad de este acto que actualmente se realiza en la decisión del espíritu, puede el hombre, en manera aún más misteriosa pero verdadera, anticipar su *futuro*.

No sólo o exclusivamente el futuro en aquello que llamamos propósito, resolución o plan, pre-deliberación y sus varias formas, como promesa, voto, etcétera. En eso mira el hombre efectivamente también al futuro de su vida. Pero el propósito y semejantes actos espirituales son, ante todo, cosas del presente, que

por importantes que sean para el futuro del hombre, sólo tendrán su significación en ese futuro, cuando sean después realizadas, no ahora; y esta realización no depende de la actual decisión, sino de la futura.

Cuando decimos que en el acto ahora realizado podemos de modo misterioso anticipar el futuro, no entendemos meramente la actual ejecución de acciones que, una vez puestas, no podemos ya cambiar, y que son, por tanto, de insoslayable trascendencia para nuestras futuras decisiones, de cualquier signo que éstas sean. Tales hechos existen, unos de más alcance que otros. Si alguien se ha casado con determinada persona; si ha recibido la consagración sacerdotal; o bien, si ha vivido ya de una determinada manera un lapso de tiempo, y ha gastado ocasiones y oportunidades irrepetibles; con ello ha puesto acciones en su vida que tienen una significación indeclinable para todo acto y decisión futura. En estos casos toda conducta futura ha de relacionarse necesariamente con aquellos hechos. El hombre no podrá ya obrar como si no hubieran tenido lugar tales actos.

Pero, y esto es no menos importante, el hombre puede relacionarse en el futuro con estos hechos de una manera completamente diversa; darles después signos enteramente contrarios. Puede, en efecto, después ser fiel a la anterior decisión de su vida o traicionarla; puede investir constantemente su vida toda con la unción de su vocación sacerdotal, o vivir su vida interna al margen de ella, y aun externamente ser infiel a esa vocación. Así, tales antitéticas direcciones no encajan necesariamente con el hecho primero; y quedan, por tanto, en pie dos o más posibilidades opuestas aun después de la libre posición de aquellos actos primeros; queda así todavía abierto e indeterminado el futuro.

Por eso no es aún este fenómeno espiritual lo que entendemos cuando decimos que el momento presente incluye en sí en determinadas circunstancias el futuro.

Todavía, para poner más en claro nuestro pensamiento y ver cómo es esto posible, consideraremos una objeción que parece a primera vista poner de manifiesto la imposibilidad de aquella pretendida anticipación del futuro. El hecho de la *libertad* parece, en

efecto, demostrar tal cosa como irrealizable. El hombre es siempre libre, por tanto, también en los momentos futuros de su vida. Parece, pues, inconciliable con este hecho el que el hombre pueda, anticipándolo, encerrar su futuro en el momento presente, que decida él ahora sobre él, que llene el presente momento con el peso de su futuro, que se prive de antemano para siempre, por así decirlo, de las posibilidades del todavía siempre futuro, adelantando violentamente su realidad al momento presente. Parece poder aplicarse aquí el dicho evangélico: «Bástale a cada día su trabajo.»

Pero esta objeción, así planteada, nos da ya por sí misma luz para deducir algo importante, que convendrá no olvidar en las siguientes consideraciones. Si prescindimos por un momento de casos límite, que tocaremos luego brevemente, se sigue del hecho de la libertad (que en principio se extiende a todo lo largo de la vida del hombre) que en todo caso la decisión libre de un momento no puede prejuzgar de tal manera el futuro, que el hombre sepa con seguridad plena que con ese acto ha impreso ya su sello a todo el futuro y decidido de él. De lo contrario, sería tan sólo el futuro a manera de un desarrollo mecánico de lo que en aquel acto tuvo lugar; la vida futura no estaría en la oscuridad del futuro imprevisible ni bajo la ley del riesgo responsable.

Pueden darse, como la historia de los Santos y la Teología nos enseñan, casos en los que el hombre sabe (la Teología habla de una consciencia «confirmación en gracia») que su vida, como total decisión libre ante Dios, ha hecho tales progresos, que no tendrá ya ningún fallo. Pero éstos son, como hemos dicho, casos límite, que aquí no nos tocan de cerca por lo raros, y porque no hemos de contar con ellos para nuestra propia vida. En ellos tiene certeza el hombre de que como persona espiritual ha muerto ya, a su modo, la feliz muerte del justo. Por regla general, sin embargo, no acompaña esta certeza a nuestra libertad, ni disipa la oscuridad de la peregrinación terrestre que se decide en noche, en un no-saber y riesgo; un no-saber con seguridad absoluta cómo anda uno delante de Dios.

* * *

Pero si, hablando en general, es cierto que no se da un consciente e infalible haberse-ya-decidió sobre el futuro, no es esto decir que no pueda darse en absoluto una intentada y lograda anticipación decididora del futuro. Un tal fenómeno parece efectivamente que sí puede ser una realidad en la vida espiritual del hombre. Veremos cómo. Para ello ahondaremos en el sentido de la libertad humana. Ante todo la libertad, en su íntima naturaleza, no es, como parece pensar la mente vulgar del «cada día», la facultad de hacerlo todo y cada cosa en todo momento (al menos, en el interno *sí* y *no* del íntimo núcleo espiritual de la persona). Libertad es más bien la facultad de poder hacerse y producirse en cierto modo a sí mismo libremente, totalmente, en un determinado momento; de poner actos rigurosamente *definitivos*. La libertad no sólo no excluye la posibilidad de poner actos internos, por decirlo así *eternos* y para siempre (no sólo aquellos otros externos irrevocables que antes mencionábamos), sino que tiene ahí precisamente su más íntimo sentido y aplicación.

El ser no libre se crea estados y situaciones que pueden siempre cambiarse, invertirse, revisarse. La libertad, en cambio, se encumbra hasta lo definitivo, irrepitable y eterno. El destino definitivo, eterno y permanente del ser espiritual, no es un estado o ley interna que irrumpe inadvertidamente sobre la persona libre y contra la tendencia de su libertad, interfiriéndola desde fuera, anulándola; sino justamente es la madurez y el resultado de la libertad misma. Y por ello puede decirse que la decisión libre de cada momento abarca y anticipa de algún modo la totalidad de la vida. Por ello puede en un momento dado decidir su total eternidad. Y por ello la libertad en todo momento, en que real y verdaderamente se pone en juego toda ella, con todo su peso, apunta a la total marca y sello de la persona, a su pura y total auto-producción, en la que el acto de la libertad se hace el estado definitivo de la persona, el acto permanente de la persona misma.

Esta *tendencia* naturalmente inscrita en la *libertad* a hacerse en un determinado momento no ya simplemente la temporalidad de un momento particular que se supera, sino momento de la

eternidad en que la vida entera es comprendida y decidida, puede, es verdad, salir mil veces fallida en casos particulares. En el hombre (que es nuestro caso), el éxito pleno de esta tendencia puede depender de condiciones externas que no están bajo el dominio de la libertad; muchas veces no podrá lograr la persona concentrar en un momento dado la total posibilidad de su vida espiritual, para hacer de mil actos sucesivos y encadenados de la temporalidad la única y total actualidad de una vida. Pero esa tendencia está siempre ahí latente, porque pertenece a la esencia de la libertad.

La libertad del momento apunta siempre a la totalidad de la vida; gravita siempre sobre ella la responsabilidad para el tiempo y la eternidad. Fácticamente las más de las veces no aprisionará aquella totalidad; en mil casos se le escurrirá, sea ello porque el acto mismo de la libertad no agarra radicalmente, es decir, hasta las raíces, en la profundidad de la humana existencia, sea porque ciertas condiciones extrínsecas independientes de la libertad del hombre no se han cumplido en adecuada medida.

Nunca o casi nunca tendremos conciencia cierta y refleja de que se ha realizado con pleno éxito el acto de la decisión total, del pleno ejercicio de la libertad.

Pero puede darse, y se da de hecho, un momento en que efectivamente la libertad llega a realizar aquello a lo que constantemente apunta, decidir una vez de todo y para siempre. Ese momento es la muerte. En la muerte es cortado el hilo de la vida, ese hilo que el hombre querría seguir hilando sin fin; pero en la muerte también el hombre completa la melodía de su vida; allí muere él su «propia» muerte; es decir, al menos en el momento de morir es él aquello que libre y definitivamente se ha hecho, de modo que el resultado fáctico de su vida y lo que él mismo libre y definitivamente quiere ser vienen a coincidir en una cierta identidad. Por más que nos resulte esto un misterio y tengamos muchas veces la impresión contraria.

Pero ¿cuándo se da con exactitud este momento de la muerte tomada como supremo acto de la libertad, es decir, del completarse a sí mismo desde dentro? ¿Cuándo se ha hecho por com-

pleto el hombre a sí mismo? Lo que decíamos ahora de la muerte, es sólo exacto en el sentido de que (según el testimonio de la fe) al sobrevenir la muerte como fenómeno biológico, ha tenido ya lugar aquel momento del morir humano que cierra y consuma el ciclo de la libertad. Pero si ese momento coincide temporal y cronométricamente con la muerte en su sentido biológico, no lo sabemos. Podemos, por de pronto, decir solamente que mientras vivimos (dejando aparte los casos límite apuntados) no sabemos si ese momento ha tenido ya lugar, que, por tanto, debemos contar con que tenemos aún en nuestras manos ese momento de la total disposición y decisión de nuestra vida.

Podemos, además, presentir que no siempre ni aun frecuentemente coincide ese momento con la muerte física. La experiencia del porcentaje medio de la muerte con su estupidez y abotargamiento hasta la inconsciencia, parece no hablar en favor de esta coincidencia de muerte libre y muerte física. Ahora bien, hemos dicho que todo acto libre tiende por sí a ser el acto de la libre y consumada autoproducción total en el sentido explicado. Podemos, pues, con razón, sospechar que semejante acto tiene más garantías de realizarse en tiempo distinto del morir biológico. Y si verdaderamente ese acto supremo es el fin y el sentido último de todo acto de la libertad, deberemos expresa o implícitamente querer realizarlo en todo momento de nuestra actuación libre.

Y ¿no hay experiencias en nuestra vida que efectivamente se orientan en esta dirección y sentido que hasta aquí hemos estado deduciendo sólo a base de la esencia de la libertad? ¿No hemos vivido nosotros ya en la historia de nuestra alma momentos que tuvimos la impresión de no poder jamás olvidarlos; que la acción, la vivencia, la intencion que allí experimentamos jamás desaparecerían de nuestro ser (tan profundamente se grabaron en la faz de nuestro espíritu); que no podríamos jamás retroceder de aquello que allí, en plena libertad, tuvo lugar en nosotros, y no a pesar de ser aquello libre, sino precisamente por serlo?

Si somos ya de alguna edad, ¿no es verdad que más de una vez en la vida hemos sentido algo de esto, como un toque tenue y tímido, pero con un indecible transporte que nos sobrecogía

con reverencial y anonadada confusión, un tener la impresión de que no podíamos ya escapar al amor de Dios, que el divino cazador había ya acorralado su presa, siempre huidiza, de forma que no quedaba ya sino aguardar en dichoso estremecimiento el momento de ser su presa definitiva?

No lo olvidemos. Tales experiencias, obras de la *gracia*, son no menos hechos de nuestra *libertad*, acontecidos en el *sí* de nuestro íntimo ser.

Y aun cuando tales experiencias se demostraran luego ser en casos particulares bellas decepciones (como las tiene el alpinista que en una ascensión de montaña se cree engañosamente ante la última cota porque se sustrae a su mirada oteadora un nuevo trecho del camino que está detrás), ¿no son esas mismas decepciones una prueba de que eso que pensábamos tiene fundamentalmente su realidad, de que el espíritu (¿cómo, si no, hubiera *sufrido* tal decepción?) se encamina impulsivamente hacia aquellos momentos cumbres en los que al fin se cumplirá todo; que, por tanto, alguna vez será verdad que de repente, sin casi advertirlo, sin ruido, se encuentre en la cima anhelada, con la plenitud de su vida totalizada en un momento cumbre, vaciada en la forma definitiva y acabada de su libertad?

Ésta es, pues, nuestra condición. Tendencia fundamental a abarcar siempre con nuestra libertad la totalidad de nuestra vida. Un sinnúmero de veces nuestro esfuerzo abarcará de hecho tan sólo una pequeña parte del todo; no obstante, operará latente, pero incesante el intento de aprisionar por junto el pasado y el futuro en el acto de la libertad, para con todo plasmar de una vez la definitiva verdad y realidad de nuestra vida.

Y suceden entonces las horas estelares de nuestra vida; sólo Dios percibe distintamente su tono. Insospechadamente, de modo a nosotros mismos escondido, tendremos de pronto enteramente en nuestras manos el fruto de toda nuestra vida. Lo que entonces temporalmente se realiza en nuestra vida es sólo el final dichoso de una sinfonía, que nos transporta y embelesa, porque (y no podía ser de otra manera) es como el exacto recuento de una jornada electoral, cuyo resultado de conjunto

estaba ya asegurado de antemano, y como la maduración de un fruto, que ya se desprende del árbol.

Llamemos, para darnos a entender en breves palabras, a esta hora cumbre de nuestra libertad, hora secreta y única, *el momento de la eternidad en el tiempo o el momento de la eternidad temporal*. Ahora presentimos lo que puede ser ese momento. Sabemos que ese momento, como tal, bien que realizado con libertad, queda oculto a nosotros mismos; pero también sabemos que la libertad avanza siempre y tiende hacia él; que en él se consume y completa ella misma; que nosotros, sabiéndolo o sin saberlo, vivimos siempre en conato y esfuerzo hacia ese momento, a realizarlo y completarlo, y en él a realizarnos y completarnos a nosotros mismos.

* * *

Hemos tratado hasta ahora de determinar este momento de la eternidad en el tiempo, atendiendo sólo a su esencia abstracta y formal. Le hemos descrito como el acto de la total auto-disposición de la libertad sobre el hombre y las posibilidades de toda su vida. Pero con ello no hemos dicho aún lo más. Porque esta total auto-disposición puede, como acto de la libertad, ser de esta o de la otra manera, puede ser un *sí* o un *no*, elevación o caída, salvación o ruina, eternidad del salvado o eternidad del perdido.

Por ello hay que preguntar más: ¿De qué debe llenarse este momento de la eternidad en el tiempo para que pueda ser la eternidad de la salud; el puro, limpio, sincero y definitivo sí? ¿Cuál es el hecho por el cual únicamente el hombre entero se sublima en la verdadera eternidad?

La respuesta parece ofrecerse obvia: el acto del amor a Dios. Pero no demos por demasiado clara esta simple respuesta. Porque en un doble aspecto no lo es.

Si hemos entendido lo hasta aquí reflexionado, una cosa aparece ya de por sí manifiesta. No *cualquier* acto de amor a Dios es un tal momento de la eternidad en el tiempo. Cada acto de amor divino puede ser un esfuerzo hacia ello. Pero no sólo no llegaremos nunca a saber (fuera quizá de contadísimos casos) si este co-

nato de realizar aquel momento cumbre como acto de amor ha tenido éxito, sino que todos estos conatos, a excepción de uno, fracasarán de hecho. Lo que naturalmente no quiere en absoluto decir que estos fallidos conatos carezcan de significado ante Dios y para nosotros; son ellos de altísima importancia, ineludibles entrenamientos para el único conato logrado.

Porque un tal momento (y éste era el sentido de todo lo hasta aquí dicho a vuelta de muchas palabras) sólo hace su entrada en el acto de amor, cuando este acto se realiza *con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas*. Sólo cuando el hombre en el acto de la libertad, hecha amor, se ha volcado y agotado literalmente, sin dejar residuo, y, por tanto, de un modo definitivo e irrevocable. Y así sólo pocas veces, acaso sólo una, pero una y para siempre, será nuestro amor. Porque ¿cuándo hemos amado a Dios de todo nuestro corazón, de toda nuestra alma, de toda nuestra mente y con todas nuestras fuerzas? (Mc., 12, 30).

Si tomamos en serio estas tremendas palabras: *todo, todas*, vendremos a entender que el mandato de amar a Dios con la totalidad del hombre (de su ser y de su tiempo) es el mandato de proyectar nuestro amor en este momento de la eternidad en el tiempo, intentándolo constante y renovadamente; hasta que nos sea donado en gracia y tenga su colmado éxito. Diremos que es el mandato del amor en el momento de la eternidad temporal. Cada momento del amor se orienta y tiende a ese momento supremo, y sólo en él alcanzará su plenitud, sin ser aún ese mismo momento.

En un segundo aspecto no es tampoco evidente que aquel acto de amor a Dios y sólo él (tratamos siempre de actos del ser finito que es el hombre) sea el contenido del propio momento de la eternidad en el tiempo.

Este momento, como dijimos, debe ser el momento de la *integración* total de la vida. ¿Y es ya de por sí evidente que el amor y sólo él es capaz de realizar esta integración? ¿No tropezaremos aquí precisamente con la no evidente ni clara esencia del amor? Si preguntamos: ¿cuál es el acto capital del hombre en el que éste puede concentrar su entero ser y vivir, aquel acto que puede abarcarlo todo y encerrarlo todo, todo lo que se llama hombre y

vida del hombre: risa y llanto, dicha y desesperación, espíritu y corazón, el «cada día» y las horas cumbres, cielo y tierra, fuerza y libertad, pecado y salvación, pasado y futuro? No se ofrece ciertamente tan inmediata ni evidente la respuesta a esta pregunta. No nos atreveríamos a decir a cierra ojos que es el amor el cauce de esa integración total humana.

Pero está patente al menos una realidad. El amor a Dios puede, efectivamente, abarcarlo todo y sólo él. Porque él sólo pone al hombre delante de Aquél sin el cual el hombre sería sólo la horrible conciencia del vacío radical y de la nada. Él sólo está en disposición de aunar todas las fuerzas múltiples, caóticas y entre sí opuestas del hombre, porque él lo refiere todo a Dios, cuya unidad e infinitud puede realizar en el hombre aquella unidad que reduce a síntesis la multiplicidad de lo finito sin eliminarlo. El amor, sólo él, hace al hombre olvidarse de sí mismo (¡qué infierno si no se nos diera al fin lograr esto!). Él sólo puede salvar todavía las más oscuras horas del pasado, porque sólo él encuentra en sí valor para creer en la misericordia del Dios Santo. Sólo él no se reserva a sí nada y puede por ello disponer aún del futuro (que de otro modo el hombre, desbordado por la angustia de su finitud, estaría siempre tentado de ahorrarse). Él puede, a la par que a Dios, amar también a esta tierra. Y así puede integrar en ese momento de eternidad todos los amores de acá, y sólo a él no se le acabará el ánimo y el optimismo en esta vida, porque ama a Aquél que nunca se ha arrepentido de haber hecho esta tierra, que nos aparece como tierra de pecado, de maldición, de muerte, de inanidad.

El *amor de Dios* es realmente la única *total integración de la existencia* del hombre, y sólo entonces habremos penetrado ese amor en toda su alteza y dignidad y grandeza integradora, cuando le hayamos entendido así; cuando hayamos sentido que debe ser él el contenido de ese momento de la eternidad temporal. Sin él, en efecto, ese momento no sería más que el juicio ya de antemano juzgado y sentenciado, *iam iudicatus est* (Jn., 3, 18); con él, en cambio, ese momento único será aquello que quiere y debe ser: todo.

Habría aún mucho que decir sobre este acto del amor, contenido del momento de la eternidad temporal. Lo primero, que tal acto es *gracia*, aun llamándose y siendo el más sublime acto de la *libertad*. Justamente porque si nosotros podemos amar a Dios, es sólo en virtud de *sus* fuerzas y auxilios; porque nuestro amor es siempre una respuesta a Aquél que primero nos amó a nosotros; porque Él es quien infunde su amor en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.

Por ello este momento es *gracia*. Pero aparte de la genérica gratuidad del amor de Dios, es ya de un modo especial gracia ese momento de la eternidad temporal, como tal. Porque poder disponer totalmente de sí; poder tener a su disposición todos los fondos de las propias posibilidades; poder fundir el metal de la propia vida y vaciarlo por entero y sin residuos y limpio de escorias en el único molde de la imagen de Dios; una tal posibilidad, como algo siempre ofrecido y a punto, es cosa que pertenece a la esencia del ángel, pero no está en las manos del hombre, ni se le da en todo tiempo a voluntad, sino que constituye un excepcional momento cumbre de su vida, que se le da de gracia, y que será en él efectivamente gracia, si de tal modo lo recibe que lo afronta y lo llena como debe. Es gracia ya que él lo *reciba*, y es gracia también que lo *pueda llenar* con el amor a Dios.

Ese supremo momento de la libertad, que se labra su suerte definitiva en la eterna integración de la vida entera, es de este modo, en su esencia y existencia, *gracia* y *libertad*.

* * *

Parece que nos hemos alejado mucho de nuestro propósito, que era ver qué ocurre propiamente en una consagración. Pero no estamos sino muy próximos a nuestro objetivo final. Podemos, en efecto, ahora simplemente decir: la consagración (tal como la hemos delimitado al comienzo) es el serio y concentrado esfuerzo hacia el momento de la eternidad en el tiempo, en la forma del acto de amor.

Si tenemos ahora bien presente todo lo que quisimos entender bajo la expresión *momento de la eternidad temporal*, y todo el significado que hemos dado al acto de la total y definitiva integración de toda nuestra vida; y si llana e imparcialmente miramos lo que el hombre trata de hacer en una consagración; tendremos por buena y exacta la definición dada, y no hará falta ya sino añadir unas pocas palabras de explicación.

Ha quedado ya claro que el acto fundamental de una consagración es el acto de amor. Que en la consagración se aspire a que ese acto de amor sea un acto puro y concentrado, lleno de claridad, lleno de verdad y salido de lo más íntimo y vital del corazón (en la unidad compacta de todas las fuerzas del espíritu y la mente), se deja inmediatamente traslucir de las mismas notas exteriores que acompañan a un proceso de consagración. ¿Qué significaría si no la preparación, la previa madura reflexión, la exteriorización, la pronunciación y solemnidad de una consagración? Y que un acto de amor de tal naturaleza tienda por su propia esencia a inducir el momento de la eternidad temporal, porque sólo en ese momento es el amor con todo el corazón, de todo el hombre (lo que quiere ser cuando se produce así, *consagracionalmente*); y que este conato y tendencia pueda siempre hasta un cierto grado tener éxito; ha quedado suficientemente claro de lo dicho.

Cuando se realiza con éxito ese conato en la consagración, entonces tiene lugar aquel momento de la eternidad en el tiempo, lo que a los ojos de Dios constituye el acontecimiento decisivo de nuestra vida, el hecho que tendría en misteriosa teleología la vida pasada entera como preparación, hecho fin de toda ella, y para el que todo lo siguiente sería sólo como el desarrollo de un tema ya definitiva e irrevocablemente encontrado.

Cierto, ese conato muy frecuentemente no será logrado, o no del todo. Seguramente no sabremos nunca si ha tenido éxito, y por ello deberemos, aun después de la consagración, obrar nuestra salud con temor y temblor, en la persuasión de que aún no somos lo que debemos y podemos ser, y que el camino de peregrinación de nuestra vida será aún largo, y lleno de inesperadas sorpresas. Pero ¿no es ya la consagración algo en verdad santo y

grande, por ser el conato y el esfuerzo hacia aquella hora cumbre? Y ¿quién sabe? Acaso el intento ha sido efectivamente logrado; acaso se ha dicho efectivamente en él la palabra grande y única de nuestra vida, la palabra en la que nos hemos dicho a nosotros mismos total y definitivamente. No lo sabremos. Pero Él lo sabrá. Y ¿no es ya eso bastante? ¿No es propio del amor decir siempre nuevas palabras, cada vez más concentradas, cada vez más íntimas, hasta que da al fin con la única palabra que de verdad lo dice todo y es digna de ser eterna?

* * *

Estas consideraciones nuestras podrán arrojar alguna luz sobre la *manera* particular como deberá planearse y realizarse una consagración. Cómo no debe ser una acción del «cada día» de nuestra vida religiosa; cómo debe ser cuidadosamente preparada; cómo deberá adaptarse su forma concreta a las peculiaridades espirituales y anímicas del que se consagra, para que sea posible que el corazón vaya a una con las palabras de la consagración; cómo es un contrasentido el multiplicar hasta el infinito las consagraciones; cómo ha de enfocarlas el hombre desde una auténtica, seria y realística actualización de toda su vida; cómo debe ser la consagración misma impetrada y pedida a Dios como gracia, etcétera. Pero no nos detendremos aquí en estos interesantes aspectos.

Habíamos comenzado nuestras reflexiones con la pregunta de si, efectivamente, ocurre algo nuevo en una consagración. Podemos ahora responder taxativamente: la consagración es el intento de hacer un algo que es el *todo*, es el conato de realizar el acto total de nuestra vida. *Todo* puede decirse que ha ocurrido en nosotros si ha tenido pleno éxito. Aun si este éxito no ha sido total, *algo* muy importante ha tenido lugar; un hombre ha realizado al menos una parte del amor que en todo caso es misión de su vida y contenido de su eternidad. ¿No es esto ya mucho? Y si alguien dijera que esto ocurre ya también en el «cada día» de la vida del cristiano, justamente por el hecho de que la rutina y la

monótona pesadez del «cada día» es la situación auténtica del verdadero amor, responderemos que así es, en efecto, cuando el «cada día» es efectivamente amor. Y si esto no es fácil ni evidente, ¿no será bueno y saludable que lo que siempre debe hacerse, así al menos, de pasada, marginalmente, se haga una vez de manera expresa y consciente? Pues esto justamente se hace en la consagración, aun en el caso de que no tenga el pleno éxito en el intento de ser el amor lleno y consumado en un momento de eternidad en el tiempo. Todo o algo que es mucho ocurre, pues, al hombre en la consagración.

Después de haber mirado, como hasta aquí hemos hecho, la consagración por el lado del hombre se podría todavía preguntar si por el lado de Dios no «ocurre también algo»; cómo responde Él a la palabra del amor en la consagración, y si no está ahí precisamente lo peculiar de una consagración, en esa respuesta de Dios. Con seguridad habría mucho que decir sobre ello. Porque Dios se acerca a aquél que se acerca a Dios, dice la Escritura (*Sant.*, 4, 8). Y así habría mucho que hablar sobre la magnificencia de este acercamiento de Dios en la consagración. Sin embargo, todo lo decisivo para nuestro propósito está ya dicho. Porque es bien verdad que Él se acerca a nosotros precisamente al darnos graciosamente la posibilidad de acercarnos a Él. Y qué haya encerrado en esta suprema posibilidad del hombre, ha sido justamente el tema central de nuestras reflexiones.

* * *

Para terminar tocaremos todavía brevemente una última cuestión. Hasta ahora hemos supuesto simplemente en nuestras consideraciones que la consagración se dirige a Dios, al Padre, al Dios Trino, al amor humano-divino del Señor y de su Corazón. Porque hemos hablado del amor de Dios en su momento cumbre; y ese amor se dirige esencialmente a Dios. Pero hay también consagraciones que, al menos en su sentido inmediato, no se dirigen a Dios sino a algún Santo del cielo y sobre todo a la Santísima Virgen, Madre de Dios. ¿Valdrá también lo que hemos dicho de la

consagración para esta clase de consagraciones? Podemos responder: Sí; todo lo dicho vale también para esta consagración, si se entiende rectamente su sentido y significado último.

La consagración y el amor en ella operante hacia alguna persona de la bienaventurada compañía de Dios en el cielo, son, en su más íntimo contenido esencial, un acto del amor a Dios. Porque el amor al prójimo (por tanto, también a aquéllos que están proximísimos a nosotros por estar unidos con Dios para siempre) es un amor que tiene como motivo formal «el amor a Dios», tiene su raíz y apoyo en la virtud teologal de la caridad. Cómo ello sea y por qué, no puede ni necesita ahora ser explicado; suponemos simplemente este principio como doctrina general de la Teología.

Cuando nos consagramos a una persona del mundo celestial, el movimiento de nuestro corazón no va a ella para parar en ella, sino, por decirlo así, para ir con ella y ascender apoyados en ella, en una unión y coincidencia de movimientos de ambos corazones (porque su corazón tiene un movimiento impreso ya para toda la eternidad y nosotros nos insertamos en ese movimiento con nuestro afecto y devoción hacia ella); y así unidos, volar más y más hasta internarnos en Dios.

Esto vale, ante todo, de la consagración a la Santísima Virgen y a su Inmaculado Corazón, quintaesencia de su amor a Dios hecho eternidad, símbolo de la interior totalidad de su purísimo ser integralmente dado a Dios en amor. Él que se consagra a este amor y sabe realmente lo que hace y hacia dónde se dirige el acto de su corazón en esa consagración, se sentirá introducido en el eterno movimiento de amor del corazón de la Beatísima Virgen. Amará a Dios, y a Él, en último término, es a quien se consagrará.

* * *

Existen muchas y diversas consagraciones. Para nosotros y sobre nosotros se han rezado ya muchas. Han podido acaso parecernos demasiadas, demasiado frecuentes, pronunciadas con

demasiada prisa, y quizá nos han resultado un poco angustiosas al ver con qué facilidad y resolución se prodigan las supremas palabras, que sólo a duras penas puede seguir el corazón al tiempo que las dice la boca.

Hasta podría venirnos al pensamiento que el verdadero amante calla ante Dios su amor y prefiere que hable en mudo silencio ante Él el doloroso anhelo de un amor que no experimenta en sí el hombre, sin osar decir en voz alta al severo escudriñador del corazón que le ama (¡Ah! ¡Si pudiera tener certeza de ello!). Pero contra este sutil escrúpulo se alza la dulce seguridad de que el Dios bueno y amante conoce bien la mezquindad de nuestro pobre corazón, y, no obstante, ama (esto es lo divino de su amor), ama el amor que florece en nosotros; amor que no es digno de Él; ama el mudo dolor de nuestro inútil corazón que cree no amar, que cree no poder amar de verdad.

Y si Dios es así, ¿no habrá que decir que en aquella enmudecida humildad y en aquel temor encogido de hablar a Dios palabras de amor despreocupada e infantilmente, se esconde un resto de soberbia no redimida aún, como si nuestro amor hubiera de ser digno de Él, como si Él esperara para amarnos a que nuestro amor fuera como debe ser?

Mas si eliminamos esa secreta soberbia, ¿no podremos decir tímida e infantilmente, pero de veras: «Padre querido, yo (sí, me atrevo), yo Te amo»?

Todas las oraciones de consagración son sólo variaciones de este único e inagotable tema.

La oración de la culpa

Cuando oráis, decid: «Padre nuestro..., perdónanos nuestras ofensas...».

El cristiano que ha aprendido a orar de boca del Señor, reza ante Dios la oración en que implora el perdón de sus pecados.

Ora siempre así. A diario. Pidiendo lo mismo una y otra vez.

Y no reza meramente «por fórmula» esa oración, por el perdón de una culpa cometida antes, en aquel tiempo en que aún no se había convertido, de que aún no había hecho penitencia, o acaso reliquia de cuando fue santificado en el renacimiento del hombre nuevo en agua y en Espíritu por el bautismo. Sino que ora por el perdón de su culpa que *ahora*, actualmente le oprime con su peso, de nuevo y siempre.

¿Podemos hacer esto efectivamente? ¿No somos los salvados, los que tienen que aparecer como salvados; los alegres herederos de los Santos en luz, renacidos hijos del Padre, luciendo como las estrellas en un mundo entenebrecido, hijos de misericordia, pueblo nuevo, herederos de las promesas? Y, dicho de una manera más sencilla, comprensible y vulgar, ¿nos sentimos tan culpables que hayamos de golpear nuestro pecho cada día en espíritu de penitencia y con contrito corazón, clamando: Séme, Señor, propicio a mí, pobre pecador?

* * *

El cristiano de hoy realiza en general su ser cristiano personal a través de su existencia después del bautismo. El bautismo está al comienzo de su vida; la transparencia de la misericordia del Señor ilumina el comienzo de los caminos de su vida aún antes que él la haya emprendido. Y el que sabe lo que son las cosas de Dios y lo que son las del hombre, hallará esto justificado. Pero con ello no se le ha quitado al hombre el correr, la lucha y el ataque de la parte del poder de las tinieblas. No se le ha ahorrado sino se le ha convertido en alta y decisiva misión de su vida: *irse haciendo* lo que ya *es* desde el bautismo: un cristiano.

Pero esto significa encontrarse e ir a una con Dios en espíritu y corazón en la decisión de su más íntimo ser; encontrarse con Dios, el Dios de la tremenda majestad, el Dios de la justicia juzgadora, el Dios de la incomprensible misericordia y gracia, el Dios que se nos hizo visible en la faz de Jesús, que se manifestó en la humanidad y en la cruz y se sienta en las alturas a la diestra del Padre, y derrama su Espíritu Santo sobre toda carne.

Y en este drama del encuentro de Dios y el hombre, que comienza después del bautismo del recién nacido y decide para una eternidad, puede darse en los cristianos bautizados un acto, en el que el hombre vaga lejos de Dios en la vanidad de su corazón, se hace hombre de tierra y carne, hombre «honrado», quizá de porte externo impecable, que nunca viene en conflicto con la policía ni con la Moral cotidiana barata (¡tan tolerante!), pero que no tiene idea ni lejana de la inexorable santidad de Dios; que entre inconsciente y culpable traspasa el mandamiento de Dios del que pende la vida y la muerte; que prescribe a Dios hasta qué punto debe tomar en serio el mismo Dios lo que entra como constitutivo en la vida corriente del hombre, a saber: el ímpetu ciego de la juventud; los compromisos forzados por la realidad de la vida en la edad madura, entre lo que se debía ser y lo que (por fuerza e inevitablemente) hay que ser; los años aquellos en que (no sabe uno mismo cómo fue) se dio un viraje en la práctica del cristianismo de Iglesia y Sacramentos, en que la fe y lo demás (sólo se puede constatar con un movimiento de hombros, como un hecho que pasa, no

como algo decidido a conciencia), simplemente hubo un momento en que no existían ya en el alma.

Pero luego puede tener lugar el acto siguiente de este drama, en el que la gracia de Dios, que es inicio, invade al hombre, le desenmascara, le muestra a sí mismo tal cual es (ya lo sabía él o lo presentía siempre en lo recóndito de su renegado corazón): un pecador, que en su vida anterior amó más las tinieblas que la luz. Que suave y calladamente, sin llamar la atención, sin que nadie lo advirtiera ni se extrañara, se las arregló para trocar las reglas de la conciencia hasta hacerlas inservibles para su oficio de medir, normar y regir. Que todo le salía a su medida, sin necesidad de violentar los cánones morales, ni tampoco tener que hacerse violencia para plegarse a ellos. Que poco a poco, sin sentir, a la manera del perezoso que entre sueños (¿qué culpa tiene él?) para el despertador para seguir durmiendo, se encuentra huyendo de Dios (¿Quién puede resistir su presencia? —se dice en tono de excusa—, sin advertir que con ello revela que no piensa en el auténtico Dios, o que éste es muy otro de aquél de quien el hombre huye).

La afectada tranquilidad de espíritu en que antes vivía contento de sí, se convierte ahora, bajo la perforadora luz de Dios, no ya en prueba de su buena voluntad (quizá equivocada de buena fe, esto lo concede también como posible el empedernido), sino en prueba de cuán hondo había arraigado el pecado, el pecado libre, culpable, en el mismo núcleo sustancial de su ser. Tan hondo que nada ya levantaba en su interior una perceptible voz de protesta. No se excusa ya con la falta de una luz como la actual que le iluminara su verdadera situación. En vez de buscar atenuantes para su pasada vida, le aparece ahora ésta como un testimonio claro contra sí de cuánto amó las tinieblas, hasta perder ya de vista aquella luz que ilumina a todo hombre; como testimonio también de la incomprensible gracia de Dios presente.

Acaso este hombre resistió aún algún tiempo. Acaso defendió por algún tiempo su «recta conciencia». Acaso volvió como objeción contra Dios la nueva luz recibida (¿por qué no se hizo esto antes patente?), en vez de confesar que él era el que no lo quería ver. Acaso pretendió, para no tener que renegar en bloque

de su vida entera, salvar una línea consecuyente de conducta (bien que ahora ha conocido otras mejores), buscando subterfugios, alegando que siempre tuvo recta intención, aunque no siempre acertó; que ciertamente se ladeó, pero dentro siempre de una ley incorporada a su vida a la que propiamente nunca fue infiel.

Pero cuando la suave y abrasadora luz de Dios, que es verdad de Dios (no del hombre) y es amor, penetra inexorablemente (¡oh gracia de Dios incalculable!) con su rayo victorioso, sentenciador, entonces el hombre cede y se entrega; mejor dicho no, entonces se hace fuerte, halla en sí valor para condenarse a sí mismo, para desprenderse de sí mismo y condenar el íntimo centro de su descarriada libertad, para hacerse una misma cosa con el juez que le condena (sabe bien que este juicio es la misericordia de Dios); para confesar que es un pecador.

Halla en sí valor para declararse pecador. Un pecador, un culpable. No uno que hasta ahora no fue mejor. No uno que finalmente, en el curso de su interior evolución espiritual, vino a un mejor acuerdo. No uno que en el fondo obraba rectamente, con buena intención, sino un pecador. Uno que en el fondo de su corazón obraba con dañada intención. Uno que con todo empeño llevaba la contabilidad oficial de su buena conciencia, de forma que al pasar por ella cada día la vista nada encontraba que cargara sobre el «debe» (y en realidad estaba falseada, falseada por él; ahora lo reconoce).

Un pecador que olvidó (no quiso saberlo) que su corazón dañado era quien sugería las buenas razones al entendimiento (las dificultades intelectuales); que nunca salió airoso en el dominio de su temperamento, porque en el fondo, ya de muy antiguo, había pactado con él. Un pecador que sorteó escaramuzas morales para que la capitulación no necesitara ser confesada como abierta cobardía. Un pecador que con gusto dejó a las aves de paso de este mundo llevarse la semilla de Dios del campo de su corazón, porque en el fondo estaba muy contento de verse dispensado de llevar fruto. Un pecador que se las arreglaba para que los principios de su moral de caso en caso concordaran por arte de magia con sus planes y querer (y si a mano venía tenerlos por celes-

tiales ilustraciones). Un hombre que era capaz de orar así a Dios: «Dame tus luces y guíame, pero no contra mis planes.» Un hombre que bebía en la copa del pecado, pero procurándose antes un seguro de buena conciencia.

¡Dios mío! Cuando el hombre, herido por tu luz, confiesa que este misterio de maldad se ha realizado en su corazón; cuando lo confiesa, no inquiriendo cómo lo pudo hacer, sino confesando llanamente que lo ha hecho. Cuando hablando contigo no esquiva el tema, como la mujer en el pozo de Jacob, ni hurta la atención a la propia culpa para dirigirla a la general pecabilidad. Cuando tu gracia hace posible que el pecador se suelte de sí mismo, por modo misterioso es él el que se separa de sí mismo, reniega de sí, se siente tan culpable que todo él, cuerpo y alma, merecería ser arrojado al infierno. ¡Qué milagro de tu gracia, que ninguna alternativa en el proceso de los fenómenos interiores del hombre podrá explicar!

Entonces, realmente, huye él de sí a Ti. Entonces toma él partido por Ti contra sí. Entonces no se auto-afirma suficiente, sino por encima de sí pone tu santa gloria. Entonces está él junto a Ti (llevado por tu gracia sobre el abismo), y su juicio sobre sí es tu misericordia sobre él. Entonces te ama (¿cómo se podría odiar a sí si no te amara a Ti?). Entonces se realiza el milagro sencillo entre todos los milagros, que el hombre ame más tu santo amor, que a su hermético yo, en el que yacía antes preso en tinieblas. Entonces ora él de verdad: «¡Padre! He pecado ante Ti y contra Ti; perdóname mi culpa.»

* * *

Tal oración se da. Pero con ello no está resuelta la cuestión que fue nuestro punto de partida, a saber: si el justo y el liberado pueden decir a diario la oración de la culpa.

No es esto ciertamente cosa clara y evidente en todos los casos y personas.

Se dirá que el que fue liberado de las tinieblas del pecado y trasladado a la luz, que es luz de Dios, podrá decir siempre con

acento renovado su «mea culpa», que es la forma en que el liberado y ya gozoso pecador confiesa su amor a Dios. Porque cuando Dios otorga su gracia, esta gracia sigue siendo suya. El favorecido por ello, el ya internamente puro, el amante liberado, la recibe en sí, se la apropia; entra ella en su ser y se constituye dentro de él en el resplandor divino de su nueva vida; pero esto nunca como si de derecho se le debiera y naturalmente fuera aquella gracia suya propia.

La gracia permanece gracia; pende siempre del milagro eternamente renovado del amor de Dios. Jamás se podrá separar como cosa aparte de esa libre inclinación del corazón de Dios. Sólo en cuanto gracia, gratuita, por tanto, es vida nueva del hombre. Es gracia en cuanto se está recibiendo siempre de nuevo como el beso santificante del perdón de Dios; es gracia en cuanto (y mientras) el hombre, por decirlo así, de un modo continuo y siempre de nuevo (¿de nuevo?, ¿de antes?, ¿de siempre?, ¿qué tiene que ver aquí, en este acto que decide sobre toda la vida del hombre, el sucederse del tiempo?) es levantado en alto por Dios sobre los oscuros abismos de su culpa, como en un movimiento permanente y sublimador.

«Yo me llamo a mí siempre pecador —glosaríamos así unas palabras de San Agustín dialogando con Dios—, porque Tú me llamas siempre hijo de tu amor. Y ¡cómo tu palabra creadora castiga mi mentira! (pues tu hijo, ¡oh Dios!, no puede ser un pecador). Pero ésta es tu verdad, no la mía; sólo es ello verdad en cuanto que yo te confieso también a Ti siempre mi verdad diciendo: Señor, ten piedad de mí, pecador.»

Quizá quede ya con esto suficientemente respondida la pregunta. Mas para comprenderla mejor, será preciso aún decir unas palabras que completan nuestra explicación.

* * *

Y primero eliminemos varios sentidos que no tiene la auténtica respuesta.

Si consultamos al sentido vulgar del pueblo fiel o meramente auscultamos sus ecos, podría ocurrir al pronto esta contesta-

ción a nuestra pregunta: el buen cristiano ora cada día por el perdón de sus cotidianas faltas y flaquezas. Éstas ciertamente no le han apartado de Dios; aun con esos pecados vive él como hijo y familiar de Dios. Pero en todo caso esos pecados veniales son pecados. De no mediar un milagro de la gracia, cae él siete veces cada día en ellos. Y por eso pueden también los santos, no sólo con humildad, sino también con verdad —*veraciter et humiliter*—, decir: perdónanos nuestras ofensas. Así reza la afirmación de un antiguo Concllio.

Todo esto es verdadero. Pero ¿es esto toda la verdad? No que se hayan de tener en poco los pecados veniales, leves, como si por ser así, ligeros, no fuera importante pedir perdón de ellos. Tendremos pronto ocasión de decir por qué debe tomar en serio el cristiano esos pecados veniales, pecado «leve» dicen los moralistas, con expresión justa y a la par terriblemente extraña.

Pero ¿está suficientemente explicada con ello la oración cotidiana del cristiano, del buen cristiano habitualmente en estado de gracia? ¿Puede él, por razón de aquellas faltas leves, decir realmente del fondo del corazón: perdóname mi culpa (¡mi grandísima culpa dice alguna vez!)? ¿Puede francamente hablar así (también en este terreno se puede ser insincero, hablar las muchas palabras que el Señor aborrece en nuestras oraciones)? Porque suponemos que se trata de auténticos pecados veniales, y suponemos, como enseña siempre la Iglesia, que los hay. Y entonces es simplemente verdad que tales pecados no emanan de aquel íntimo centro del hombre, donde es él un todo unitario, donde es él total y concentradamente él mismo, y donde decide él sobre sí y sobre su eterna suerte, sino que se localizan más bien en algún recinto más extrínseco (por muy reveladores que ellos puedan ser del interior, y por muy libres que puedan ser en el sentido de una formal libertad).

Pero si es así no puede el hombre en verdad dolerse de ellos, como tales pecados veniales, *más* íntimamente, ni tomarlos a pecho en su corazón *más* profundamente de lo que ellos mismos son. El arrepentimiento, como reacción del corazón contra los pecados leves, no puede en rigor brotar *más* del centro nuclear de la

persona, ni puede querer ser existencialmente *más radical*, de lo que lo fueron los pecados veniales y de lo que ellos merecen. El empeño de tomarlos más en serio, puede llevar a la insinceridad, o a una perniciosa presunción de las posibilidades anímicas del hombre, o a una peligrosa subestimación de la distancia que separa los pecados graves de los leves. Peligrosa, por el hecho de que puede llevar al hombre (que nunca puede evitar del todo los pecados leves, y por ello en algún modo, fácilmente, se ha acostumbrado a ellos) a no tomar más en serio los graves que los leves, a los que mira en la misma perspectiva que aquéllos.

Se puede llorarlos (nótese bien que hablamos ahora, y sólo provisionalmente, de los pecados veniales, *como tales*). Se puede entablar su enmienda; se puede sacar de ellos cuán débilmente ha cogido al hombre todo la actitud última ante Dios; cómo no ha integrado aún esa actitud teocéntrica todos los instintos y caóticas tendencias en la perfecta unidad del hombre nuevo; se pueden deducir de ellos los comienzos de una evolución del carácter, que da que temer (aun por la salvación del alma). Se puede medir en ellos la distancia que nos separa de aquel fin ideal, donde espíritu y carne exultan en la beata armonía del amor de Dios, que todo lo abarca y todo lo funde en sí. Se puede condenarlos, por ser algo no positivamente integrable en la dirección de la apremiante llamada de Dios hacia Él, al único y eterno fin, y por ello algo «contra» la voluntad de Dios o, como Santo Tomás prefiere decir, «al margen» de la voluntad de Dios. Se puede y se debe tratar de superar la falta de amor ardiente y celoso de Dios que ellos reflejan, con un nuevo aliento del corazón.

Pero si sólo por razón de ellos dejáramos penetrar en lo más íntimo de nuestro corazón la palabra viva y cortante de Dios: «tú eres un pecador», como una espada de dos filos, que va hasta la separación de espíritu y alma, y penetra hasta las regiones medulares de nuestro ser, en tal caso, aquella afilada palabra de Dios, que hiere con juicio de muerte nuestras intimísimas intenciones, encontraría todavía un lugar en nuestra alma, pero de ningún modo el lugar donde están *esos* pecados veniales.

No, las graves palabras: «perdónanos nuestras ofensas» (aun dichas y rezadas por los regenerados en espíritu), y en el tono con que resuenan al pronunciarlas los Santos (entre lágrimas y con temor y temblor), apuntan a algo muy distinto de los pecados leves, pura y simplemente tomados en sí como tales, tal como la Teología moral escueta y rectamente los entiende y define, y que inevitable pero peligrosamente aísla del total complejo anímico-personal.

* * *

Entonces, ¿qué sentido encerrará aquella palabra de nuestra oración si puede ser dicha en serio por los santos y no significa con todo simplemente las faltas diarias y negligencias, tributo obligado a la estrechez y limitación del hombre, a la impulsividad primitiva de sus instintos, jamás integrada por completo y sin residuos en su última racional actitud?

Antes de delinear una respuesta más exacta, despejemos todavía el campo deshaciendo un falso concepto que no encaja en la recta interpretación de la doctrina católica sobre el pecado y la justificación.

Puede el hombre (hemos tratado de describirlo) ser puesto en evidencia por Dios de que es un pecador, que él mismo (este hombre determinado, no el hombre así en general y universalmente tomado) es el que ha pecado, el que se ha decidido contra Dios; que él mismo, ese particular y concreto *yo*, que no se puede ocultar tras de ninguna otra cosa, que no puede derivar a ningún otro su responsabilidad, que no puede refugiarse en ningún universal abstracto; es el que lo ha hecho, él y nadie más.

Esto es lo más espantoso que puede haber para ese *yo*. Porque él mismo es el declarado culpable; él totalmente, en su indeclinable e intransferible individualidad; y de este culpable no puede distanciarse (ni que quiera huir de sí a Dios), y tiene en todo caso que condenarse a sí mismo. Y por ello excogita un sublime artilugio para salvarse. Para empequeñecer su pecado, lo hace más grande, tan grande que viene a hacerse poco peligroso.

No dice: *yo* he pecado ante Ti; *yo* lo *he hecho*. Sino: *sí*, el *hombre* (siempre y doquiera) es pecador. Es siempre y en todo pecador. Es radicalmente malo. Siempre y en todas partes donde se encuentra contigo, ¡oh Dios!, ya por el solo hecho de ser hombre, distinto de Ti, es malo, pecador, separado de Ti. Todos y cada uno, y por tanto *yo* también, nos encontramos siempre y doquiera y de antemano (aun antes de saber cómo ello ha comenzado) con el hecho inevitable de que *ya* nos hemos decidido contra Ti. No puede uno sustraerse en manera alguna a esta culpa, culpa necesaria. Más aún: el intentar huir la conciencia de esta culpa sería la última soberbia titánica del hombre, que se quiere justificar a sí mismo delante de Dios, que no quiere llanamente confesar que es indeclinablemente un pecador.

De este modo el pecado que ha cometido en su propia e individual historia, en un momento de personal decisión, enteramente determinado, a plena responsabilidad, lo convierte en un constitutivo genérico de su ser, en un «pecado original» (que ciertamente existe, pero tras del cual no le es dado esconder su propio pecado), o en una manera de manifestación de la pecabilidad general, que no ha de causar al menos más extrañeza que esa misma ley universal del pecado.

Radicaliza así macroscópicamente el pecado, le hace de tal modo general, lo pone tan en originario y primitivo, anterior a la acción irreversible del individuo *yo*, que puede ahora, bastante tranquilo, imperar a todos: confesaos pecadores. Pero en el coro de todos se disimula el acento particular, y, quiérase o no, la confesión de mi propia culpa personal viene a convertirse en un treno lírico, en bemol sostenido, sobre la universal «misericordia» humana.

Y, en realidad, no es así. Se da la culpa esta *mía*, como acto de cada uno individualmente tomado. Se da la posibilidad de una nueva culpa adamítica del particular (el hijo de Adán añade sobre el peso de su padre). De acuerdo con la doctrina católica, no sólo se puede, sino que se debe contar con la posibilidad de que tal determinado pecado no ha sido hecho por *éste* o *aquél*; que todo justificado debe admitir que no debe cometer *tal* pecado; que

lo puede, por tanto, evitar; que si no obstante lo comete, lo ha hecho *él*, *él* solo; tanto que toda otra más profunda y rebuscada (generalizada) explicación del *yo he pecado* (no sólo *yo soy pecador*) es el comienzo de una escapada del misterio de maldad del propio corazón de cada uno.

Qué radical humildad hay encerrada para el pecado del hombre dentro de ese *yo lo he cometido*. No es que cada cual «en el fondo» es así; no es que los *otros*, y yo con ellos, han pecado, sino *yo*, yo a solas y para mí. Lo único que puede el hombre presumir de sí es el pecado, su pecado. Y esto único que tiene de sí, debe reprobalo. Sólo entonces está en la verdad.

Cuando llegamos a comprender y penetrar esto, entonces es cuando sabemos lo que es ser creatura. Y esto lo alcanzamos en el total desasimiento de nosotros mismos, cuando este radical auto-aniquilamiento queda anegado y absorbido por el amor de Dios.

* * *

Si esta culpa personal, individual, no fue cometida; si alguien tácticamente lleva ante el tribunal de Cristo la veste nupcial del bautismo no mancillada; es ello en todo caso gracia, pura, grande gracia. No sólo porque la gracia de la vida divina que es otorgada a la creatura es siempre radicalmente indebida; no sólo porque es concedida al hombre, que por ser hijo del primer padre pecador no tenía a ella ningún derecho, y la debe solamente a la acción salvadora de Cristo, sino además, y sobre todo, porque toda decisión personal en la vida, en la que la gracia de Dios pudo ser perdida, en la que el hombre pudo obrar de modo que se privara de la herencia del reino de Dios, y en la que de hecho no cayó de la gracia de su Dios, es ya gracia de Dios; y gracia al mismo tiempo que verdadera acción de la libertad bajo el influjo de Dios.

Por eso justamente el que no ha pecado se puede mirar a sí mismo como una pura obra de la gracia salvadora, como uno que se cierne sobre el abismo de la posible culpa sin caer en él,

sostenido no por sí mismo, sino por Dios (acción de Dios revelada en nuestra misma actuación libre, porque no hemos de pensar que ha de ser la actuación de Dios tan divina que se muestre sólo omni-eficiente cuando desaparezca nuestra libertad). En ese mismo grado es «el sostenido desde el principio en el amor» (como dice Ireneo), un puro canto de alabanza a la grandeza insondable de la gracia divina.

Lo mismo que el más perdido pecador está esa dichosa alma siempre junto a Dios, necesitando de Él, recurriendo a Él siempre de nuevo, huyendo de sí mismo y de las posibilidades de su culpa. ¿Qué tienes tú que no hayas recibido? Cuanto más tienes, tanto más eres deudor de Dios. Y la más pura inocencia de culpa es la máxima deuda ante Dios. Y esta deuda sólo puede pagarse en un canto de alabanza a la pura gracia inefable, a la que el hombre confiesa deberse todo, absolutamente todo. Su obra es toda gracia, *sola gratia*.

* * *

Pero si pueden darse tales hombres (de posible, al menos), nadie sabe con seguridad (excepto el caso de la humildísima sierva y Madre del Salvador) si de hecho realmente los hay, cuántos y quiénes. Sólo Dios sabe cómo Él salva, puesto que la salvación de cada uno es al mismo tiempo la obra personal suya y el misterio de la gracia de su Dios.

Si, pues, hablando en general, nadie tiene derecho a decir: no tengo ningún pecado; ¿puede cada uno, en particular, llamarse pecador de modo personal y propio, y confesar humillado y avergonzado ante Dios que lo es? Y en el caso de no hallar en sí ningún pecado grave determinado, ¿deberá aún llamarse pecador, tan sólo fundado en que nadie puede decir con certeza que no tiene ningún pecado? (como quiera que se explique el pasaje de San Juan (*Jn.*, 1, 10)). ¿Deberá, con todo, decir positivamente que tiene pecado, que lo ha cometido? ¿Y si no lo encuentra? ¿Será que miente y se obstina en no reconocer su pecado delante de Dios? ¿Será que no quiere darse por vencido y confesarlo? ¿Será

siempre y por necesidad la cobarde soberbia o la soberbia cobardía que se obstina en no dar la razón a Dios contra el hombre? O ¿será un «yo no me juzgo» ni en un sentido ni en otro, huyendo de la indiscreta arrogancia que se encierra en el que está demasiado pronto a decir: «He hecho el pecado», para tener por fin paz con Aquél que siempre tiene razón?

¿Es lo mismo acaso decir: «No digo que no sea yo un pecador», que: «Confieso que soy un pecador»? En realidad, es así. Porque la primera proposición deja el juicio a Dios, en la segunda lo verifica el hombre en sí mismo. Pero la primera es posible aun cuando la segunda, por la sinceridad del hombre (que no tiene conciencia de ninguna culpa, aunque no por ello esté justificado), y por la honra de Dios (que puede tener misericordia como le place, salvando o perdiendo, reteniendo o soltando, y puede haber prevenido a alguien con la confirmación en gracia), no siempre y en todo caso sea posible al hombre. Se dan, naturalmente, casos; se dan incontables ocasiones, por desgracia, en las que el hombre (aun dejando el último fallo a Dios, que escudriña Él solo hasta el fondo de los corazones y se reserva el juicio) puede llana y simplemente decir: «He pecado.» Entonces, esta confesión, y sólo ésta, expresa sinceramente, «a la medida del hombre», el contenido y la verdad del hombre, en el ámbito de la conducta humana y de sus consecuencias ante el mundo y ante la Iglesia, en el fallo de la propia conciencia convicta por la verdad de Dios. Y entonces debe ser pronunciada esa palabra ante Dios y ante la Iglesia inexorablemente, en plena sinceridad; es esa expresión la única sincera y cabal fórmula de la confesión del hombre que honra a la gracia.

Pero cuando esta fórmula, «yo he pecado», no es posible (y ya hemos explicado en qué condiciones puede no ser posible), el abstenerse de pronunciarla ¿no equivaldrá a decir simplemente: «Yo no soy pecador»? Ciertamente no. Si yo no tengo conciencia de ninguna culpa, ¿me proclamo ya por ello justificado delante de Dios? (Cfr. 1 *Cor.*, 4, 4). Si yo, transido de agradecimiento a la gracia de Dios, me atrevo a decir (con temor y temblor): «No tengo conciencia de ninguna culpa concreta», ¿digo ya con ello pre-

suntuosamente: «Soy justo delante de Ti»? Es evidente que puede el hombre, mirando a sí mismo, llana y objetivamente decir: «He combatido el buen combate, he guardado la fe y el amor», y con todo, levantando sus ojos a Dios, en hundida humildad, continuar: «Si te pones, Señor, a escudriñar las iniquidades, ¿quién resistirá en tu presencia?»

Porque, en verdad, ¿quién sabe lo que en el hombre hay, fuera de Dios? ¿Quién puede, finalmente, discernir con seguridad de que su juicio es refrendado por Dios, si su desinterés es legítimo desinterés o tan sólo una forma refinada de egoísmo; si su mansedumbre es la debilidad del cobarde o el sacrificado desinterés del fuerte; si su pureza es, en el fondo, amor puro o es el embotamiento del instinto; si su fe es la gran confianza en el verdadero Dios o la cobardía que busca un seguro «para todo evento», o que va tras de una vivencia religioso-lírica; si su honradez es amor a la justicia o sólo compostura ciudadana?

Quien presiente las oscuras fuerzas que se agitan en la hondura de su ser; quien en sus cotidianas faltas (aquí tienen su verdadero peso) experimenta que todo cabe en él y que todo es en él posible (posible por él), ¿se atreverá a decir con absoluta seguridad que su *yo*, en medio de ese complejo oscuro de fuerzas de su interior, se identifica precisamente con aquello que da testimonio de Dios y lucha por Dios contra las tinieblas? ¿Quién dirá (con absoluta seguridad) allí ante Dios, no en la plaza del mercado de esta vida, si lo bueno en él es sólo el velo de la vergüenza de lo malo que hay en él, o si, por el contrario, lo malo que en él queda es tan sólo el residuo de un enemigo ya victoriosamente dominado por el bien? ¿Quién dirá, con plena claridad, lo que es lo auténticamente «propio» en aquel pobre derrumbado corazón, lo que él mismo es; si el anhelo hacia el fuerte amor de Dios, o el inconfesable y amargo rencor contra las desmedidas pretensiones de este amor?

¡Ah! Podríamos hablar de nosotros con plena transparencia, si fuéramos también tan transparentes a nosotros mismos, que pudiéramos captar la auténtica claridad y verdad de nuestra propia persona, la que es, la que Dios ve.

Pero esto nos es fundamentalmente, y por definición, inasequible.

Quien sabe que la más sublime bondad puede en el momento menos pensado servir de base a la más intrínseca malicia, por lo de *corruptio optimi pessima*; quien sabe que el paraíso es el lugar de la más honda caída, que el hombre puede rechazar a los mensajeros de Dios y, creyendo prestar un servicio a Dios, oír como una blasfemia contra Dios el testimonio de su Hijo; ése ¿dirá delante de Dios: «Estoy justificado delante de Ti»? Mucho más si los cotidianos pecados le convencen más y más de cuán ambiguo e inseguro es el corazón humano, y sabe que cosas pequeñas pueden arraigar muy hondo y brotar de muy íntimos fondos corrompidos del hombre, y que la más radical maldad no necesita mostrarse al exterior con manifestaciones muy aparatosas.

Entonces ¿dirá el hombre (aun sin tener conciencia de culpa alguna): *soy un pecador*?

Y ¿de qué otra manera mejor podrá resumir simple y brevemente su *verdad* sobre sí? ¿De qué otra manera podrá decir mejor lo que él (abstracción hecha de la gracia de Dios, que siempre es gracia) es en sí? Siempre es el sostenido por Dios, el salvado por Dios; el perdido por sí, el a sí mismo intransparente; el sólo por Dios juzgable. ¿De qué otra manera podrá confesarse a sí mismo, como tal, mejor que con la palabra *pecador*? «Señor, Tú lo sabes todo; Tú me ves a mí pecador, y ves también tu amor, que Tú mismo obras en mí.»

* * *

Pero (y no estamos aún desgraciadamente al final del todo), si lo que el hombre *es*, ya ahora lo es, ante Dios lo es (con toda la pobreza de lo aún inacabado y con la posibilidad de una nueva decisión), y está con plena transparencia ante la mirada penetradora de Dios, ¿cómo es que no nos es igualmente a nosotros patente ese nuestro estado y ser interior si aquella transparencia es nuestra propia acción, nuestra libre y responsable acción; una acción de la cual somos sólo responsables en cuanto la conoce

mos y nos consta de su calificación ante el juicio de Dios? ¿No caemos en una oscuridad inconcebible para dejar a salvo la inseguridad de nuestra situación espiritual? Porque una acción libre y responsable, como la culpa, no parece que pueda ser cosa ambigua y oscura, y el estado espiritual de nuestra alma depende de esa acción, más, se identifica, por decirlo así, con ella.

Para responder a esto, hemos de distinguir bien qué género de *saber absoluto* sobre nosotros hemos excluido y qué *no saber* si somos dignos de amor o de ira hemos afirmado. Hemos excluido un saber de reflexión, con prueba justificante, como de un balance que ajusta las cuentas; un saber así seguro y absoluto. Nada más. Pero esto radical y fundamentalmente. Podría esto sonar a extraño e inverosímil, pero es preciso tomar, también aquí, las cosas como son; y no sería conducente empeñarse en simplificarlas, en fuerza de una Teología más «clara» (a saber, más barata).

Hay que admitir en la vida espiritual un cierto signo de indeterminación. Queremos muchas veces controlar la propia acción; determinarla con precisión matemática, para saber con toda seguridad lo que ella nos da, lo que en ella hemos hecho. Para ello observamos nuestro acto (en una reflexión subsiguiente y posterior en el tiempo, por muy pronto y rápidamente que la queramos hacer); y con ello resulta que alteramos el hecho mismo observado, porque la observación misma no es un proceso neutral de un saber puro, objetivo, copiator, sino que él mismo es ya una decisión, acción, intención moral o inmoral, y, como tal, confiere a todo lo anterior en el hombre (y, por tanto, también a la acción precedente que se examina) un nuevo signo, una nueva marca. Y naturalmente este segundo acto se desarrolla incontrolado.

Ningún otro punto de apoyo enteramente neutral tiene a mano el hombre para ese control reflejo de sus actos ante sí mismo (en el grado que ello sea posible, necesario y útil), fuera de la misma cosa que está en cuestión, el hecho mismo que se quiere someter a examen. La prueba siguiente es ya una acción, y so pena de un proceso *in infinitum*, no puede ponerse en claro, con seguridad matemática, si la tal segunda prueba examinadora se ha

realizado con plena imparcialidad, o todavía con alguna torcida dirección. Es, en efecto, esa prueba a su vez una partida puesta en el balance del propio estado espiritual, y ciertamente la partida más oscura y la más comprometida, si pretende dar el último fallo. Si el hombre se empeña obstinadamente en fijar su propia situación espiritual, con plena transparencia y seguridad, no con la seguridad *moral* del «cada día», necesitaría un poder de reflexión adecuada, que no se da, porque el hombre está siempre «consigo mismo», cuando sale de sí a examinar la cosa; y en esa cosa, que trata de examinar como exterior a sí, está ya «él mismo», y se refleja en ella de un modo por necesidad turbio. No hay por ello saber alguno «objetivo» sobre sí mismo vaciable en una expresión transparencial, ninguna absoluta «evidencia» en los enunciados sobre sí mismo en su concreta e íntima individualidad.

En este sentido se ha de decir que la acción humana se desarrolla realmente en oscuridad y que nadie sabe con seguridad de matemática evidencia, como afirma el Concilio Tridentino, si está en gracia.

Y no obstante existe un *saber* (o como se quiera llamar a aquella discernidora luz inseparable de la acción a la que acompaña), por el cual se sabe lo que se hace (no lo que se ha hecho); un *saber* que *acompaña* de tal manera a la acción, que ésta se muestra en su más íntima esencia y calificación moral con su plena transparencia de responsabilidad ante Dios, de forma que en ningún caso el hombre, en semejante circunstancia, osará decir: no fue ésa mi intención. Y no obstante, en el momento en que quiere después utilizar aquella luz para pronunciar sobre sí un juicio definitivo y evidente, se extingue de pronto o lanza sólo rayos apagados de penumbra.

Podría aquí también decirse: si no me lo preguntas (sí, si yo no me lo pregunto) lo sé. Pero no me lo preguntes, porque entonces no lo sabré. Cuando el juicio de Dios saque a luz de los ocultos abismos las acciones de nuestro corazón, quedará asombrado el hombre de la reflexión, el de los enunciados sobre sí mismo (y para sí mismo). Mas el corazón dirá: en el fondo lo su-

pe ya siempre; tanto lo supe, que yo mismo era ese saber y por ello no podía hacerse plena luz.

Sólo en presencia de Dios será posible separar este transparente e invidenciable saber que expresa toda nuestra intimidad de aquel saber, el que únicamente ahora poseemos, que es esencialmente *saber y obrar, saber al obrar*.

No es traducible en ése que nosotros tan comúnmente decimos saber sobre nosotros; en forma que sólo a través de sus actos puede el hombre conocerse y juzgarse. Pero, no obstante, es también cierto que aquel saber misterioso, intraducible está siempre allí. Podrá dársele diversos y variados nombres: inefable sentimiento fundamental, inexpresable saber sobre sí del «ánima» (en oposición al saber conceptual del «animus»), conciencia (en el sentido originario del vocablo, más allá y antes de toda reflexión y reflectibilidad), sindéresis *scintilla animae*, o como se quiera llamar. Existe y está allí donde libertad, saber sobre sí y yo coinciden en un último radical núcleo indivisible de nuestro ser, bien que salga, para existir y ser, a expandirse en sus múltiples potencias que acotan el individual complejo humano.

* * *

Por el hecho de existir esa *luz* y aquella *oscuridad*, sabemos siempre quiénes somos, y, sin embargo, no podemos decírnoslo a nosotros, ni expresarlo con aquella palabra que nos haría falta para decir a Dios lo que en el fondo sabemos de nosotros mismos.

Por ser ello así, puede el hombre (aparte de aquel testimonio con que el Espíritu intercede por los Santos con gemidos inenarrables), decir siempre y de nuevo a su Dios, desde la esencial oscuridad de su situación: *soy un pecador, ten piedad de mí. En misterio y en esperanza me entrego confiado a tu misericordia*.

Dejaría de ser un hombre de esta tierra si en la penosa impaciencia por no saber nunca «expresablemente» ni discernir «como lo blanco de lo negro» lo que propiamente hay en él, quisiera todavía volverse a mirar de frente la acción de su vivir, para hacerse juez de su «carrera», si va a su fin, derecho y veloz.

En sus manos está sólo el correr, y de puro correr, saliendo de sí para ir a Dios, olvidar, no caer en la cuenta de que corre. Y porque sólo el que corre es justificado ante Dios y todos nosotros estamos en vía y en medio de la carrera y hemos, por tanto, de olvidar lo que queda ya detrás (aunque estuviera ya alcanzado lo decisivo); por todo ello, la propia oración que sobre nosotros tenemos siempre que decir a Dios, no será un: «estoy en tu gracia», sino un renovado: «compadécete de mí, que soy hombre pecador».

Humiliter et veraciter podemos todos decir esto, porque toda justicia es pura gracia suya, y porque no sabemos nunca con absoluta certeza si la tenemos, y sí sabemos en cambio que de nosotros nunca la tenemos.

Verdad es que el hombre limitado no puede decirlo todo en una sola oración. Por ello es también verdad que la oración de la culpa no es la única oración, ni la quinta petición es todo el Padre nuestro.

La oración de la culpa, la oración del júbilo en el amor de Dios; la de la agradecida alabanza de su gracia; la dichosa palabra de la incommovible esperanza; la sencilla petición del pan cotidiano; la desinteresada petición por los otros; la enaltecedora loa de su gran gloria; todo junto completa la oración del cristiano.

Para el acorde de este coro no hay ninguna fórmula.

Como el Espíritu nos inspira, así oremos.

La oración de la decisión

Los tiempos y momentos de una vida humana no son siempre iguales.

Es verdad que el tiempo externo del físico y del relojero transcurre con una cadencia uniforme. Todos los momentos son igual de largos e igual de importantes, porque en cada uno puede igualmente ocurrir un determinado número de cosas.

Pero en la vida íntima del hombre es de otro modo. Hay momentos en ella, por decirlo así, vacíos; y otros indeciblemente llenos. Momentos en los que nada pasa; sí, en los que a pesar de toda nuestra mejor voluntad, nada logramos hacer que pase; y otros en los que está presente en cierta manera el hombre todo, con su vida anterior y con todas sus fuerzas; momentos llenos con la total energía concentrada del hombre interior, en los que tienen lugar hechos y acciones que permanecen, que no pueden ser anulados, y que determinan el futuro de la vida para siempre o para un largo período.

En tales momentos está incluido el hombre como un todo, con *su pasado* entero, desde cuya experiencia actúa; y con *su futuro*, que ya desde ahora determina y anticipa. Son momentos que pueden significar una vida y una eternidad. Momentos de la decisión.

La elección de carrera puede ser un tal momento. Él sí de una fidelidad y de un amor que une para siempre la propia vida a la vida y a la suerte de otro. Un voto ofrendado a Dios. Y otros

hechos así, que el que los hace sabe que tendrán esenciales e inevitables consecuencias en su vida privada y pública.

Pero tales momentos de decisión no son necesariamente de un exterior llamativo, ni están vinculados siempre a ceremonias externas. Pueden sobrevenir en un inquietante silencio, sin el menor ruido, como la cosa más natural, sin anunciarse, totalmente de improviso. De repente el curso de la vida que marchaba monótono, por cauces ya hechos, experimenta un brusco viraje. De pronto se presenta una situación en la vida, en que en el hombre interior se juega la suprema carta, aun cuando exteriormente todo continúa como hasta ahora, cotidiano e inocuo; en que se decide, por ejemplo, si se aprovecha la ocasión decisiva para la formación del carácter, o se deja pasar esa ocasión, que tarde o nunca volverá.

Allí es el hombre de pronto interrogado por la vida, no, mejor dicho, por Dios, si quiere estar decididamente por la verdad o por el engaño, por la rectitud o por el egoísmo torpe; si quiere ennoblecer al hombre espiritual que lleva dentro de sí por la santa fidelidad al amor, o degradarse por la infidelidad hasta el puro instinto bestial.

Es cierto que no siempre responde el hombre a estas interrogantes interiores en la forma de horas de decisión, y también pueden, a veces, presentarse de manera que nada le quede al hombre que hacer. También hay en este terreno acciones que apenas tocan al centro del hombre; otras, en cambio, imprimen un sello indeleble a todo el hombre interior. Y éstos son los propios momentos de la decisión.

Tales momentos ponen al hombre, por decirlo así, cara a cara frente a Dios. Presiente el hombre en aquel indefinible e inexplicable sentimiento que le asalta cuando se encuentra con Dios, que Dios mismo toca su ser. Porque efectivamente esta situación de la decisión, bien mirada, no es situación que el hombre se proporciona a sí mismo; viene más bien sobre él; viene traída por Dios.

Esta decisión es siempre, en su íntima esencia, una respuesta decisiva a la pregunta que *Dios* nos dirige; es una respuesta a

la pregunta del amor invitante de Dios, a la pregunta de la fidelidad incondicional a su voluntad. Por esto puede decirse que tal decisión se eleva por encima de todas las otras relaciones nuestras para con Dios. Los momentos de la decisión son de este modo verdaderamente momentos de Dios. La mirada de Dios se clava en nosotros y nuestra mirada se encuentra con la suya. Son momentos de los que vivirá una eternidad.

Mas si en tales momentos las miradas de Dios y del hombre se encuentran, esos momentos son propia y verdaderamente momentos de la *oración*; en la suposición, naturalmente, de que el hombre dé en ellos a Dios la buena respuesta, la respuesta del amor. Pues Dios pregunta entonces con el suave ímpetu de su infinito amor, que es indeciblemente acuciante e inefablemente discreto. Pero, si a esta pregunta el hombre dice: sí, ¿de qué otra manera se podrá llamar a este sí, sino oración?

Hay pues oraciones de la decisión, porque las decisiones bien encaminadas son siempre oración. Porque se realizan ante Dios y tocan a Dios.

Queremos considerar en particular y con alguna mayor detención tres particulares casos de estas oraciones de la decisión: La oración en la *tentación*, la oración en la decisión de los *tiempos actuales* del mundo, y la oración de la decisión en la hora de la *muerte*.

* * *

Prueba y combate es la vida del hombre sobre la tierra. Esta es nuestra situación vital sobre la cual nada valen quejas y lamentos; que debe simplemente ser mirada, aceptada y... afrontada. Y esta *tentación* al pecado, aunque no siempre igual ni la misma para todos y en todo lugar es auténtica tentación. Cae sobre el hombre de improviso. Tiene en el hombre mismo sus aliados: el hambre de placer; la tristeza y la melancolía de la vida que ansía un estupefaciente; la fe en lo palpable; las reservas y desconfianzas frente a un «más allá» que no se ve; la extraña facilidad de falsificar la moneda moral, que hace lo bueno malo y

lo malo bueno, y ello no sólo para los demás y ante los demás, sino también para sí mismo; falsificación que tiene muchas veces lugar ya al primer comienzo de nuestro juicio ético en aquellos presupuestos morales que damos por evidentes, sin someterlos ni quererlos someter a discusión; falsificación radical, que no sólo manipula con malas artes las medidas, sino que altera las mismas medidas, hasta transfigurar, como por arte de encantamiento ante la propia conciencia, el pecado y lo torcido en virtud y probidad.

La tentación es auténtica tentación. Quiere esto decir también que cuando (lo que no ocurre siempre) se echa de veras sobre nosotros, grande y decisiva, nos encuentra precisamente débiles, demastado débiles. Y no es que hayamos de sucumbir necesariamente ante ella. Pero sí que las grandes y decisivas tentaciones que asaltan al hombre le derribarán con seguridad, si en el mismo proceso y desarrollo de la tentación, el hombre no se hace más fuerte.

El hombre no tiene constantemente una inmediata disposición para vencer, en plena posesión actual de sus energías morales, de todas aquellas reservas que necesita para superar de modo decisivo y sostener el peso de una tentación verdadera, total.

Casi inevitablemente se dan en el hombre tiempos de aflojamiento de espíritu, tiempos de frialdad, de una cierta apatía y tedio, tiempos en que Dios, la vida eterna, la luz esplendorosa de la virtud, de la veracidad, de la pureza, de la justicia, de la fidelidad, etc., aparecen como bellas formas lejanas de tonos apagados, como un lujo que se puede uno permitir en tiempos más luminosos. Tiempos en que, por el contrario, lo inmediatamente palpable y gozable, el placer, el éxito, la riqueza, la comodidad, se presentan claros y poderosos. Han invadido ya sangre y alma con su dulce halago; han solicitado ya con el deseo, que es ciego para la ley espiritual del hombre superior que es de Dios; se han insinuado con su invitación, han pedido entrada antes de preguntar al hombre qué actitud tomará en este cambio de rumbo de su vida. Es como si la auténtica tentación, antes de atacar oficialmente, se hubiera ya infiltrado ocultamente en el alcázar del

alma (como una «quinta columna») y hubiera ya amenguado muy sustancialmente sus fuerzas de resistencia.

En tal situación sorprende al hombre la verdadera tentación difícil. Vencerá por tanto sólo si *durante* el combate adquiere fuerzas de refresco. Si quiere sostener la lucha con el potencial bélico con que entra en ella, a la larga sucumbirá. Si quiere vencer con la situación de espíritu en que le encuentra la tentación, caerá de seguro. Si quiere luchar en el estrecho rincón de la tranquilidad indolente, de la propia satisfacción, de la comodidad, en la que se le impuso la batalla, no saldrá victorioso.

El hombre debe crecerse en el ataque. La anchura de la eternidad debe ser su campo de batalla por él mismo escogido y dictado por él a la tentación. Deben lucir para él las estrellas del firmamento. Debe correrle por el alma el impetuoso viento del espíritu. Debe tener en la lengua el sabor de eternidad. Debe henchir de nuevo su corazón el amor pasional de Dios como una pasión salvaje, con un celo indómito. Deben alzarse de nuevo ante su espíritu las tablas de valores de Dios con su enhiesta majestad. Debe levantarse en él algo que es indistintamente gracia y libertad, que significa una burla de desprecio para el hombre que aún somos, el hombre del egoísmo, del placer, de la debilidad y de la cobardía. Debe levantarse un fulgor de ira libre y varonil contra nosotros mismos, contra la cobarde trapacería que falsifica las medidas cuando nos resultan incómodas. Debe levantarse una orgullosa indignación contra nuestro corazón que codicia consuelo en vez de fidelidad, dicha en vez de acrisolamiento, a sí mismo en vez de a Dios. Así, sólo así, es el hombre verdadero soldado de Dios, luchador que merece la victoria. Así está armado contra la tentación. En realidad, está ya con ello la tentación vencida.

Pero ¿cómo se transformará así, de repente, bajo el mismo empuje de la tentación, el hombre de la ordinariez, de la rutina y de la mediocridad del «cada día» el hombre por cuyas venas circula ya el atractivo del pecado, que no sabe ya, a punto de mareo, dónde exactamente se halla, si en el reino del despótico y brutal instinto, o en el de la conciencia, tan débil y soterrada? ¿Cómo se

transformará este hombre de tierra en el hombre de Dios, en cuyas manos pone de pronto el ángel la espada de fuego y le viste la túnica de la claridad y la dulzura de Dios?

Esta transformación no se dará si nosotros, torpes e indolentes, comenzamos una disputa con la tentación, con la secreta intención de dejarnos vencer. No se dará si nos comportamos en la lucha de forma tan sólo que tras la derrota no tengamos que confesarnos nuestra capitulación. Esa transformación no ha lugar si aspiramos a no caer, pero no a superarnos; si queremos sí, no ser vencidos, pero sí acampar lo más cerca posible del enemigo.

* * *

Esta transformación sucede sólo *cuando oramos*. Esto quiere decir: cuando la tentación del placer, la tentación de la debilidad, de la cobardía, del odio, de la venganza, de la incredulidad, del ciego amor propio, de la exasperación, etc., se alza dentro de nosotros y se clava en nuestra carne, póngase entonces también en movimiento lo que en nosotros hay de más íntimo; lo que sólo cederá al asalto del enemigo si nosotros mismos abrimos las puertas (y lo haremos a la larga, si este hombre más interior no logra inmediatamente reducir otra vez al yugo de la ley a *todo* el hombre). ¡Álcese este reducto intimísimo del hombre! Comience furioso y resuelto a clamar como clama el que se halla en angustia de muerte. Sí, a gritar a Dios con ira y dureza contra la propia carne y el tentado espíritu. Corra este hombre interior a refugiarse en Dios. No se quede en sí. Huya de su debilidad a la fuerza de Dios; del peligro de la propia infidelidad y de la propia traición a la eterna fidelidad de Dios. Mendigue el amor. Invoque con ayes de dolor al Espíritu Santo. Implora la eficacia de muerte de la cruz de Cristo, de la que saca el hombre valor para morir la muerte de la renuncia al hambre de vivir y para abrazarse con la vida de la justicia, de la verdad y de Dios.

En la tentación no ha de hablar el hombre con la tentación, sino con Dios, y hablar con Dios no *sobre* la tentación, sino con Dios *de* Dios, de su gracia, de su amor y de su vida. Si la serpien-

te habla al hombre, no halle quien la escuche ni dialogue con ella. Su primera insidiosa y tentadora palabra: ¿por qué?, sea estímulo para él, no para preguntar con la serpiente por la razón de la ley, sino para hablar con Dios de la única y eterna razón de la ley: adorar esta razón última, razón de todas las razones, la voluntad santa de Dios, y encaminar hacia Él todos los anhelos del corazón.

Sólo el que ora aguantará la tentación, porque sólo por la oración recobra el hombre aquella santa simplicidad de los hijos de Dios, que no comprende la sollicitación del pecado y siente para ella un alto desprecio. La auténtica tentación nos sorprende siempre más débiles de lo que debiéramos ser; si no, no le haría eco desde dentro nuestro apetito e inclinación. La superación de la tentación no puede por tanto entablarse sino sobre la superación de tal apetito e inclinación. Mas ello no sucede si el hombre en su corazón no apetece y se inclina de nuevo a Dios. Y esto es oración.

Por ello, ¡ora en la tentación! ¡Aprende a orar! No te digas a ti: no puedo. Di a Dios: Tú puedes. No te digas a ti: sin *esto...* no puedo estar, no puedo vivir. Di a Dios, dilo alto y siempre y siempre; dilo pacientemente, obstinadamente: ¡sólo *sin Ti* no puedo estar, ni vivir, ni ser! No digas a la renuncia: tú eres la muerte de mi ser; dile más bien: ¡tú eres la aurora de la verdadera vida que en esta muerte comienza a vivir!

* * *

Clama por la firme claridad que no se deja ofuscar cuando la tentación se transfigura en ángel de luz; cuando el hombre que hay en ti y que es todo mentira, sabe colorear con mil razones, tu caso, para hacerte creer que no tiene allí aplicación la común ley de Dios; cuando te enhila un sutil y hasta piadoso discurso, para convencerte de que tu situación es excepcional y no hay que *medirla* con las medidas corrientes.

Ora para estar en forma contra la mística del pecado que ya San Pablo condenó cuando dijo: «¿Habremos de seguir pecando

para que sobreabunde la gracia en nosotros? ¡Jamás!» (Rom., 6, 1). La gracia de Dios puede bien levantar al pobre pecador de su caída; ¡ay de aquél que, una vez caído, no quiere creer esto, que no quiere que Dios sea más grande que su propia culpa! Pero, ¡ay de aquél también que, estando en pie, quiere caer para dar a Dios ocasión de volverle a levantar! ¿De dónde sabes que Dios te levantará en efecto? ¡Hay pecados contra el Espíritu Santo que no son perdonados en este mundo ni en el otro! Él que quiere gozar de la salvación a fuerza de caer, no está en verdad lejos de tal pecado. Y hoy acecha a muchos esta tentación. ¡Pide luz en la tentación!

Hemos de procurarnos un interno aparato registrador que nos advierta cuándo están en baja la fuerza y la alegría de nuestra alma, el bienestar interior que da la salud espiritual y el frescor de vida; que registre puntualmente cuándo entran en su lugar el mal humor, la flojedad, la irritabilidad, la acidia, el tedio y hastío de las cosas espirituales; que advierta cuándo se evapora o enflaquece nuestro amor a Dios y su carga comienza a oprimirnos en vez de sernos dulce y ligera.

Ese aparato registrador nos debería despertar para implorar de Dios en la oración, a tiempo, sin angustia, y con gozosa confianza, aquella interior solidez y firmeza, cuyo enflaquecimiento hemos advertido. Y esto tiene su aplicación mejor que nunca cuando una tentación nos ha hecho ya ver que comienza en nosotros un estado de debilitamiento del hombre espiritual. Entonces es justamente el caso y el deber de buscar a Dios. Acercándonos más a Dios es como huiremos el cerco fascinador del mal; si no, poco a poco, pero seguramente, envenenará nuestro espíritu, corazón y alma.

Él que no quiere ciertamente sucumbir a la tentación, pero tampoco quiere disipar por medio de la oración aquel clima de tibieza y flojedad interior tan propicio a la tentación, no saldrá victorioso. Porque ha desconocido la más honda esencia de la tentación. La tentación es siempre, en efecto, una invitación del amor divino. Y la respuesta a esta invitación se llama propiamente oración.

Oración al menos en algunas de sus múltiples formas. El que sufre bajo la presión de importunos pensamientos o impulsos del instinto, no será muchas veces lo mejor que ore expresamente, en el sentido ordinario de la palabra, pidiendo ser librado de la tentación; con ello podría, para su mal, enredar aún más su interior atención en la trama de aquellos pensamientos e impulsos. En tal caso la oración indicada es la alegre confianza y seguridad en Dios, la despreocupada paz con que el hombre mira inmovible el mundo libre de Dios y atiende a su trabajo, despreciando los terrores nocturnos de su interior, y listo y entonado pasa al orden del día. Pero aun esta táctica de lucha espiritual es también un buscar con la mirada a Dios, es oración.

Un momento de la decisión es el asalto del enemigo a nuestra alma. Y en él vence el que ora. Porque está escrito: «Vigilad y orad para que no entréis en la tentación» (Mt., 26, 41). La oración en la tentación es, por tanto, una oración en la decisión.

* * *

Queremos decir ahora breves palabras sobre una segunda oración de la decisión. Sobre la oración en la *decisión del tiempo presente*. Estos años que nos ha tocado vivir a nosotros son, en la larga historia de la Humanidad, más que muchos otros tiempos, un momento de la decisión. Mucho ha sido ya decidido. El cetro del mundo ha caído ya de las manos del viejo Occidente. El Occidente, para el que fueron las promesas de Dios, porque había de llevar el nombre de Cristo ante los reyes y pueblos de la tierra, y por ello había sido hecho la señora del mundo; este Occidente traicionó la misión de Dios con la desgarrada unidad de la Cristianidad, con la adoración del becerro de oro, con la soberbia de la razón increyente, con la tiranía egoísta que quiso arrebatarse el mundo, y finalmente, aquí, con el doblegamiento de la Cruz de Cristo convertida en cruz gamada; y por ello ha sido ya removido el candelabro de su lugar, y la misión de Dios y su gloria sobre la tierra están a punto de ser confiadas a otros pueblos, que de ahora en

más voluntad los frutos del Reino de Dios (aunque acaso no nos parezcan ahora más dignos que nosotros del Reino de Dios).

Han cuajado ya algunas decisiones. Otras hay ya entabladas, en las que están en acción, de modo misterioso, la implacable lógica de la Historia y la conducción de la Humanidad al Reino de Dios llevada por la mano fuerte de su inexorable amor. Virajes históricos que encierran en sí un santo «deber», que no nos es dado interferir, que no podemos soslayar.

Pero en medio de estas ya consumadas decisiones o virajes de la Historia con ruta ya prefijada, existen aún anchurosas posibilidades; posibilidades que serán llenas o quedarán vacías, según el modo como nosotros mismos *nos decidamos* ahora en estos precisos tiempos; según oremos o no. Posibilidades en las que aún se habrá de revelar la fidelidad no desdecida de la divina vocación que aún llama al mundo y también al Occidente. Posibilidades aún de ulteriores maldiciones o bendiciones terrenas. Posibilidades de la efectiva paz o de nuevas guerras. Posibilidades de nuevas vocaciones del Occidente para la acción y el trabajo en la historia del Reino de Dios. Posibilidades para el bien y para el mal, para la felicidad y para la desgracia, que plasmará feliz o infortunadamente nuestra personal y cotidiana suerte terrena.

Queda aún en signo abierto si el Occidente se ha quebrado como el vaso precioso de alabastro del Evangelio, para que ahora al fin se difunda su fino olor, el olor de su fe, de su espíritu y de su historia, y llene de fragancia la casa del mundo entero; o si se quebró como un tiesto viejo para nada ya útil, derramado y vacío, desechado por el ollero, como vaso de inmundicia.

Queda aún en signo abierto si a estos pueblos de su amor milenarío les dará Dios todavía una tregua de paz, para que vuelvan en sí y consideren su verdadera vocación, que es simplemente ser cristianos, en la persuasión de que todo lo demás se les dará por añadidura; o si Europa se pudrirá poco a poco, como tierra de pueblos degenerados que se han hecho pordioseros en cuerpo, alma y espíritu; o si otra vez el Occidente se convertirá en campo de batalla del mundo para sucumbir definitivamente en sangre y lágrimas, antes que Dios haga brillar sus nuevos

tiempos, o el último día; o si... pero ¿quién será capaz tan sólo de vislumbrar las posibilidades de Dios que obedecen a su voz?

Sólo una cosa es segura. También ahora puede Dios, a pesar de todas las «necesidades históricas», que para Dios, el Señor de la Historia, están siempre de mil modos abiertas, puede decirnos lo que dijo una vez al pueblo de la alianza: «Mira: yo te pongo hoy delante la vida y la dicha, la muerte y la desgracia..., yo invoco por testigos al cielo y a la tierra contra vosotros; vida y muerte, bendición y maldición te he propuesto hoy. ¡Elige, pues, la vida para que permanezcas en la vida, tú y tu descendencia! Ama al Señor tu Dios, obedécele y sé a Él sumisamente fiel. Pues de ello depende tu vida y la larga duración de tus días.»

Mucho queda aún ahora y siempre a nuestra elección y decisión. Sobre los escombros de una Historia milenaria podemos aún arrogarnos el derecho y tener el valor de implorar prosperidad, grandeza e ideal para este pueblo, y para este Occidente. El mismo Señor nos ha acuciado en estos tiempos, justamente por boca de su Madre, a esta oración, que ha de elevarse en la historia de hoy, del Occidente y del mundo, como una poderosa fuerza.

¿Oraremos, pues? ¿Querremos finalmente orar como Cristiandad y como pueblo, orar mucho, orar desde lo más hondo; orar por el Reino de Dios y por una nueva bendición de la historia de nuestro pueblo, aunque por el momento nos sea un horizonte cerrado el modo como ello se hará? ¿Oraremos con la firmeza y seguridad de la fe que espera contra toda esperanza?

O ¿permaneceremos duros e insensibles en el infortunio; o indiferentes y perezosos como hombres que sólo se preocupan de salvar del general incendio el pobre hatillo de sus propios intereses, sea cual sea la suerte de los otros y del pueblo? O ¿esperará cada cual para orar a que los otros, todos los otros, hayan comenzado a hacerlo, porque nadie quiere asumir la responsabilidad de esta oración de la general decisión; porque, como en los años pasados, cada uno reconoce su deber como suyo cuando ya todos lo han reconocido y ha dejado ya así de ser peligroso y comprometido?

Vivimos tiempos de decisiones para la entera historia del mundo. ¿Seremos tales, por la oración, que aquellas decisiones puedan de veras ser la respuesta de la misericordia de Dios a nuestra oración?

* * *

Una tercera oración que nos quedaba por tocar es la oración en la *decisión de la muerte*.

Nuestra muerte es el momento de la decisión por antonomasia. En ese momento se concentra verdaderamente la vida entera del hombre. En ese momento se hace claro, firme y definitivo todo lo de esta vida. En la muerte nuestro tiempo y nuestra vida se hacen eternidad. De signo positivo o de signo negativo.

En la muerte hablan Dios y el hombre. Ambos dicen la última palabra, la palabra que permanece y nunca más se extingue; que queda resonando en oído y corazón ahora y para siempre.

¿Tendremos la gracia de convertir este momento en una oración, en la oración sacerdotal de nuestra vida, que todo lo inmolaba y todo lo ofrece; que todo lo que somos y fuimos, lo que hicimos y padecimos, lo alza a la luz de Dios y lo sumerge en el abismo de su misericordia? ¿Moriremos conscientes y amando? ¿Reconocerán nuestros quebrados ojos a la hora de morir a Aquél que bajo esa misma forma, de herido por la muerte, se nos presenta por última vez en esta vida; a Aquél que Él mismo ha muerto y ¡he aquí que vive!: Jesucristo? ¿Le diremos en ese momento: «¡Sí! Ven, Señor Jesús»? ¿Se verá acompañada esa nuestra oración por la oración de la Esposa de Cristo, por la «oración de la fe» (*Sant.*, 5, 15) de la Iglesia, cuando nos unge como reyes de la eternidad? ¿Podremos orar en esta hora de la decisión y encomendar, orando, nuestro espíritu en las manos de Dios?

¡Quiera el misericordioso Dios concedernos la gracia de partir de este mundo orando, para que la última palabra de nuestro corazón en este tiempo pueda ser la primera de la eternidad que nunca acaba! Feliz el que pueda pronunciar esta oración de la decisión en la hora misma de la decisión.

Pero no sabemos si nos será otorgada esa gracia, el salir al encuentro de la muerte, conscientes y en la libertad del espíritu, y saludarla, orando, como mensajera de Dios. Porque la muerte viene como el ladrón en la noche, y no se nos ha dado seguridad de que nuestra última palabra de la decisión sobre el tiempo y la eternidad no va a coincidir precisamente con un momento en el que no pensamos en la muerte; de que no será una palabra que nosotros mismos no sepamos que fue el fin de nuestra respuesta a Dios.

Por eso, nada mejor haremos que tener ahora ya y siempre encendida la lámpara de la fe y del amor; permanecer siempre y en todo momento armados con el óleo de las buenas obras; estar siempre en vela, para que al venir el Señor no nos halle dormidos. Nada mejor podemos hacer que orar ya ahora y a menudo y siempre la oración de la decisión, tal como la quisiéramos rezar en aquella única hora de nuestra muerte; traer ahora ya a nuestra oración la decisión de aquella hora futura, y hacerla tema de nuestras plegarias; orar ahora por la gracia de la perseverancia.

Orar ahora: «No permitas que jamás me aparte de Ti, y cuando yo quiera dejarte, ¡Dios mío!, entonces Tú no me dejes; y sujeta Tú, Dios de los corazones, de los débiles y de los audaces, sujeta Tú también mi rebelde corazón a tu servicio con la omnipotencia de tu gracia suave y fuerte.»

Pensar ahora en la propia muerte es buena oración. Una oración de la decisión.

Si lo incierto de la hora de la muerte nos fuerza así a anticipar la oración de la decisión en la muerte, convirtiéndola en oración cotidiana para la hora de la muerte, entonces se funden en una la oración del *cada día* y la oración de la decisión. Y ambas nos dicen en un acorde: «Conviene orar siempre y no desfallecer.»

* * *

Muchas palabras hemos enhilado sobre la oración. Acaso hubieran sido mejor menos palabras. Y, con todo, no hemos dicho casi nada sobre la oración, y mucho que es importante habrá quedado sin decir.

De una cosa, por ejemplo, deberíamos haber hablado, porque es una condición esencial de la verdadera oración; aquello que apunta Isaías cuando dice (*Is, 58, 7-9*): «Si partes tu pan con el hambriento y acoges en tu casa al desvalido..., entonces llamarás y el Señor te responderá; le invocarás y Él dirá: “Aquí estoy”.»

Finalmente, no está todo en las cosas que digamos y pensemos *sobre* la oración, sino en las palabras que *digamos* a Dios. Y estas palabras las tiene que decir cada uno, él solo.

¡Ah! Pueden ser débiles esas palabras, pobres y sencillas. Pueden subir al cielo como palomas de dorso plateado, mensajeras de un corazón alegre, y pueden ser como el imperceptible correr de lágrimas amargas. Pueden ser grandes y majestuosas como el trueno que se quiebra en la altura de los montes, o encogidas como la tímida confesión de un primer amor.

Si salen, al menos, del corazón...

Si pueden salir del corazón...

Si con ellas junta su voz suplicante el Espíritu de Dios...

Así las oirá Dios. Ninguna caerá en olvido. Y las guardará Él, esas palabras, en su corazón; porque las palabras del amor no se pueden olvidar.

Y nos seguirá oyendo pacientemente, complacidamente; durante toda la vida; hasta que hayamos acabado de hablar, hasta que hayamos consumado el curso de nuestra vida.

Y entonces hablará Él una única palabra de amor; pero esa palabra es Él mismo.

Y entonces se parará el latido de nuestro corazón en esa palabra.

Para siempre.

¿No oraremos?

ÍNDICE

Presentación de la 1ª edición	5
Prólogo a la 3ª edición	7
1. Al abrirse el corazón	11
2. El Espíritu ayudador	27
3. La oración del amor	41
4. La oración del «cada día»	57
5. La oración de la necesidad	71
6. La oración de consagración	85
7. La oración de la culpa	105
8. La oración de la decisión	125
Índice	139
Con motivo de un aniversario	141

Con motivo de un aniversario

1904-2004

Karl Rahner nació el 5 de marzo de 1904 en Friburgo (Alemania). En 1922 ingresa en la Compañía de Jesús en el noviciado de Feldkirch-Tisis, Vorarlberg. Estudia teología en Valkenburg (Holanda) y en 1932 es ordenado sacerdote.

En 1934 comienza sus estudios de filosofía en Friburgo con M. Honecker y M. Heidegger. Escribe su tesis doctoral sobre la metafísica del conocimiento finito según Santo Tomás, releyendo y reinterpretando la doctrina del Aquinate desde la perspectiva del tomismo trascendental de Marechal y Rousselot. Este trabajo está publicado con el título *Espíritu en el mundo* (1939).

En 1936 es enviado por la Orden a Innsbruck para prepararse como profesor de teología fundamental. Allí realiza la tesis doctoral en teología patristica con el título *E latere Christi. El origen de la Iglesia como segunda Eva del costado de Cristo como segundo Adán. Una investigación sobre el sentido tipológico de Jn 19, 34*. En 1939 profesa como jesuita (agosto), y junto con Von Balthasar realiza un proyecto para elaborar una nueva dogmática (posteriormente fraguará en la obra *Mysterium salutis*) con el intento de renovar la teología de su tiempo. Pocos meses más tarde (octubre) tiene que abandonar el teologado (Kolleg) de Innsbruck, cerrado por el régimen nazi. Se marcha a Viena y continúa su trabajo teológico en el Instituto de Pastoral.

En 1941 publica su segunda gran obra, *Oyente de la palabra*, fruto de unas lecciones en Salzburgo (1937) sobre la relación entre filosofía de la religión y teología, inaugurando así una nueva forma de la teología fundamental (en continuidad con M. Blon-

del). En 1948 regresa a Innsbruck, donde continúa explicando alternativamente el tratado de gracia, de penitencia y el tratado de creación. Aquí vivirá los años más fecundos de su teología. En estos años y después de su actividad pastoral como párroco en Mariankirchen, en la baja Baviera, publicará unos libros de una bella y profunda espiritualidad como son *Sobre la necesidad y bendición de la oración* (1949); *Hora santa y siete palabras* (1949).

Desde 1954 comienza a publicar los *Escritos de teología* (16 vols.) en los que afronta los principales temas de la teología y de la vida de la Iglesia (historia, dogmática, espiritualidad, pastoral, etc.) desde su perspectiva teológica y en el contexto cultural en que vivió. En 1958 inicia la dirección de una serie de obras colectivas que van a constituir uno de los mejores testimonios de la teología alemana del siglo XX (*Lexikon für Theologie und Kirche*, 1957-1965, y *Sakramentum Mundi*, 1967-1969, *Handbuch der Pastoraltheologie*, 1964-1969).

Trabajó como perito en el Concilio Vaticano II y allí su teología alcanzó una repercusión internacional. Entre 1964-1966 es llamado para sustituir a R. Guardini en la cátedra de *Cosmovisión cristiana y filosofía de la religión* de la facultad de filosofía. Aquí impartirá unas lecciones que llevan por título *Introducción al concepto del cristianismo*, repetidas posteriormente en la Universidad de Münster, donde fue profesor de teología entre 1967-1971. Estas lecciones están en la base de su obra más significativa, *Curso fundamental de la fe. Introducción al concepto de cristianismo* (1976).

Después de su estancia en Münster regresa a Innsbruck (1981), donde muere a los 80 años de edad el 30 de marzo de 1984.